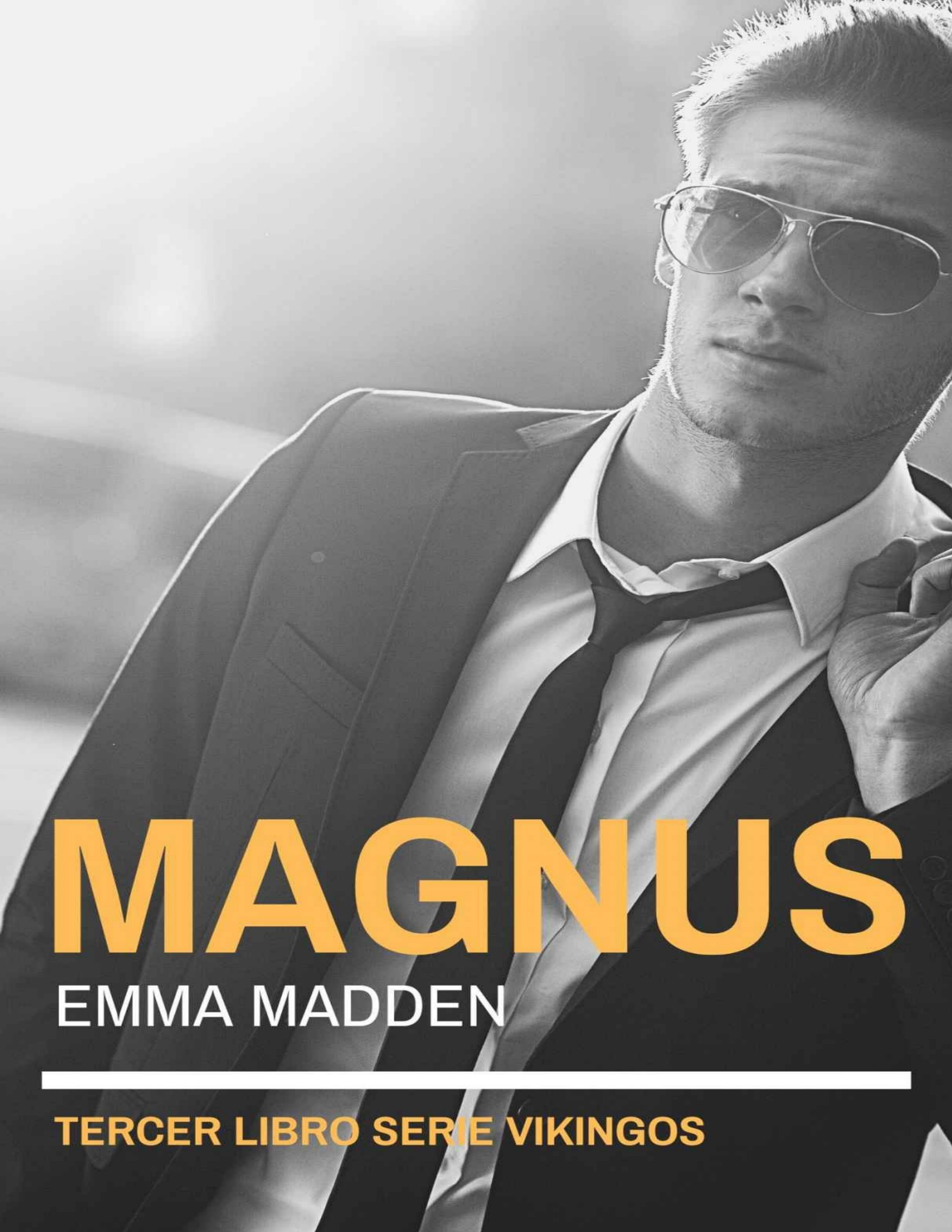


MAGNUS

EMMA MADDEN

TERCER LIBRO SERIE VIKINGOS

MAGNUS

Tercer libro de la Serie Vikingos

EMMA MADDEN

Las bodas solían ser muy aburridas, una gran pérdida de tiempo desde su punto de vista, y desde hacía unos años no hacía más que rechazar invitaciones y evitar asistir a ellas gracias a su trabajo, que lo mantenía lejos de Suecia la mayor parte del tiempo, o al menos eso creían todos sus allegados, y gracias a su instinto, que lo tenía tan fino, que lo salvaba cada dos por tres de ese tipo de compromisos incluso antes de que osaran cursar una invitación a su nombre.

Y no es que él fuera un descreído o un aguafiestas, es que, a su edad, treinta ocho años, gran parte de sus amigos y conocidos se casaban demasiado, incluso por segunda o tercera vez, y aquello ya resultaba cansino, muy cansino y prefería mantenerse al margen.

Eso por norma, aunque a veces las normas se podían romper si se trataba de personas a las que él quería de verdad, como era el caso esa fría mañana de enero en el Ayuntamiento de Estocolmo.

Levantó la cabeza y observó a los novios que tenía delante y que estaban firmando los papeles de su boda civil cinco meses después de haberse casado al aire libre, en una ceremonia vikinga mucho más divertida y multitudinaria celebrada en Helgeland, al norte de Noruega.

Sin querer sonrió, porque aquella boda había sido apoteósica, se lo había pasado realmente de maravilla, y de repente oyó su nombre, porque era uno de los testigos del enlace y al parecer había llegado la hora de que también estampara su firma en los documentos oficiales.

Se acercó a la mesa de la alcaldesa, que era quién oficiaba la ceremonia, guiñando un ojo a la preciosa novia, y luego cogió el bolígrafo que le estaba ofreciendo el novio, su querido tío Björn (más que su tío, su hermano), le palmoteó la espalda y se inclinó para firmar.

—Ya está —susurró la alcaldesa en cuánto él acabó y luego sonrió al escaso grupo de invitados antes de dirigirse a los novios—. Ya estáis casados también ante la ley. Enhorabuena, Candela y Björn Pedersen, espero que la vida os colme de mucha felicidad compartida.

—¿Puedo besar a la novia?

Preguntó Björn muerto de la risa y todos, es decir: Leo y Paola, la madre, la abuela y una prima de la novia, el abogado de la familia y él mismo, aplaudieron y contemplaron con una sonrisa como la parejita se abrazaba y se besaba como en las películas.

—Hacen una pareja perfecta. Tan guapa ¿verdad?

Le preguntó Paz, la prima de Candela, en inglés y acercándose demasiado a su oído, y él instintivamente saltó, se apartó y la miró asintiendo.

—Así es.

—¿Ahora qué me vas a enseñar de Estocolmo?

—¿Yo?, nada, lo siento pero me tengo que ir a trabajar.

—¿Estarás de coña?

—¡Vamos!

De pronto apareció Candela por su derecha para coger a su prima del brazo y lo salvó del momento incómodo señalándoles la salida con la cabeza.

—Venga, chicos, vamos a comer algo, tenemos reserva en el DalaNisse a la una.

—Muchas felicidades, Candela —Magnus se le acercó y la abrazó muy fuerte antes de mirarla a los ojos—. Ha sido una boda muy bonita, pero desgraciadamente tengo que irme, tengo un trasatlántico a las tres.

—Claro, no te preocupes, si solo ha sido un trámite. Tú tranquilo.

—¿Qué quieres decir con trasatlántico? —Lo interrogó Paz con el ceño fruncido.

—Un vuelo largo, me voy a Nueva York.

—¡¿Qué?!, ¿o sea que he venido a Suecia para nada?

—¿Perdona? —Le preguntó Candela muerta de la risa y ella bufó.

—Quiero decir, estoy encantada de poder haber venido a tu boda civil, Cande, pero creí que podría pasar tiempo con Magnus. En Noruega me prometió que me enseñaría Estocolmo.

—Yo no recuerdo haber dicho eso y por teléfono te advertí que tenía trabajo —contestó él un poco seco y se inclinó para besar a Candela en la mejilla—. Lo dicho, preciosa boda y muchas felicidades. Tengo que irme.

—Por supuesto, buen vuelo, Magnus.

—Adiós a todos.

Se acercó a Paola y le dio un beso, otro a la madre y a la abuela de Candela, palmoteó la espalda de Leo y le pegó un abrazo muy fuerte al flamante novio.

—Colega, tengo un vuelo y no puedo quedarme a comer, pero…

—Tranquilo, ya lo celebraremos otro día.

—Ok, cuando vuelva os llamo. Adiós a todos.

Le dio la mano al abogado de la familia, miró al grupo y les sonrió antes de darles las espalda para salir de allí a la carrera, con el tiempo justo para llegar a casa, ponerse el uniforme y salir pitando al aeropuerto.

Pisó la calle pensando que Paz, la prima de Candela, era muy persistente y se estaba volviendo un pelín incómoda, y tomó nota mental de hablar con ella seriamente cuando lo llamara otra vez por teléfono (que lo haría), para dejarle claro que no tenía ningún interés por ella, ni lo tendría, y que si seguía insistiendo en “acosarlo” acabaría incluso con la posibilidad de llegar a ser amigos.

Era una lástima, pero no le dejaba muchas más opciones. En Noruega ya lo había perseguido a conciencia y a punto había estado de estropearle la fiesta, y llevaba cinco meses llamándolo y mandándole mensajes de forma constante. Suficiente para cualquiera, mucho más para él, que nunca le había dado pie, ni había hecho nada que la hiciera pensar que sentía alguna inclinación romántica o sexual hacia ella.

Juventud, pensó subiéndose a un taxi, la gente joven era muy directa y no entendía de sutilezas ni de mano izquierda, y esa veinteañera, que le había advertido que a ella no la rechazaba nadie y que no iba a parar hasta conseguir llevárselo a la cama, era de las peores.

—Hola, papá.

Respondió el teléfono a su padre llegando a su edificio y él lo saludó con voz de ultratumba.

—¿Dónde estás, Magnus?

—En casa, pero me voy a Nueva York dentro de dos horas. ¿Necesitas algo?

—La semana próxima es el aniversario del accidente y… —carraspeó—, vamos a celebrar un oficio religioso en Santa Clara. Es el miércoles a las cinco de la tarde.

—¿Un oficio religioso? —Entró en su piso y se fue directo al vestidor donde tenía el uniforme recién traído del tinte.

—Les he avisado a los Pedersen y solo me ha contestado tu tía abuela Maggi. Es increíble.

—Ningún Pedersen es religioso, papá, y mamá tampoco lo era.

—Que no lo fuera no significa que no podamos recordarla en la iglesia donde fue bautizada y dónde se casó conmigo. Si estás en Estocolmo el miércoles, espero que puedas acompañarnos.

—Estaré en Canadá, creo, pero tengo que revisar el *planning* del mes, nos lo cambian continuamente.

—Muy bien, hijo, al menos quedas avisado. ¿Es verdad que Björn se casaba hoy en el ayuntamiento? Lo he leído en el periódico.

—Sí, ahora mismo vengo de allí. Solo fue una boda civil, la gran boda fue el verano pasado en Noruega.

—En fin, buen vuelo y ojalá nos veamos la semana que viene.

—Gracias. Hasta luego.

Le colgó, se cambió muy rápido y cuando se puso delante del espejo para ajustarse la gorra, le sonó el móvil con el aviso de que el transporte de la compañía ya estaba llegando a su calle.

Echó un vistazo rápido al piso, cogió sus llaves, la maleta, cerró la puerta y bajó al portal calculando que su padre, que año tras año iba aumentado su sentimiento de culpa por el accidente de coche que había cegado la vida de su madre, ahora estaba encontrando un poco de consuelo en la religión y que de ahí venía lo del "oficio religioso" por el aniversario de su muerte, porque, si no, todo aquello le resultaba incomprensible.

—Hola, comandante ¿qué tal?

Lo saludó el conductor del minibús, dos azafatas y Hugo, su copiloto, y él les sonrió a todos y se sentó en un asiento libre extendiendo la mano para que le pasaran la carpeta con el manifiesto y el plan de vuelo. Un vuelo regular y rutinario Estocolmo- Nueva York que solía durar unas ocho horas y cincuenta minutos en su Airbus A350-900. Un avión de pasajeros robusto y seguro que era su favorito, y una de las joyas de la corona de SAS, Aerolíneas Escandinavas, dónde trabajaba como piloto desde hacía ocho años.

—Al parecer tenemos un poco de lío en bodega —le comentó Hugo y él lo miró de soslayo.

—¿Caballos, vacas, algún tipo de ganado?

—No, un correo de *Stockholms Auktionsverk*.

—¿La casa de subastas?

—Sí, trasladan dos cuadros de Klimt, valorados en dos millones de euros, a la sede de Sotheby's en Nueva York. Viajan la correo y dos guardias de seguridad privada. Han montado un poco de lío en el aeropuerto, pero el Departamento de Relaciones Públicas ya se ha ocupado y los han dejado supervisar la carga.

—Nadie me había comentado nada.

—Para eso estoy yo.

Hugo le sonrió y luego se concentró en su iPhone. Magnus miró por la ventana la nieve junto a la carretera, luego observó el cielo y comprobó que seguía despejado, tal como anunciaba el parte meteorológico, respiró hondo y volvió su atención sobre el manifiesto de pasajeros. Repasó los nombres y de repente, en primera clase, detectó un apellido que le sonaba un montón: Clausen. Carolina Clausen.

El apellido le sonaba muchísimo, porque era el de un querido compañero del colegio, uno de sus mejores amigos, sin embargo, Carolina Clausen no le sonaba para nada, así que apartó la carpeta, cerró los ojos para relajarse y de inmediato lo olvidó.

1

Ser correo de arte era uno de los grandes beneficios de su profesión y consistía en acompañar valiosísimas obras de arte de un museo a otro, de un domicilio a otro o de una casa de subastas a otra, defendiendo con tu propia vida su integridad y su máxima seguridad.

Era una tarea un pelín peligrosa y de extrema responsabilidad, lógicamente, porque tenías en tus manos cientos de miles de euros o de dólares, a veces millones, desde que te entregaban el envío hasta que lo dejabas en su destino, sin embargo, ella casi nunca pensaba en los riesgos del trabajo y se lo tomaba como una gran oportunidad para viajar, para conocer a nuevos colegas, nuevos museos, nuevas galerías o simplemente para vivir nuevas aventuras dentro del apasionante y exclusivo mundo del arte.

En resumen, se podía considerar una afortunada y no se cansaba de agradecérselo al universo, como esa tarde en Estocolmo, dónde la habían convocado para que se hiciera cargo de un envío multimillonario de la *Stockholms Auktionsverk*, la casa de subastas más antigua del mundo, a la sede de Sotheby's en Nueva York. Nada menos que dos cuadros de Gustav Klimt que un coleccionista privado sueco había puesto en manos de *Stockholms Auktionsverk* para que los sacara a la venta.

—¿Todo bien, Carolina?

Le preguntó la relaciones públicas de SAS, Aerolíneas Escandinavas, siguiendo su mirada, que no se podía apartar de los cuadros cuidadosamente embalados y colocados dentro de un baúl acolchado, con exterior de acero y una cerradura electrónica de última generación, en uno de los emplazamientos de la bodega del avión que les habían asignado, y suspiró.

—Todo bien, gracias.

—Estupendo, entonces os invito a salir de la bodega, porque técnicamente no está permitido que permanezcáis aquí.

—Lo sé, ya nos vamos. ¿Gustav?

Se dirigió a uno de los dos guardias de seguridad privada que iban a acompañarla en el viaje, y él le hizo un gesto positivo con el pulgar dando por bueno el proceso de almacenaje.

—Ok. Nos vamos y disculpa las molestias, Katerina, pero…

—Lo sé, lo sé —Le respondió ella señalándoles la salida—, si mis jefes os han dado carta blanca para supervisar la carga, lo que pasa es que a los compañeros de equipajes les pone nerviosos tener personas ajenas al servicio pululando por aquí. Puede ser peligroso, ¿sabes?

—Nos hacemos cargo. Muchas gracias.

—De nada. Ahora, si os apetece, subid a la Sala VIP y esperad allí el embarque.

—Si no te importa, Katerina —Intervino Gustav, ya en la pista junto al gigantesco avión—, mi compañero Félix, que también está autorizado por tus jefes, se queda aquí hasta que se cierre el vuelo y se inicie la maniobra de despegue.

—No creo que haya problemas.

—Estupendo. Carolina —se dirigió a ella—, pasa tú a la Sala VIP y en seguida estoy contigo, Olivia te está esperando allí.

—Muy bien, hasta ahora.

Lo dejó junto al avión y caminó detrás de Katerina, que para ser relaciones públicas parecía tener poco aguante, de vuelta a la terminal del aeropuerto en completo silencio. Una vez dentro la condujo a la Sala VIP evidenciando que estaba muy harta de la mañanita que le estaban dado por culpa de los dichosos cuadros de Klimt, y finalmente la invitó a entrar con una media

sonrisa.

—¿Necesitáis algo más, Carolina?

—Nada más hasta llegar a Nueva York, muchísimas gracias.

—Bueno, afortunadamente, eso ya no será asunto mío. Espero que vaya todo bien. Hasta luego y buen viaje.

—Hasta luego.

La siguió con los ojos pensando que igual se habían pasado un poco con las exigencias en el tratamiento de sus cuadros, pero rápidamente concluyó que era lo habitual, sobre todo si se trataba de una obras de arte únicas, valoradas en más de dos millones de euros, y movió la cabeza decidida a no quemarse.

Respiró hondo y entró en la Sala VIP buscando a Olivia, la otra escolta de seguridad a la que había pedido expresamente para el viaje, porque eran amigas desde sus primeros tiempos en la sede sueca de *Stockholms Auktionsverk.*

—¿Qué tal ha ido? —Le preguntó Olivia cuando la vio aparecer cerca de la barra— ¿Quieres tomar algo?

—Un café con leche, gracias.

—¿Y?, ¿cómo ha ido todo?

—Todo bien, aunque parece que hemos molestado a más de alguien en SAS. Son muy tiquismiquis.

—¿Por qué?, ¿por supervisar la carga?, es el protocolo.

—Eso creía yo, pero después de comprobar todos nuestros permisos durante una hora, nos han tratado como a unos apestados. En fin, es igual, no me voy a amargar. Ahora viene Gustav, Félix se quedará esperando el despegue.

—Ok.

—En Copenhague suelen ser más amables —Bromeó, tomando un sorbo de su café.

—No sé yo… —La miró de soslayo—. No me digas que no echas de menos Estocolmo, Carolina, por muy amables que sean los daneses.

—Estocolmo se echa de menos siempre, pero en días como hoy me acuerdo de que me encanta vivir en Copenhague.

—Madre mía…

Bufó Olivia y ella se concentró en su café. Abrió la mochila para comprobar que llevaba todas sus cosas y sacó el móvil para contestar a varios mensajes de su empresa y de paso avisarle a su madre que estaba bien y que ya iban a despegar.

Le escribió contándole un poco de su periplo en el aeropuerto y ella le respondió desde Dinamarca de inmediato, contándole que también estaban bien y que le deseaban buen vuelo y buena suerte con todo.

Sonrió, imaginándose a sus padres en el invernadero o en el salón de casa disfrutando de una buena taza de té, y se sintió bien de inmediato, porque solo sentirlos próximos le producía bienestar y consuelo, alegría, tal vez por eso había decidido mudarse a Dinamarca hacía cuatro años, para tenerlos cerca después de vivir hasta los veintiocho en Estocolmo.

Su padre, que era danés, había conocido a su madre en Suecia hacía cuarenta y cuatro años, se habían casado y formado una gran familia en Estocolmo, pero nada más prejubilarse, habían decidido instalarse cerca de Copenhague, donde él había heredado una casa de ensueño, y allí vivían desde hacía seis años muy felices, a pesar de estar lejos de sus cuatro hijos y sus ocho nietos, algo que les pesaba lo suficiente como para que ella, que era la pequeña, decidiera remediarlo en parte pidiendo un traslado en el trabajo y mudándose a vivir a diez minutos de su

casa en Hillerød, al norte de Copenhague.

De ese modo, había dejado su puesto como experta en pintura del siglo XIX y XX en la sede de *Stockholms Auktionsverk* de Estocolmo y se había trasladado a su sede danesa con los mismos privilegios, pero con menos actividad, porque lógicamente el mayor volumen de trabajo de la empresa, que había sido fundada nada menos que en 1674, se encontraba en Suecia.

Aquello había significado una especie de paso atrás en su fulgurante carrera, no obstante, hasta el momento le estaba valiendo la pena porque vivía cerca de sus padres, que se estaban haciendo mayores muy rápido, y, lo más interesante, porque seguían contando con ella en Estocolmo para ciertos peritajes, valoraciones y, sobre todo, para actuar como correo de sus piezas más importantes, que era precisamente lo que estaba haciendo ese día en el aeropuerto de Arlanda.

—No te muevas.

Le susurró Olivia sujetándola por el brazo y levantando disimuladamente el teléfono móvil para grabar algo que estaba a su espalda. Carolina cuadró los hombros y suspiró.

—¿Qué haces?

—Estoy grabando a un par de pilotos macizorros para mi colección de TikTok.

—¿No estás violando su derecho a la imagen?

—Ay, Carol, no seas aguafiestas, lo hace todo el mundo.

—Tú sabrás —oyó vibrar el móvil y vio que les estaban anunciando el embarque de su vuelo —. ¿Has terminado?, porque tendríamos que ir andando hacia la puerta de embarque.

—Sí, sí, ya tengo material suficiente. Mira al más alto, parece salido de una revista de moda.

Asintió, se giró para observar al piloto “macizorro” y al reconocerlo saltó de la impresión, se giró otra vez hacia su amiga, se movió disimuladamente hacia un muro que había cerca y se quedó allí intentando pasar desapercibida, mientras buscaba una buena vía de escape.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Olivia acercándose a ella con la boca abierta— ¿Has visto un fantasma?

—No, peor, a un tío que me cae fatal y al que no quiero saludar.

—¿Uno de los pilotos? —ella asintió—. Ok, han cogido unos cafés y se están marchando ¿Cuál es el que te cae tan mal?

—El más alto, lo conozco desde pequeña y últimamente no hago más que encontrármelo. No lo veía desde hacía años, me lo encontré hace diez días en Río de Janeiro y ahora aquí. Es increíble.

—Igual es el destino, yo que tú hablaría con él.

—No, ni de coña.

—Vale, vamos, ya no hay peligro.

La cogió del brazo y abandonaron la Sala VIP camino de su puerta de embarque, llegaron cerca de las filas repletas de pasajeros y ahí lo localizó otra vez, tan alto y tan guapo destacando en medio de la gente con su uniforme impecable, la gorra de piloto debajo del brazo y el pelo rubio recogido en un moño hípster que le sentaba de maravilla.

—Me cago en diez —soltó por lo bajo—. ¿No será nuestro piloto?

—Está claro que lo es —musitó Olivia muerta de la risa.

—Joder, joder, joder…

Observó cómo él se despedía del personal de tierra con su sonrisa de anuncio y se dirigía a la pasarela de embarque tan seguro de sí mismo, tan firme como había sido toda su vida, y ella cerró los ojos resoplando.

—¿Qué estáis esperando? —Peguntó Gustav provocándole un respingo y fue Olivia la que

respondió.

—Nada, ya vamos ¿Carolina?

—Sí, ya, qué remedio… joder…

Siguió protestando mientras pasaba su tarjeta de embarque y su pasaporte a la azafata de tierra, luego cuando tuvo que caminar por la "manga" hacia el aparato y al llegar a la entrada del avión, se apartó para dejar pasar primero a Olivia y a Gustav mientras ella cotilleaba la cabina de los pilotos, que desde ese ángulo se distinguía perfectamente.

Se quedó quieta observando la camisa blanca de ese tío (que se había sacado la chaqueta azul marino), su reloj carísimo, que era inmenso y deportivo, y finalmente su perfecta cabeza un poco inclinada para leer una carpeta con papeles que tenía sobre los mandos.

—Joder —Repitió para sus adentros— ¿De todos los pilotos del mundo me tenía que tocar precisamente Magnus Mattsson? ¿En serio?

Bufó cabreada y en ese preciso instante él pareció intuir algo y se giró hacia ella rápido, aunque no lo suficiente como para pillarla espiando, porque de un salto se metió dentro del avión, buscó su asiento en primera clase y se instaló allí con la intención de hacerse invisible hasta pisar Nueva York.

2

—Kennedy autorizaciones. SK1014, comandante Magnus Mattsson, solicito prueba de radio.

Dijo entrando en el espacio aéreo de Nueva York y sintió como Billy, el jefe de sobrecargos, se asomaba a la cabina, le ponía un café americano al alcance de la mano y después se marchaba cerrando la puerta en silencio.

—Se le escucha 5X5, SK1014.

—Buenas tardes, control. ¿Me da datos, por favor?

—Pista de servicio 13R/31L. Precipitación con nieve, tres grados bajo cero, losa despejada.

—Muchas gracias, control. Procedemos a aproximación.

—Adelante.

Miró a Hugo de reojo, fijó el rumbo magnético e inició el descenso haciéndole un gesto para que fuera él el que se dirigiera a los pasajeros y anunciara la inminente aproximación al aeropuerto J.F. Kennedy de Nueva York.

Afortunadamente, habían tenido un vuelo tranquilo y sin incidencias, y pretendía aterrizar de la misma forma. Se relajó y se concentró en la maniobra mientras Hugo se dirigía a los pasajeros y al personal de cabina primero en sueco y después en inglés, tras lo cual se ponía a su disposición para acompañarlo en la tarea de posar el Airbus A350-900, y a sus cuatrocientos pasajeros, sanos y salvos sobre las pistas heladas del Kennedy.

—*Flaps*. Ruedas de freno automático.

Anunció, sintiendo como el inmenso aparato vibraba entre sus manos; uno de los mejores momentos del vuelo, ese y el despegue, aunque en teoría eran los más peligrosos; y sujetó los mandos con tranquilidad, traspasando los Cumulonimbos y viendo a los pocos segundos el entorno de las pistas cubiertos por una nieve blanca y espesa.

—Mucha nieve, mucho hielo —susurró Hugo.

—No para un sueco —Le respondió él sonriendo y descendiendo a buena velocidad—. *Landing*.

Se aproximó a la pista asignada y tocó tierra suavemente (suave para una mole de 275 toneladas), mientras la torre de control le daba la bienvenida y se enzarzaban en esos diálogos técnicos que repetía casi por inercia, aunque su primer instructor de vuelo le había enseñado que nunca, jamás, había que volar por inercia o dando las cosas por sentadas.

Se centró en el protocolo y vio que tenían una alerta referida a la carga millonaria que llevaban en bodega para la casa de subasta Sotheby's de Nueva York y que iba custodiada por un correo y dos agentes de seguridad privada.

Dio el visto bueno para que se siguieran las instrucciones aprobadas por su compañía y por las autoridades locales con respecto a las obras de arte, y se dedicó a rodar su avión suavemente hasta la plataforma de desembarque. Cogió el micrófono interno para despedirse de su pasaje y de su tripulación, y de paso pidió un poco de paciencia para que los pasajeros no se desabrocharan los cinturones, aunque sabía que eso era tarea imposible, ya que nada más pisar la pista la gente se volvía loca y empezaba a quitarse los cinturones de seguridad, a encender los dispositivos electrónicos e incluso a ponerse de pie. Una costumbre muy mala y peligrosa, porque si por casualidad sufrían un bache o un impacto inesperado, podían salir disparados contra los asientos o el pasillo.

—Motores apagados, vuelo cerrado. Apertura de puertas. Buen trabajo, compañero.

Se dirigió a Hugo y él le sonrió extendiéndole la carpetita con el plan de vuelo para que la

firmara, y luego ambos se concentraron en repasar uno a uno los pasos del protocolo de aterrizaje, el *checklist*, mientras la tripulación despedía a los pasajeros y se comenzaba el desalojo del aparato.

—Hola, chicos…

Saludó a los operarios de seguridad y mantenimiento del aeropuerto veinte minutos después, mientras abandonaba la cabina de mando, y antes de dejar el avión se despidió del jefe de cabina que a su vez le confirmó que ellos también habían terminado la lista de chequeo y que se marchaban todos al hotel.

—Buen vuelo, comandante. La mayoría vamos a cenar algo en el restaurante del hotel ¿Te apuntas?

—No, gracias, Billy, ya tengo otro compromiso. ¿Todo en orden con el pasaje?

—Sin novedad salvo con los del Klimt.

—¿Qué pasa con ellos?

—La descarga de los cuadros se está retrasando y la correo está montado un pequeño barullo en el mostrador de SAS —le señaló el teléfono móvil—. Acaban de contármelo.

—¿Quién se está ocupando de resolverlo?

Caminó de prisa por la rampla de desembarque detrás de Hugo, que estaba como loco por llegar a Manhattan para ver a su novia, y Billy no dijo nada hasta que él se detuvo dentro del aeropuerto, giró y lo miró a los ojos.

—¿Billy?

—No lo sé, Magnus, solo sé que los tienen esperando y que no los han dejado bajar a supervisar la descarga.

—¿Por qué no?

—No es asunto nuestro, colega —Intervino Hugo señalándole la salida—, ya se ocupará el personal de tierra. Vamos.

—Claro que es asunto nuestro, no voy a permitir que haya un problema con una carga millonaria de obras de arte. No en mi avión.

—Ok, pero…

—No os preocupéis, id saliendo y yo me pasaré a comprobar qué está pasando. Os veo más tarde en la ciudad, hasta luego.

—El transporte de la compañía se marchará sin ti.

—Es igual, pediré otro o me iré en taxi.

Les dijo adiós con la mano, les dio la espalda y se fue directo al mostrador de SAS de esa inmensa terminal de llegadas donde siempre había un trajín enorme.

Caminó hacia allí arrastrando el *trolley* y la percha con su segundo uniforme pensando que, si aún no se había resuelto la entrega de los cuadros de Gustav Klimt iba a tener que intervenir directamente para solucionarlo, porque hasta que no estuvieran en manos del correo asignado por *Stockholms Auktionsverk*, moralmente no podía dar por finalizada su responsabilidad sobre los mismos.

Esquivó el mar de gente que llenaba las instalaciones del Kennedy, empezó a vislumbrar las letras de Aerolíneas Escandinavas al fondo de un inmenso pasillo, y a medida que se fue acercando, vislumbró también un pequeño grupo de personas que estaba discutiendo junto al mostrador con varios papeles en la mano.

Dio por hecho que se trataba del correo y los agentes de seguridad privada, y llegó hasta ellos viendo a una chica joven, alta y morena, muy estilosa, llevando la voz cantante del rifirrafe. Sin querer la recorrió con los ojos, porque era un bellezón y porque llevaba el pelo recogido en un

moño sujeto con un boli, un detalle que le pareció muy gracioso. Bajó los ojos por sus vaqueros y sus zapatillas de deporte y cuando la tuvo a medio metro todos sus acompañantes lo miraron a él por encima de su hombro, provocando que ella se callara y se girara para clavarle unos enormes y familiares ojazos oscuros.

—Vaya por Dios.

Soltó sin querer al reconocerla, porque se trataba nada menos que de esa joven que le había arruinado la Nochevieja en Río de Janeiro, cuando le había espetado un montón de impertinencias sin venir a cuento, y sin que los hubiesen ni presentado, y ella dio un paso atrás cruzándose de brazos.

—¿Me estás siguiendo? —Bromeó y ella frunció el ceño—. Lo digo porque es la segunda vez que te veo en menos de quince días.

—Muy gracioso.

—¿Necesita algo, comandante?

Se apresuró a preguntar la azafata de tierra de SAS y él dejó de mirar a la preciosa y maleducada jovencita, y le prestó atención.

—¿Usted es?

—Evelyn Berg, jefa de servicio.

—Encantado, Evelyn, yo soy Magnus Mattsson, comandante del SK1014.

—Sé perfectamente quién es, comandante.

—Genial, entonces me podrá explicar qué problema ha surgido con la descarga de…

—Gustav Karlsson, comandante Mattsson —Interrumpió en sueco un tipo alto con pinta de militar ofreciéndole la mano—. Soy el responsable de seguridad de *Stockholms Auktionsverk*. Mis compañeras y yo llevamos un rato tratando de explicar a estas personas que me habían autorizado para recoger personalmente la valija que traemos para Sotheby's. En Arlanda pudimos supervisar su custodia hasta el momento del despegue y ahora, aquí, nos dicen que tenemos que esperar a que nos la traiga algún operario de equipajes.

—Esto es completamente irregular —Intervino su “amiga de Río de Janeiro” —, y no solo porque puedan perderla o alguien la pueda robar, sino porque, encima, la pueden destrozar sin la manipulación adecuada.

—Nadie va a destrozar nada, señorita Clausen —se defendió la asistente de tierra—, hay gente especializada para estas cosas.

—¿Qué está haciendo para ayudar a nuestros pasajeros, Evelyn? —Quiso saber él soltando la maleta y dejando la percha con el uniforme sobre el mostrador.

—Estamos siguiendo el protocolo, comandante.

—¿El de SAS o el del aeropuerto Kennedy?, porque a lo que a nosotros respecta, la descarga debía supervisarla personalmente el equipo enviado por *Stockholms Auktionsverk.* Así se acordó y así consta en el contrato que firmaron con la compañía, por lo tanto, si no resuelve esto ya, ahora mismo, nos podemos ver inmersos en un problema legal gravísimo. ¿Lo entiende o se lo repito en inglés?

—Lo entiendo perfectamente, pero…

—¿Tendré que llamar a la central en Estocolmo para que usted les explique por qué estamos entorpeciendo la descarga pactada de unas obras de arte?

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias. Esperaré aquí hasta que se resuelva.

—Como quiera —Bufó ella mirándolo con cara de asesina.

—Muchas gracias.

Le dijeron el tal Karlsson y la otra chica del grupo, y él asintió observando cómo la señorita Berg se alejaba para llamar a alguien con su *walkie-talkie*. Una llamada corta y precisa que al parecer la autorizó para hacer algo útil, porque inmediatamente regresó llamando a Gustav Karlsson con la mano.

—¿Me acompaña?, ya tenemos su envío bajo custodia.

—Vamos allá —susurró Karlsson e hizo amago de seguirla, pero antes se detuvo y le ofreció la mano—. Muchas gracias otra vez, comandante.

—Magnus, me llamo Magnus.

—Gracias, Magnus.

—No hay de qué.

Lo vio marcharse y solo entonces prestó atención al resto del personal de tierra de la compañía, que había seguido la charla desde detrás del mostrador sin intervenir. Los saludó con una venia y luego buscó los ojos de su "amiga de Río de Janeiro"

—¿Te apellidas Clausen?

—Sí —contestó ella mirando a su compañera—. Olivia, voy a llamar a Sotheby's para tranquilizar a Mary, tengo varios mensajes suyos y…

—Disculpa.

Le cortó el paso y la escrutó con atención, porque de repente se dio cuenta, observándola a esa distancia, que no solo le era familiar por la dichosa Nochevieja en Río, si no por algo más, algo mucho más concreto, y dio un paso atrás rascándose la mejilla.

—¿No serás familia de Erik Clausen?

—Sí, es mi hermano.

—¡¿Tú eres hermana de Erik?! ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No te conozco, ¿por qué te lo iba a decir?

—Carolina… —Resopló su compañera moviendo la cabeza.

—Es verdad, no lo conozco de nada.

—Pero en Río de Janeiro me dijiste que me conocías del colegio.

—Por mis hermanos mayores.

—Carolina Clausen —repitió, tratando de recordarla sin ningún éxito—. Lo siento, pero las únicas hermanas que recuerdo de Erik son Violeta y Amanda, su hermana mayor y su melliza… pero… ¡ah, claro! ¿Carrie? ¿Tú eres la pequeña Carrie?

—Solo mi familia me llama así.

—Carrie, joder, en realidad te pareces mucho a Erik y a tu madre. ¿Qué tal están tus padres?

—Todos muy bien, muchas gracias. Olivia —Lo ignoró mirando a su amiga—. Lo dicho, voy a llamar a Mary.

Sacó su teléfono móvil y se alejó dándoles las espalda. Él frunció el ceño pensando que había estado fatal mirar a la hermana pequeña de un amigo como lo había hecho él hacía quince minutos, pero para su descargo, no tenía ni idea de quién se trataba. La Carrie que él recordaba era una cría pequeña con gafas y aparato, una pizpireta que siempre andaba pegada a los talones de Erik y Amanda, pero a la que no había vuelto a ver desde sus tiempos de secundaria, tal vez desde los primeros años de universidad, cuando él había ingresado en la Fuerza Aérea Sueca y había dejado de relacionarse con la mayoría de sus colegas del colegio.

—No se lo tengas en cuenta, de normal es una chica estupenda y muy maja —Le dijo Olivia y él la miró y le sonrió.

—¿Maja y estupenda?, no es mi experiencia hasta ahora, pero es igual, no pasa nada.

—Está nerviosa por el tema de los cuadros, lo que ha pasado aquí es una pesadilla para

cualquier correo.

—¿O sea que ella es el correo?

—Sí, Gustav y yo somos los guardias de seguridad de *Stockholms Auktionsverk.*

—Entiendo.

Levantó la cabeza y vio como Karlsson y Berg, escoltados por dos miembros de la seguridad del aeropuerto, regresaban con un carrito de equipajes y sobre él lo que parecía ser su valija para Sotheby's.

—Bueno, parece que el problema ya está solucionado. Ahora debería irme.

—Muchas gracias, Magnus, sin tu ayuda seguro que habríamos esperado aquí hasta mañana.

—De nada, hasta luego.

—Si quieres, podríamos tomar algo para agradecerte el apoyo —sacó una tarjeta y se la entregó—. Solo nos quedamos esta noche, pero… no sé… una copa, una cena, lo que quieras. Llámame.

—Muchas gracias, pero esta noche no puedo, tengo un compromiso y también necesito dormir. Mañana volamos de vuelta a casa.

—Nosotros también, ¿en el vuelo de las seis de la tarde?

—Así es.

—Genial, entonces te vemos mañana y ya quedaremos en Estocolmo. Con Gustav y conmigo, eso sí, porque Carolina vive en Copenhague y se va desde Nueva York directamente hacia allí.

—¿Copenhague?, ¿no trabaja para *Stockholms Auktionsverk*?

—Sí, pero en la sede danesa de la empresa.

—Ok, pues, espero que no surja nada más y nos veamos mañana. Hasta luego.

Se despidió, cogió sus cosas y puso rumbo a la salida para pillar un taxi, aunque antes buscó con los ojos a la hermana pequeña de Erik y la vio acercándose a sus obras de arte con evidente alivio.

Sonrió, apuntando mentalmente llamar a su mejor amigo del colegio para contarle que había visto a su hermanita pequeña en Río de Janeiro y después en Nueva York, y sacó el teléfono móvil para contestar una llamada entrante.

—*Come stai, bellissima?*

Respondió en italiano, llegando a la fila de los taxis, y lo que escuchó fue la sexy y cálida voz de su amiga Giovanna.

—¿No habías aterrizado hace dos horas, *amore*?, ¿por qué no estás aquí?

—Porque se me ha complicado un poco la cosa. Cojo un taxi y estoy en Manhattan en seguida.

—Mi fiesta ya ha empezado.

—Llegaré un poco tarde, pero llegaré. No te preocupes.

—Vale, hasta ahora, *mio amore*.

3

—¡Hola!

Entró en el piso de Sten con su propia llave y antes de ir a saludarlo guardó su maleta y su mochila en el armario del recibidor, colgó su abrigo y lo cerró todo con sumo cuidado para no dejar nada fuera de su sitio.

Se miró en el espejo del salón y se arregló un poco el pelo sonriendo, porque la casa olía de maravilla y sabía que le esperaba una cena deliciosa y saludable. Una de esas que su novio sabía elaborar con tanto mimo, con tanta dedicación; se alisó el jersey y luego se fue a buscarlo a la cocina.

—*Hej*, guapo.

Se le acercó por la espalda y él la miró de reojo sin soltar la cuchara de madera que estaba utilizando para aliñar la ensalada.

—Hola, peque, pensé que tardarías un poco más en llegar, le faltan unos seis minutos a la lasaña.

—No te preocupes por eso —Se le abrazó fuerte y le besó la espalda—. Puedo esperar, mientras tanto me tomaré una copita de vino.

—He comprado dos tintos en la tienda de Moira, están en el botellero.

—¿Y no queda nada del Rioja que traje de España? —Lo miró y él se encogió de hombros.

—Tiré los restos, no me gusta tener vino no vegano en casa, cielo.

—¿Qué?

—Es más saludable, Carol, y sabe igual.

No sabe igual ni de lejos, pensó, pero no quiso enzarzarse en una discusión inútil justo el día que volvía de Nueva York, y se fue al ordenado botillero donde tenía los vinos veganos que su amiga Moira traía a su tienda ecológica especialmente para él. Cogió una botella y la descorchó buscando una copa.

—¿Quieres un poco, Sten?

—No, nada de alcohol hasta el fin de semana. Gracias.

—Vale, como quieras.

—¿El vuelo bien?

—Sí, he dormido bastante. Estaba agotada después de las tensiones de la ida.

—¿Qué tensiones?, si al final se resolvió todo favorablemente —Levantó los ojos azules y se los clavó—. Lo importante es el resultado ¿no?, y al final todo salió tal como esperabas.

—Sí, pero los nervios y el disgusto de la ida, sin poder intervenir en la descarga… en fin. Tienes razón, voy a quedarme con los bueno. Lo importante es que los cuadros ya están sanos y salvos en Sotheby's.

—Claro, peque —Se le acercó y le dio un casto beso en la nariz—. En nuestras manos está ser positivos.

—Lo más positivo es que he traído las cremas que me había encargado tu madre, al final me ha dado tiempo a pasar por Macy's.

—Genial, se las podemos llevar el fin de semana.

—Se las tendrás que llevar tú, el fin de semana iré a casa de mis padres. Mi hermano y mi cuñada vienen con los niños, ¿recuerdas?

—Sí, pero eso lo puedes hacer el sábado ¿no?, el domingo podemos tomar el *brunch* con mis padres.

—Erik viene desde Estocolmo, me gustaría pasar todo el finde con él y con los niños, al bebé apenas lo conozco.

—No tiene ni seis meses, no creo que le importe.

—Sten… —Lo miró muy seria y él se encogió de hombros antes de echarse a reír.

—Estaba bromeando, tú haz lo que quieras.

—¿No quieres venir a Hillerød conmigo?, podemos pasar un finde tranquilo en…

—No, gracias, peque, ya sabes que no entiendo muy bien vuestro rollo familiar y mucho menos con niños de por medio.

—No tienes que tocarlos, ni hablarles, ni siquiera mirarlos.

—Yo paso, pero podemos vernos el domingo por la noche para cenar. ¿Te parece?

—Vale.

Respondió un poco decepcionada, porque, aunque llevaban un año siendo una "pareja formal y oficial", él nunca hacía el esfuerzo de estar con su familia, ni siquiera por cortesía, y aquello empezaba a escocerle un poco, sobre todo por sus padres, que no entendían por qué el "novio" de su hija pequeña los evitaba de forma tan evidente y descarada.

—¡Ring!

Sonó la alarma del horno y Sten saltó para sacar la fuente con la lasaña de verduras. Ella lo siguió con los ojos con ganas de coger sus cosas y marcharse, porque había días en que solo quería huir de ahí y no verlo nunca más, nunca más, porque esa frialdad, esa distancia con la que se desenvolvía la sacaba de quicio, pero en seguida recuperó el sentido común y recordó que Sten representaba, en muchos aspectos, todo lo que ella buscaba en un hombre, es decir: estabilidad, lealtad, madurez, compromiso y calma. Unas cualidades muy difíciles de encontrar entre los chicos de su edad con los que solía relacionarse.

—No te pongas tan seria —le dijo, señalándole la silla para que se sentara—. Solo soy sincero, sabes que no soporto a los niños y mucho menos a un bebé de seis meses. Si voy a casa de tus padres, acabaré escapándome antes de que me sirvan un café y será peor.

—Si no haces un esfuerzo nunca verás a mi familia, tengo ocho sobrinos.

—Tampoco es necesario, salgo contigo, no con ellos.

—¿Entonces por qué yo frecuento tanto a tus padres?

—Porque tú eres mejor persona que yo.

—No estoy bromeando, Sten.

—Vamos a dejarlo, la lasaña no puede esperar. *Bon appetit*.

Se inclinó para darle un beso en la frente y luego se sentó en su sitio cambiando de tema radicalmente para hablarle de sus pacientes y de un congreso en Suecia al que tenía que asistir en febrero, coincidiendo con San Valentín, lo que podía ser una buena excusa para celebrarlo allí porque, aunque él no era muy aficionado a ese tipo de celebraciones e incluso le parecían ridículas, estaba dispuesto a transigir y a celebrarlo con ella en Estocolmo si a ella le hacía ilusión.

Ella lo miró probando la lasaña y lo dejó divagar sin replicar ni implicarse mucho en la conversación, porque lo de San Valentín le daba tan igual como a él y porque, de repente, empezó a sentir como el *jet lag* comenzaba a atacar su cuerpo, algo que le solía pasar cuando volvía de América o de cualquier parte del mundo que estuviera a más de seis horas de vuelo.

Respiró hondo tomando un sorbo de vino y sin venir a cuento pensó en Magnus Mattsson, que se pasaba la vida volando de un hemisferio a otro y sin mucha tregua, aunque los pilotos de largos recorridos trabajaban poco, o eso había leído alguna vez, y seguramente había aprendido a descansar bien y a asimilar los cambios horarios sin mayores problemas.

Al menos era joven y fuerte, y estaba en muy buena forma, y eso, desde luego, debía ayudar a sobrellevar su estilo de vida nómada y estresante, porque ser piloto comercial debía ser muy estresante, por eso descansaban tanto entre un vuelo intercontinental y otro. Si no recordaba mal, un día entre una ida y una vuelta, y hasta una o dos semanas entre un vuelo y otro.

—¿Carolina?

La llamó de repente Sten y ella levantó la cabeza y lo miró con una sonrisa.

—La lasaña está perfecta, muchas gracias.

—No te estaba preguntando eso, ¿estás bien?

—Sí, no sé, solo me ha entrado el sueño.

—Cenas y a la cama, si quieres quedarte aquí, y mañana estarás como nueva.

—Lo sé.

—Te estaba diciendo que me ha llamado tu hermana.

—¿Mi hermana?, ¿qué hermana?

—Amanda.

—¿Por qué?

—Para pedirme consejo profesional. Le han diagnosticado un TDAH a Andy y dice que no la convence.

—¿Andy con TDAH?, no me ha dicho nada.

—Fue ayer y tú estabas trabajando en Nueva York.

—Sí, pero… joder… es algo importante.

—Quería que le recomendara algún siquiatra en Londres y le he dado el nombre de Samantha Cameron. ¿Te acuerdas de ella? Hicimos juntos la especialidad en Cambridge y es la mejor en Trastorno por Déficit de Atención.

—Andy ya tiene ocho años, ¿es normal que no se lo hayan diagnosticado antes?

—Mucho más normal de lo que te imaginas. He mandado un correo a Sam y me ha dicho que les buscará un hueco para esta semana.

—Muchas gracias. Joder —dejó el tenedor y la servilleta sobre la mesa—. Amy debe estar preocupadísima, lo siento, pero voy a llamarla.

—¿No puedes esperar a que nos acabemos el postre?

—No quiero postre, muchas gracias. Discúlpame.

Se levantó y él se quedó resoplando y recogiendo los platos, porque no podía soportar la idea de tener platos o cubiertos sucios en la mesa, y ella lo miró de reojo y se alejó de la cocina sacando el teléfono móvil para llamar a su hermana, que era una feliz madre de familia numerosa residente en Londres, ciudad natal de su marido.

Marcó su número un par de veces y a la tercera ella le respondió un poco agitada.

—Hola, peque ¿ya has vuelto?

—Sí, estoy cenando con Sten y me ha comentado lo de Andy. ¿Cómo estáis?

—En este momento contándole un cuento a los gemelos.

—Vaya, entonces te llamo más tarde.

—Ya es igual, Andrew ha tomado el relevo.

—Siento molestar, pero ni miré la hora, solo me quedé con lo del TDAH y…

—Ya, es una putada, pero en el fondo estamos aliviados de saber qué le está pasando y cómo lo podemos ayudar. De todas maneras, consultaremos una segunda opinión.

—Sten dice que la colega que te ha recomendado es muy buena.

—¿Tú la conoces?, él solo habla maravillas de ella.

—Sí, bueno, una vez cenamos con ella en Londres, cuando acompañé a Sten a un congreso

en el King's College. Creo que te lo comenté…

—Ah, claro, de eso me sonaba, es su ex ¿no?

—Sí, su novia de Cambridge, aunque ahora es una mujer felizmente casada con un productor de televisión.

—El caso es que ha sido muy amable y me ha buscado una cita urgente para el viernes. Ya te contaré.

—Vale. ¿Andy está bien?, ¿se lo habéis explicado?

—Sí, se lo hemos explicado, pero pasa bastante, obviamente. Él es así. A los que no les he dicho nada es a papá y mamá. Hasta que no tengamos un diagnóstico contrastado y firme, no voy a discutirlo con ellos, así que, porfa, Carrie, mucha discreción.

—Por supuesto, no te preocupes. ¿Tú estás bien?

—Bien, tranquila. ¿Tú qué tal?, ¿qué tal en Manhattan?

—El trabajo bien, lo demás visto y no visto, no he tenido tiempo ni de pasear por Time Square.

—Qué lástima.

—En fin, te dejo seguir con los cuentos. Manda un beso a los niños y otro a Andrew. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño, ya hablaremos. Un beso.

Su hermana le colgó y ella respiró hondo mirando el móvil, sin saber muy bien qué hacer, porque ante una situación así tampoco podía ayudar mucho, ni siquiera aconsejar, así que volvió a la cocina para ayudar a Sten a meter los platos en el lavavajillas, y se dedicó a eso, a recogerlo todo en absoluto silencio, sin un solo comentario, pero en perfecta armonía, como una pareja bien avenida, hasta que acabaron y él la miró señalándole su despacho.

—Voy a revisar algunas notas de hoy y a poner al día la agenda de mañana. ¿Te vas a quedar o…?

—Pues… —se miró a sí misma y luego miró hacia el ventanal que daba a la calle—. Ha dejado de nevar y mañana tengo que madrugar, si no te importa, mejor me voy a casa. Estoy rendida.

—¿Cómo me va a importar, peque?

—Vale, estupendo, y muchas gracias por la cena.

—¿Qué te dijo Amanda sobre Andy? —La siguió hacia el recibidor y observó atento como ella sacaba su abrigo y su maleta del armario.

—No mucho, están tranquilos, solo quieren una segunda opinión y tu amiga les ha dado hora para el viernes.

—Sam es estupenda y muy generosa, seguro que les ayuda a afrontar mejor el tema.

—¿Tú crees que no hay duda y es un TDAH?

—Es un diagnóstico sencillo, no creo que se haya equivocado el primer especialista.

—Ok.

—Hoy en día no es una desgracia, existen terapias y medicación.

—¿Medicación?, solo tiene ocho años.

—¿Y qué problema hay? Existen estimulantes como el metilfenidato que funcionan muy bien en niños y adolescentes, pero eso tendrá que determinarlo su médico.

—¿Qué?

—No entiendo ese miedo que tenéis la gente de a pie a la farmacología, en siquiatría es un elemento fundamental y efectivo para ayudar a nuestros pacientes. No es ningún drama, Carolina.

—Que mi sobrino de ocho años empiece a medicarse con estimulantes me preocupa. Es normal.

—En todo caso, sus padres tendrán que dejar esa decisión en manos de sus médicos, con lo cual, es estéril que tú y yo discutamos ahora sobre esto. ¿Te pido un taxi?

—Tú eres siquiatra ¿con quién mejor puedo discutirlo?

—Madre mía —se acercó y la besó en la frente—. No es mi paciente ni es tu hijo, es tu sobrino y es cosa de sus padres, no nuestra. Voy a pedir un taxi.

Carolina lo observó con la boca literalmente abierta, sin saber qué hacer o cómo comportarse ante tan poca empatía, y finalmente abrió la puerta y salió al rellano arrastrando su maleta y colgándose la mochila al hombro.

—Tardará cinco minutos —le anunció Sten asomándose y sujetando la puerta—. No bajes ahora a la calle, te vas a helar.

—Estoy bien, gracias.

—¿Te has enfadado?, porque si es así pienso ignorarlo, sé que no he dicho nada que no sea lógico o verdadero.

—Adiós, Sten —Respondió entrando en el ascensor.

—Adiós, nos vemos el domingo para cenar.

—No lo sé, te aviso el sábado. Adiós.

Esperó que se cerrara la puerta del ascensor y soltó la maleta para restregarse la cara con las dos manos, preguntándose qué hacía yendo hasta allí después de un viaje tan largo, si a su novio le daba igual lo que sintiera o le pasara o le preocupara. Si total, él vivía su propio mundo donde ella no le hacía la menor falta.

Ay, Dios, Carolina, se dijo saliendo al vestíbulo del edificio, si ni siquiera te ha dado un beso en condiciones.

4

Klara Kyrka, o la Iglesia luterana de Santa Clara, estaba ubicada en Norrmalm, en pleno corazón de Estocolmo, y, si no recordaba mal, había sido construida por un arquitecto de origen holandés sobre los cimientos del convento de Santa Clara, allá por el siglo XVI. Tenía la segunda torre más alta de Escandinavia, después de la de la Catedral de Upsala, al noroeste de Estocolmo, y era el quinto edificio más alto de Suecia. Ciento dieciséis metros de altura, recordó, aceptando que ser criado por dos arquitectos, le había servido para almacenar un montón de datos curiosos sobre las joyas arquitectónicas más importantes del mundo.

Una suerte, porque de pequeño había viajado un montón con su madre y con Leo, su padrastro, y ambos se habían ocupado de mantenerlo perfectamente informado de todo lo que veían y visitaban.

Una infancia feliz, muy divertida e intensa al lado de un padrastro estupendo y de una madre maravillosa e incansable, la guapísima Agnetha Pedersen, que desgraciadamente había fallecido a los cincuenta y un años víctima de un accidente de tráfico. Un hecho espantoso que estaban recordando esa tarde allí, precisamente en la Iglesia de Santa Clara, donde su padre se había empeñado en organizar un funeral por el séptimo aniversario de su muerte.

Puro y auténtico sentimiento de culpa.

Respiró hondo y se sentó mejor en el banco de la iglesia, sintiendo como la tía Maggi, la única tía que quedaba viva de su madre, le acariciaba el antebrazo a modo de consuelo. Él la miró de reojo y le sonrió sin mucha emoción, porque la verdad es que, tras siete años de duelo muy trabajado con su terapeuta, ya llevaba bastante mejor la repentina muerte de Agnetha. Una muerte acaecida un 24 de enero mientras volvía de una cita clandestina con su exmarido, es decir, con su padre, con el que estaba manteniendo una aventura secreta desde hacía un par de años. Un palo tremendo para Leo y para él mismo, porque no recordaba haber visto a sus padres bien o en armonía nunca, jamás, en toda su vida.

Aquello, por lo tanto, se había traducido en un gran dolor por la pérdida, pero también en la más absoluta estupefacción.

A aquella tragedia, que los había devastado, porque no solo lo había dejado huérfano a él, que ya era un adulto, sino también a sus hermanos gemelos de seis años, se había sumado, encima, el gran escándalo que había estallado por las circunstancias del accidente y por los secretos escabrosos del mismo que se empezaron a comentar en todos los salones del Estocolmo más exclusivo, aquel en el que Agnetha Pedersen había reinado desde que había nacido.

De la noche a la mañana, no se hablaba de otra cosa en la ciudad, porque no solo había muerto de forma inesperada la carismática hija mayor de un rico y famoso industrial sueco, una madre de familia con hijos pequeños, una arquitecta y una empresaria de éxito con pareja estable desde hacía más de veinte años, sino que lo había hecho mientras abandonaba a las tres de la tarde un motel cercano a Värmdövägen, donde llevaba muchos meses encontrándose furtivamente con su exmarido, el reputado banquero (también casado) Stellan Mattsson.

Todo aquel circo había sido horroroso y a partir de ese momento no había podido aparecer en ningún sitio público, esos en los que siempre se había sentido a gusto, sin que alguien no le preguntaran si él sabía que sus padres eran amantes desde hacía dos años. Una pesadilla, y además viendo que Leo, al que él adoraba, se tenía que hacer cargo de sus hijos, de su empresa y de su dignidad sin ningún recurso, porque a él, como a los demás, el *affair* de Agnetha con Stellan le había pillado por sorpresa.

Ese punto de inflexión en sus vidas, afortunadamente, no lo había apartado de su padrastro, al

contrario, los había unido aún más y desde ese momento él, al igual que sus tíos maternos, se había volcado e involucrado directamente en la crianza y el cuidado de Leo y Álex, sus hermanos pequeños, y no los había dejado solos frente al peso del escándalo y del dolor.

Durante los últimos siete años se habían apoyado mutuamente como la familia que eran, habían salido adelante juntos y se habían fortalecido juntos y, aunque jamás entendería por qué su madre estaba siendo infiel a Leo precisamente con su padre, al que aparentemente no soportaba, había aprendido a no juzgarla, había aprendido a perdonarla, como también había conseguido perdonar a Stellan, al que consideraba poco más que un pariente, porque para él, desde los once años, su único padre había sido, y seguía siendo, Leo Magnusson.

—Amén.

Oyó que decía la gente poniéndose de pie a su alrededor, dio por hecho que el oficio religioso había acabado y se levantó también ofreciendo el brazo a su tía abuela Maggi.

—Vamos, tía Maggi, si quieres te acompaño a casa.

—Deberías haber venido de uniforme, Magnus, me encanta verte con el uniforme, cariño —Le dijo ella acariciándole la mejilla.

—No llevo uniforme si no vuelo, tía.

—¿Cómo qué no?, ¿no tenéis el de gala para actos solemnes como este?

—En la Fuerza Aérea Sueca sí, en las Líneas Aéreas Escandinavas no y desde hace ocho años yo…

—Siempre serás aviador, cariño, tu abuelo estaría tan orgulloso.

—Vale, te llevo a casa.

—No hace falta, me está esperando el chófer. ¿Cuándo vas a venir a almorzar conmigo?, podrías traer a los niños, hace mucho tiempo que no los veo. Creí que Leo los traería hoy al funeral.

—Esto no tiene nada que ver con ellos, menos aún con Leo.

—Tienes razón, pero, bueno, llévamelos un día y arrastras también a tu tío Björn. Desde que se ha enamorado apenas me llama por teléfono.

—Va y viene de Noruega y…

—No lo defiendas, ya sé cómo sois.

—Sabes que todos te queremos y estamos pendientes de ti.

—Zalamero —se le cogió fuerte al brazo— ¿Qué te parece Candela?, creo que nunca he visto a Björn tan contento.

—Ella es estupenda y es la horma de su zapato. Son muy felices juntos.

—Me ha dicho que están buscando un niño.

—Sí, parece que quieren ser padres, pero no les he preguntado directamente por el tema.

—Hay que tener hijos o si no nos vamos a ir todos a la mierda.

Le soltó tan ancha llegando a la puerta de la iglesia donde la estaba esperando su chófer y Magnus de echó a reír.

—Ay, tía Maggi, eres de lo que no hay.

—Suecia necesitas más niños, toda Europa los necesita, el continente envejece y hay que poblarlo. Espero que tú no tardes mucho y me des algún sobrino o sobrina antes de que me haga más mayor. Serían mis bis sobrinos nietos.

—Ya veremos.

—Eres tan guapo, Magnus, que tienes la obligación de procrear —Lo miró de arriba abajo y luego le acarició el pecho—. Tienes los mismos ojos de tu madre y me encanta verte, porque te miro y la veo a ella. Llámame y ven a visitarme cuando quieras. ¿De acuerdo?

—Lo prometo, tía Maggi. Cuídate.

Observó cómo se marchaba escoltada por el chófer y volvió a decirle adiós con la mano cuando ella se subió al vehículo y lo miró con una sonrisa. Reculó, pensando en ir a despedirse de su padre, pero antes de volver a entrar en la iglesia Ingrid, su última "madrastra", lo interceptó para darle un abrazo de los suyos.

—¡Magnus!, qué alegría verte, tu padre no estaba muy seguro de que pudieras venir.

—Me cambiaron el *planning* a última hora y me he podido acercar. ¿Qué tal estás?

—Bien, todo bien, gracias. ¿Tú?

—Bien también… —se apartó de ella para despedirse de otros familiares y luego volvió a mirarla a los ojos—. Debería irme, tengo que…

—Espera un momento para despedirte de Stellan, por favor, está muy ilusionado con verte aquí, nadie de la familia de tu madre, salvo la tía Maggi, se ha dignado a asistir al funeral.

—¡Hijo!

Su padre se le acercó con los brazos abiertos e interrumpió la charla para pegarle un gran abrazo, él lo respondió palmoteándole la espalda y luego dio un paso atrás observando como Ingrid se retiraba sutilmente para dejarlos a solas.

—Me alegro tanto de verte, Magnus. Gracias por venir.

—De nada, aunque ya debería irme, me esperan en…

—¿Leo no te ha permitido traer a los gemelos?

—Ni siquiera se lo plantee.

—Qué lástima, era una gran forma de recordar y honrar a su madre.

—Ellos ya recuerdan y honran a su madre a diario, no te preocupes —Sin querer se puso tenso y su padre, al notarlo, le sonrió.

—No estoy criticando nada, simplemente creo que Agnetha se merecía un oficio religioso en el día del aniversario de su fallecimiento y hubiese sido precioso que estuvieseis sus tres hijos presentes. Siento parecer tan sentimental, pero la muerte de tu madre…

—Entiendo lo que quieres decir, pero ellos no y su padre tampoco, así que mamá tendrá que conformarse conmigo.

—Magnus…

—Nunca forzaré a Leo a involucrar a sus hijos contigo o con algo promovido por ti, supongo que lo entiendes.

—Por supuesto, pero…

—Pero nada —se acercó y le palmoteó el brazo—. Gracias por invitarme, pero ahora tengo que irme. Ya nos veremos en otro momento, papá. Adiós.

Le dio la espalda, se despidió de parte de su familia paterna con la mano y abandonó Santa Clara a buen paso, sin mirar atrás, porque no pretendía involucrarse emocionalmente ni un segundo más, ni con su padre ni con sus remordimientos o sus afanes de remisión, porque aquello le interesaba tanto como él le había interesado a su padre durante toda su vida, es decir, nada.

Llegó a la acera pidiendo un Uber, porque tenía que ir hasta Vasastan para cenar en casa de Leo y Paola, donde no solo lo esperaba la familia, sino también Marco, uno de los hermanos italianos de su padrastro que estaba de paso por Estocolmo y que le caía genial. Genial como le caía toda su familia, que eran unos milaneses con mucho estilo y mucha alegría que solían convertir cualquier velada en un pequeño jolgorio.

Todos los Santoro eran tan geniales como Leo, concluyó, pidiendo un coche y girándose hacia la iglesia para contemplarla y ver a lo lejos como su padre, del brazo de su tercera esposa,

continuaba despidiéndose de sus invitados al funeral con cara de abatimiento.

Respiró hondo, los ignoró y cerró los ojos sintiendo cómo los copos de nieve le caían sobre la cara, una sensación muy agradable que siempre le recordaría a Agnetha, su irrepetible, divertida y grandiosa madre, para quién el invierno y la nieve eran sinónimo de júbilo y divertimento.

—¡Magnus Mattsson!, no me lo puedo creer.

Exclamó un hombre a su espalda y él se volvió de un salto para encontrarse con la sonrisa y los ojos oscuros de Erik Clausen.

—¡Madre mía, tío!, ¡qué sorpresa! —se acercó a su mejor amigo del colegio y se dieron un gran abrazo— ¿Qué tal estás?, ¿hace cuánto tiempo que no te veía?

—Hace un montón, igual un par de años. ¿Qué tal estás, Magnus?, ¿qué haces Norrmalm?

—He venido a una misa funeral en Santa Clara, es el séptimo aniversario de la muerte de mi madre y a mi padre se le ha ocurrido organizar un oficio religioso.

—Vaya, ¿siete años ya? Parece que fue ayer. ¿Qué tal tu padre?

—Creo que bien, se ha vuelto a casar y…

—¿Cómo?, ¿se divorció de Ava?

—¿No lo sabías? —Erik negó con la cabeza—. No sobrevivieron al accidente, a la infidelidad, etc. Hace unos dos años se casó con su ayudante.

—Guau, él nunca ha sido de los de perder el tiempo —se echó a reír— ¿Qué tal te encuentras tú?

—Bien, muy centrado en el trabajo, como siempre. ¿Qué haces por aquí?

—Trabajo, salgo de un congreso en el Gran Hôtel.

—¿Daisy y los niños?

—Daisy trabajando desde casa y los niños geniales, tres años Rose y casi siete meses Erik. Están enormes, acabamos de llevarlos a Copenhague a ver a mis padres y se lo pasaron estupendamente.

—¿Copenhague? —Preguntó, frunciendo el ceño.

—Sí, siguen viviendo allí, ya no piensan en volver a Estocolmo. ¿Qué tal los gemelos?, ¿Leo y Björn? Leí en la prensa que tu tío se ha casado.

—Me he encontrado con tu hermana dos veces este año —Le soltó ignorando su pregunta y Erik entornó los ojos— ¿No te ha dicho nada?

—¿Hermana?, ¿cuál de ellas?

—La pequeña, Carrie. Me la encontré en Nochevieja en Río de Janeiro y hace poco más de una semana en Nueva York. Iba en mi avión desde Estocolmo y tuve que intervenir para ayudarla a ella y a su equipo con una descarga para Sotheby's.

—Sé que estuvo en Brasil para fin de año con una amigas y que hace una semana ejerció de correo de *Stockholms Auktionsverk* para Sotheby’s en Nueva York, pero no me ha comentado nada de ti y eso que pasamos el fin de semana pasado juntos.

—¿En serio?

—Sí, pero no me extraña, Carrie es un poco despistada.

—Pues…

—¿Te dijo que era mi hermana?

—Sí, además de otras cosas.

—¿Qué cosas?

Sintió como el conductor del Uber tocaba el claxon y se giró hacia él para pedirle que lo esperara un segundo, el tiempo justo para volver a abrazar a Erik y despedirse de él prometiendo verse lo antes posible.

—Tío, tengo mucho curro, pero, por favor, nos llamamos y quedamos, ¿vale?, me encantaría charlar con calma para ponernos al día.

—Eso está hecho, Magnus. Llámame tú, que es el que tiene los horarios más complicados, me dices cuándo estarás libre y nos organizamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Caminó hacia el Uber, abrió la puerta y antes de subirse al coche volvió a mirarlo a los ojos.

—Me ha encantado verte, Erik. Manda recuerdos a Daisy de mi parte, también a tus padres y, a tu hermana Carrie, pregúntale por mí, a ver qué te cuenta.

5

Azra Andersson, su amiga, su mentora, y una de las jefazas de *Stockholms Auktionsverk*, se la llevó de un brazo hacia el cuarto de baño de señoras y la metió dentro sin hablar, sin decir ni una sola palabra hasta que comprobó que no había nadie, que estaban solas y que podían charlar con sinceridad, pero sobre todo con discreción, porque no quería que nadie oyera lo que le tenía que contar.

—¿A qué tanto misterio?

Preguntó Carolina, observando cómo Azra recorría las cabinas y finalmente se apoyaba en la puerta principal para evitar que las interrumpieran.

—A que aquí las paredes oyen y no quiero alimentar el cotilleo.

—¿Qué ha pasado? —Sonrió, esperándose un jugoso chisme, pero su amiga movió la cabeza muy seria.

—Se trata de trabajo.

—Vale.

—Olav Hansson se va de la empresa y voy a proponerte para cubrir su puesto.

—¿Jefa de Adquisiciones?, ¿en serio?

—En serio, pero necesito que te comprometas conmigo a aceptar el puesto antes de sentarme frente a la junta directiva y decir tu nombre.

—Pero… hay tres o cuatro personas de su departamento con más edad y más…

—Es hora de airear un poco la jerarquía y poner a una chica joven, pero con tu experiencia, al mando. Sé que estás preparada, te he formado yo, y sé que estás de sobra capacitada para asumir el cargo.

—Muchas gracias, pero… ¿tendría que volver a Estocolmo?

—Por supuesto.

—Pues…

—¿Qué? Cuatro años en Copenhague es más que suficiente, ¿no crees?

—Bueno, es que no es solo el trabajo, están mis padres y…

—Tus padres son dos personas razonables que siempre quieren lo mejor para su hija. Estarán felices de ver que avanzas en tu carrera. Lo sabes.

—Y Sten…

—¿Sten?, ¿ese capullo sin sangre?

—¡Azra!

—Es la pura verdad, lo sabe todo el mundo menos tú.

—Madre mía.

—No me decepciones rechazando la mejor oportunidad profesional de tu vida por un tío, Carol, no lo hagas. Los hombres van y vienen, pero tu carrera siempre estará allí.

—Lo sé, solo estoy reflexionando en voz alta, también tengo derecho a pensar en mis padres o en mi novio. Es lo normal.

—¿Tu novio? —Preguntó con retintín y Carolina reculó frunciendo el ceño—. Vale, lo que tú digas, si quieres verlo como a tu “novio”, por mí perfecto, ya sabes lo que pienso de esa relación y no me voy a repetir, solo digo que, aunque lo consideres tu “novio”, él no puede condicionar tus decisiones. Si te quiere, entenderá que vuelvas a Estocolmo e incluso, si te quiere muchísimo, se vendrá contigo.

—Eso es inviable, tiene a sus pacientes, el hospital…

—Muy bien, pues… estamos a cinco horas en tren de alta velocidad o a una hora y cuarto en avión, tampoco es para tanto.

—Sí… pero… —se pasó la mano por la cara y Azra bufó.

—No me puedo creer que el doctor sosainas esté acaparando y empañando lo realmente importante de esta conversación. ¿Sabes qué? —Hizo amago de abrir la puerta—, olvídalo, no he dicho nada.

—Azra, espera, por favor —La sujetó por el brazo—. Tienes razón, no deberíamos estar hablando de él; culpa mía. Solo te pido unas horas para pensar en esto con calma, es un paso importante para mí.

—Tienes hasta mañana a las seis de la mañana. A las ocho han convocado una reunión de directores para hablar, entre otras cosas, sobre esto, y me gustaría tener un nombre afín a mí para proponer.

—Ok, muchas gracias, te daré una respuesta antes de mañana. Tranquila.

—Muy bien, pero mantén la discreción, ¿de acuerdo? Me voy, tengo trabajo.

—Azra… —La detuvo antes de que saliera al pasillo—. Me siento muy halagada de que pensaras en mí para el puesto, en serio, mil gracias. No sé cómo agradecerte que…

—Si quieres agradecérmelo, sal con mi hermano Aslan —bromeó, guiñándole un ojo—. Nunca debiste rechazar a un buen turco por un triste loquero danés.

Carolina se echó a reír y la dejó marchar moviendo la cabeza, porque era cierto que Aslan Yildirim, el hermano pequeño de Azra, había intentado ligar con ella cuando ya estaba empezando a salir con Sten, por lo tanto, lo había rechazado y aquello había supuesto un pequeño drama para Azra, que siempre había apostado por él como el novio perfecto para ella.

Una fantasía, porque el tal Aslan, que era tan guapo como los actores que salían en las telenovelas turcas, era también un vividor rompecorazones del que más valía mantenerse alejada. No como Sten Olsen, que igual sería un siquiatra metódico y un poco aburrido, pero que principalmente era el más estable y fiable de los mortales.

Salió del cuarto de baño, caminó por el pasillo alfombrado de las oficinas de *Stockholms Auktionsverk* en Estocolmo, dónde había llegado para acompañar como correo unas piezas de arte Olmeca propiedad de un coleccionista danés, y se acercó a su antiguo despacho para despedirse de sus colegas con la mano. Se entretuvo en intercambiar algunas frases de cortesía con todo el mundo, pero sin involucrarse mucho porque no podía dejar de pensar en la propuesta de Azra; propuesta que si aceptaba y llegaba a buen puerto le cambiaría otra vez la vida, y salió de allí a la una en punto camino de su restaurante favorito, donde la estaba esperando Olivia, su escolta favorita.

Llegó corriendo a la puerta del italiano y antes de entrar sintió el impulso irrefrenable de hablar con Sten, pero sabía que a esas horas estaría pasando consulta y no se molestaría en mirar el teléfono móvil, así que le mandó un mensaje pidiéndole que la llamara en cuanto fuera posible. Después entró en el local, que olía de maravilla, buscando a su amiga con los ojos.

—¡Carol!

La llamó Olivia desde el fondo y ella le sonrió y caminó hacia su mesa mordiéndose la lengua para no soltarle las novedades de Azra a la primera de cambio.

—Hola, perdona el retraso, pero es que Azra necesitaba hablar de un tema importante. ¿Qué tal?, ¿ya has pedido?

—Sí, nuestra pizza de siempre.

—Genial, gracias.

—¿Qué quería la jefa?, ¿va todo bien?

—Sí, todo bien, solo era un tema personal. ¿Tú qué tal?, me han contado que igual hay que ir a buscar un Bottichelli a Florencia.

—Eso parece, pero no sé si Gustav va a contar conmigo, al parecer se quiere llevar a su propia guardia pretoriana.

—Tú eres parte de su guardia pretoriana.

—Sigo siendo una chica —resopló Olivia, recibiendo la pizza que traía el camarero con aplausos—. Muchas gracias, me muero de hambre.

—¿Qué tendrá que ver que seas una chica?

—El mundo real funciona así, Carolina.

—Sí me lo encargan a mí, pediré expresamente que vengas conmigo. Se trata de contar con los escoltas habituales, con los de confianza, no con gente de fuera, por muy colegas de Gustav que sean.

—Es igual y ahora mismo no sé si me apetece viajar demasiado.

—¿No te apetece ir a Florencia? Yo mataría por pasar solo una hora en la Galería de la Academia. Hace muchísimo tiempo que no voy y mi amiga Sofía seguro que me puede organizar una visita exprés y privada.

—He conocido a alguien —Le soltó de golpe y Carolina dejó de comer.

—¿En serio?

—Sí, he conocido a una chica increíble, es azafata de la SAS.

—Guau, enhorabuena. ¿Cómo es que no me habías dicho nada?

—Porque es muy reciente y, además, quería contártelo en persona. Necesitaba verte la cara —Se echó a reír y Carolina se inclinó y le acarició el antebrazo.

—Me alegro un montón. ¿Desde cuándo…?

—Desde hace tres semanas, se llama Vivien y me la presentó tu amigo el piloto.

—¿Qué amigo piloto?

—Magnus Mattsson.

—Ese tío no es amigo mío —se echó atrás y se apoyó en el respaldo de la silla muy seria.

—Dijiste que lo conocías del colegio.

—Porque era amigo de mis hermanos.

—Sea como sea, quedamos con él y…

—¿Cómo que quedasteis con él? ¿Quiénes? —la interrumpió tomando un sorbo de refresco.

—Gustav y yo. Nos trajo en el vuelo de vuelta desde Nueva York y como se había portado tan bien con nosotros, lo invitamos una noche a tomar unas copas… et voilá. Nos llevó a un sitio donde paran habitualmente pilotos, sobrecargos y azafatas, etc., y ahí estaba Vivien, la chica de mis sueños. Fue un auténtico flechazo.

—Madre mía…

—¿Qué?, estoy muy feliz, Carolina.

—Y yo que me alegro. No se trata de eso, se trata de ese tío que últimamente se me aparece hasta en la sopa.

—Ya te dije que igual era el destino.

—¿Nos pedimos una ensalada? —cambió de tema buscando al camarero con los ojos y Olivia resopló.

—¿Qué te pasa a ti con Magnus Mattsson?, ¿te hizo algo que yo debería saber?, porque a mí me parece encantador y encima se portó muy bien con nosotros en el Aeropuerto Kennedy.

—Solo hizo su trabajo, tampoco es para ponerle medallitas.

—Interceder por nosotros ante el personal de tierra no es parte de su trabajo, amiga. Fue un

detalle y hay que ser agradecidas con las personas que detienen su mundo para echarnos un cable. ¿No te enseñaron eso tus padres?

Carolina frunció el ceño y soltó la pizza en el plato, empezando a enfadarse seriamente por semejante crítica que no venía a cuento y que no tenía nada que ver con ella, que ella sería muchas cosas, pero nunca malagradecida o maleducada.

—Agradezco su gestión, pero creo que no fue para tanto si se trataba de desembarcar de SU avión unos Klimt valorados en millones de dólares. Cualquier piloto responsable hubiese hecho lo mismo.

—Sabes que no. La mayoría sale disparado camino del hotel, sobre todo si ha pilotado un avión repleto de pasajeros durante casi nueve horas.

—Vale, no voy a discutir contigo por culpa de tu nuevo mejor amigo.

—No es mi nuevo mejor amigo, solo intento ser justa y de paso saber qué te pasa a ti con él, ¿por qué lo odias tanto?

—No lo odio, simplemente no lo trago.

—¿Por qué?

—Porque hizo sufrir un montón a mi hermana Amanda, fue un cabrón con ella en el colegio y no se lo perdonaré en la vida —soltó al fin y Olivia abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—Pero eso pasó hace un montón de tiempo.

—A mí no se me olvida, yo era pequeña, pero la vi llorar y sufrir por ese cabrón arrogante durante muchísimo tiempo. Acabó en el sicólogo con problemas de autoestima por su culpa, incluso cayó en algún desorden alimenticio.

—Carolina…

—Era el mejor amigo de Erik, ¿sabes?, andaban todo el día pegados, desde la primaria, y Amanda bebía los vientos por él, así que no se separaba de ellos, hasta que llegada la pubertad él empezó a pasar de ella, a dejarla de lado, a ignorarla; aunque bien que le pedía que le hiciera los deberes de biología o de historia.

—Eran unos críos, todo el mundo…

—Me da igual todo el mundo —la interrumpió—, a mí me importa mi hermana, que pasó una adolescencia horrible por su culpa. Siempre fue un niñato egoísta y privilegiado al que todo el mundo, desde que nació, le ha bailado el agua.

—Si fue así, a mí me parece que ha cambiado muchísimo, porque es muy amable y generoso.

—La gente no cambia, compañera, te aseguro que, dentro de ese hombre educado, gentil y respetable, sigue viviendo un gilipollas pagado de sí mismo. No hay más que verlo.

—Lo siento, Carol, sabes que te quiero, pero en este caso en particular no puedo estar de tu parte, porque creo que hablan tus prejuicios y no estás siendo objetiva.

—Bueno, tiempo al tiempo.

—Ok, mejor vamos a dejarlo.

—¿Sabes que su abuelo materno era multimillonario? Tenían casas por todas partes —continuó—. Erik y Amanda las visitaban con él, porque su madre, con tal de que el pequeño Magnus no se aburriera o se sintiera solo, se llevaba a sus amigos con él de vacaciones. Mis padres los dejaban ir porque ella era encantadora, y también su padrastro, un hombre medio italiano dueño de una mansión cerca de Milán. Mis hermanos fueron a esquiar, a Menorca o a Italia con ellos durante años, hasta que un buen día Magnus decidió pasar de Amanda y le pidió a su madre que no la incluyera más en sus planes. Ella tendría unos quince años y se pasó un mes

entero llorando. Desde ese momento, mis padres decidieron que Erik tampoco iba a viajar más con esa familia. Fue un tremendo drama.

—¿Qué edad tenías tú?, ¿nueve años?, es imposible que te dieras cuenta de lo que pasó en realidad, de las circunstancias o…

—Me daba cuenta de absolutamente todo, créeme, a mi hermana le costó muchísimo superar a Magnus Mattsson. Lo presencié con mis propios ojos.

—¿Lo habéis hablado de adultas?

—No, no hace falta. Nunca he querido remover la mierda, fue muy duro para ella, ¿sabes?

—¿Y Erik sigue siendo amigo suyo?

—No lo sé, a los dieciocho años, mientras todo el mundo se iba a la universidad, Magnus Mattsson ingresaba en la Fuerza Aérea Sueca y creo que mi hermano le perdió bastante la pista, o eso parece. De hecho, no fue ni a su boda, gracias a Dios.

—Ahora te entiendo mejor, pero no dejo de pensar en que son cosas de críos y que el tiempo pasa para todos, también para él. Tal vez no deberías juzgarlo por lo que hizo cuando tenía catorce o quince años.

—También cuando era más mayor.

—Ok, diecisiete o dieciocho años, da igual, el caso es que pocas personas pasaríamos con buena nota nuestro comportamiento en el colegio o en nuestra primera juventud. Todos éramos un poco gilipollas y crueles, Carolina.

—Está bien, acepto esa premisa, solo digo que al tío no lo trago y que no me interesa verlo ni en pintura. Has preguntado mis razones y te las he dado, por mi parte no tengo nada más que añadir.

—Ok, pero…

—Espera… —Sintió vibrar el teléfono móvil y al ver que se trataba de Sten se puso de pie—. Lo siento, tengo que contestar, vuelvo en un segundo.

Salió a la calle respondiendo a la llamada y cuando su novio la saludó, percibió de inmediato que estaba tenso o enfadado.

—¿Qué tal?, ¿va todo bien, Sten?

—No, me han anulado el viaje a Londres.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha suspendido el congreso de la noche a la mañana, aunque estoy pensando en ir igualmente, necesito ver a algunos colegas del King's College y había agendado esos días para estar fuera de la consulta, con lo cual… creo que lo más sensato es ir. Ahora tengo que buscar vuelos y hoteles por mi cuenta y eso me fastidia una barbaridad, ¿podrías hacerlo tú?

—Claro, mándame por escrito exactamente las fechas y yo me ocupo.

—Gracias. Trata de reservar el hotel de Mayfair al que fui la última vez, era inmejorable.

—Lo intentaré.

—¿Por qué necesitabas que te llamara, peque?, ya sabes que tengo mucho trabajo y podíamos haberlo hablado esta noche.

—Me han ofrecido proponerme para un puesto importante en la empresa y quieren que les dé una respuesta antes de mañana a primera hora.

—¿Ofrecido proponerte?, ¿eso qué quiere decir?

—Que, si estoy dispuesta a asumirlo me propondrían, si no, pues, buscarían a otra persona.

—Eso es muy ambiguo, o te proponen o no, no te preguntan primero si estarías dispuesta a…

—Bueno, es igual —Lo cortó antes de que empezara a divagar sobre lo incorrecto del asunto y él resopló—. Es lo que hay y quería consultarlo contigo.

—¿Conmigo por qué?, se trata de tu carrera no de la mía.

—Porque tendría que volver a Estocolmo.

—¿Y?

—¿Y?, ¿no te importa que deje Copenhague y vuelva a Suecia de forma permanente?

—¿Por qué habría de importarme?, no soy del perfil que va condicionando la vida de los demás.

—No, pero yo no soy los “demás”, tú y yo somos una pareja.

—Con mayor razón. No seré yo el que cargue con semejante responsabilidad dentro de una pareja. Tú toma tus propias decisiones al margen de nuestra relación y yo te apoyaré.

—Entendido, gracias.

—Perfecto y no te olvides de mi viaje a Londres, es importante hacer las reservas ahora mismo.

—¿No te interesa saber qué puesto me han ofrecido?

—Por lógica algo mejor, ¿no?

—Sí.

—Ok, ya me contarás. Te dejo, tengo un paciente esperando.

Le colgó y Carolina miró el teléfono móvil sintiéndose de repente muy sola, y muy idiota por aceptar que la tratara de ese modo, pero sacudió la cabeza y volvió dentro del restaurante pensado lo que pensaba siempre: Sten sería un poco frío, pero al menos era predecible, era directo y de fiar, no la engañaba ni le mentía nunca. Iba con la sinceridad por delante y aquello no tenía precio.

6

—Lo siento, *amore*, pero no puedo invitarte a mi casa, tengo a mis hermanos pequeños hasta el domingo.

—*Porca miseria!* —Exclamó Giovanna indignada—, para una vez que piso esta gélida y aburrida ciudad, Magnus.

—Lo siento de veras, pero me comprometí hace más de un mes a quedarme con ellos y ya están aquí.

Se asomó al salón dónde Leo y Álex estaban peleándose por el mando a distancia, y volvió a la cocina para sacar platos y vasos de esos armaritos que no tocaba nunca.

—Puedo ir cuando se vayan a la cama —insistió Giovanna—, lo que no quiero es pasar la noche sola. No tengo que cenar ni confraternizar con los enanos, solo quiero dormir contigo.

—*Mi dispiace*, *amore*, pero es imposible. No se trata de que no te vean, se trata de que ya tenemos planes para esta noche. Este fin de semana lo tengo a tope con ellos, sin embargo, si no quieres estar sola en esta "gélida y aburrida ciudad", puedes llamar a…

—No me apetece follarme a nadie más, Magnus, muchas gracias.

—Lo siento mucho, pero…

—No sé para qué coño he pedido esta ruta si no puedo verte… —Interrumpió—, pero… en fin, supongo que la culpa es mía por pensar que saltarías de felicidad al saber que estaba en Estocolmo.

—En otro momento estaría encantado de dedicarte todo mi tiempo libre, *amore*, el problema es que has venido, sin avisar, en el único fin de semana que tengo comprometido con mi familia.

—Ok, a la mierda. Adiós.

Le colgó y él sintió una oleada de odio llegándole desde el otro lado del teléfono, pero lo ignoró rápido y se concentró en buscar lo necesario para poner la mesa; no la mesa del comedor, que tenía llena de papeles e historias varias, sino la mesa de centro del salón donde pensaba cenar pizza con sus hermanos de trece años. Unos críos estupendos que siempre le alegraban la vida cuando los tenía cerca.

Canturreó, sacando los refrescos de la nevera, y por un segundo se detuvo a pensar en Giovanna Pilatos, su amiga italiana residente en Nueva York que trabajaba como piloto para una línea aérea privada, es decir, solo pilotaba jets pequeños para estrellas de cine, de la música, deportistas de élite o para magnates de Internet que preferían cruzar el mundo a solas, o al menos lejos de las miradas ajenas.

Un curro muy bien pagado y bastante exclusivo donde Giovanna, que era una mujer preciosa y llena de glamour, encajaba de maravilla.

Por una milésima de segundo se arrepintió de no intentar buscar una alternativa para poder quedar con ella esa noche, porque le encantaba verla, pero recordó que a los gemelos no los podía dejar solos ni un minuto, sobre todo porque Leo lo partiría en dos si se enteraba de que se había ausentado o había delegado en otra persona su cuidado. En resumen: no era viable a menos que quisiera morir a manos de su padrastro y más le valía olvidarse de ella y concentrarse en su fin de semana como niñero.

—Eh, chicos, ya vienen las pizzas —salió al salón y les habló poniendo la mesa— ¿Tenéis mucha hambre?

—Siempre —Contestó Alex sin apartar la vista de la tele.

—¿Ya tienes las entradas para el partido de mañana? —Preguntó Leo y él asintió.

—Sí, vuestro tío Mattia ha movido sus hilos y milagrosamente nos ha conseguido las entradas.

—¡Bien! —aplaudió Leo—. ¿Sabes que nos ha invitado al último partido del Milán en mayo?

—El último en San Siro —Apuntó Álex—, y papá ha dicho que sí, que podemos ir.

—Vaya, qué buena noticia, a ver si también puedo apuntarme. Tendré que mirar mi agenda.

—¿A mamá le gustaba el fútbol?

Interrogaron los dos, dejando a la vez de prestar atención a la televisión para mirarlo a los ojos, y Magnus parpadeó un poco sorprendido, porque normalmente no hablaban de Agnetha, al menos no con él, y aquello le sonó un poco extraño.

—No mucho, la verdad, creo que nunca la vi mirar un partido completo en la tele, ¿por qué?

—¿Y a tu padre?, ¿a él le gusta el fútbol?

—¿A Stellan?, no sé, no demasiado, él es más de golf o de tenis.

—¿Y mamá quería a tu padre?

—Supongo que cuando era joven, se casó con él a los dieciocho años, aunque luego de divorciaron. ¿A qué viene…?

—Malika Olsen dice que mamá era novia de tu padre cuando murió —Lo interrumpió Leo y él se enderezó y cuadró los hombros entornando los ojos.

—¿Disculpa?

—Dice que iba a dejar a papá para irse a vivir con tu padre.

—¿Quién diantres es Malika Olsen?

—Es la novia de Leo —soltó Alex muerto de la risa.

—¡No es mi novia, es mi amiga!

—¿Y de dónde saca eso Malika Olsen? —Levantó una mano para hacerlos callar.

—Se lo ha contado su madre y nosotros lo buscamos en Internet. Vimos que iba con tu padre cuando murió.

—Es verdad que iba en el coche con mi padre cuando tuvo el accidente, pero ella estaba con vuestro padre, estuvieron juntos veintidós años y se querían muchísimo.

—Eso no es lo que dice la madre de Malika.

—¡¿Y qué coño sabrá la madre de Malika?! —bramó cabreado y luego reculó y respiró hondo— ¿Sabéis qué?, no hagáis caso a lo que dice Internet o a lo que opina la gente que no nos conoce ¿de acuerdo? No tengo ni pajonera idea de quién es la madre de Malika, tampoco me interesa, pero os aseguro que lo que diga esa señora me trae sin cuidado y creo que a vosotros tampoco debería importaros. ¿De acuerdo?

—Era muy amiga de mamá, iban juntas a Pilates y se fueron a París de fin de semana de chicas, lo que pasa es que tú no te acuerdas de ella.

—Leo… —miró al pequeñajo con paciencia—. Si hubiese sido una gran amiga de mamá yo la conocería, créeme, así que ni caso ¿de acuerdo? Además, es muy feo que las personas cotilleen sobre otras, sobre todo si esas personas ya no están aquí para defenderse.

—También es amiga de la tía Alicia.

—No sé por qué no me sorprende —movió la cabeza pensando en la hermana de su madre, para quién meterse en la vida de los demás era un deporte, y suspiró—. Insisto, no me importa lo que diga esa señora, no debería interesarnos y es mejor ignorarla.

—Vale —Asintieron los dos.

—¿Os preocupa especialmente esto?, quiero decir, ¿queréis que hablemos otra vez sobre lo que pasó en el accidente o…?

—No, era por saber.

—Muy bien. Me alegro mucho de que me lo hayáis preguntado, sabéis que siempre podemos hablar de todo lo que queráis, porque siempre estaré para vosotros ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Genial, voy a buscar los refrescos.

Se movió hacia el pasillo sin perderlos de vista, intentando adivinar si los había ayudado o más bien todo lo contrario, o si la había cagado saltando contra Malika y su madre, que en el fondo no estaba mintiendo, porque era cierto que Agnetha estaba engañando a Leo con Stellan, y entró en la cocina calibrando la posibilidad de volver y explicarles toda la verdad lo mejor posible y sin paños calientes.

Se apoyó en la encimera sintiéndose culpable, porque con trece años a lo mejor ya tenían derecho a entender, a conocer toda la verdad sobre lo que había ocurrido, principalmente porque si pretendía protegerlos lo mejor era darles las armas y el conocimiento necesarios para defenderse de la mala intención o los cotilleos de terceras personas, y cerró los ojos aceptando que había llegado la hora de ser sincero, aunque antes lo más prudente sería consultarlo con Leo, que era su padre y el responsable último de su bienestar.

Miró el teléfono con la intención de llamar a su padrastro a Madrid, pero en ese mismo instante el timbre de la puerta lo sobresaltó y caminó hacia allí pensando que no había oído que llamaran al portal, algo extraño tratándose del pizzero. Se pegó a la mirilla y al ver quién traía las pizzas, abrió la puerta despacio y resoplando.

—¡Sorpresa! —exclamó su tía Alicia entrando sin esperar invitación—. Me he encontrado al repartidor abajo y le he dado una buena propina, no te preocupes. ¡Hola, mis niños!

—¡Hola!

La saludaron los gemelos poniéndose de pie para darle un abrazo mientras él los observaba con las manos en los bolsillos, preguntándose si Alicia los estaba espiando o era clarividente para saber que estaban en su casa y esperando a que les llevaran la cena.

—He pasado por Stikkinikki y os he traído helados para el postre.

—¡Bien! —Aplaudieron los niños.

—¡Venga, Magnus!, trae un plato y un vaso para mí —Le ordenó su tía, pero él no se movió.

—¿Cómo has sabido que estábamos aquí?

—Me lo contaron ellos —señaló a los gemelos—. Hablamos hace unos días por teléfono y me comentaron que se iban a quedar contigo este fin de semana porque su padre se marchaba no sé dónde.

—Leo se ha ido con su mujer y su bebé a Madrid, a la boda de la hermana de Paola.

—¿Me traes un plato o como sobre el cartón? —Preguntó ignorando su puntualización y él se puso en jarras.

—Es un fin de semana de hermanos, Alicia, solo chicos. Lo siento, pero…

—Me iré después de cenar, no los veo apenas, déjame estar un rato con ellos.

—Madre mía…

Se pasó la mano por la cara calculando que lo más sencillo era dejarla quedarse a cenar, no oponer resistencia y mandarla a paseo siguiendo las instrucciones de Leo, que no quería que se acercara a sus hijos después de muchos desencuentros, impertinencias y malas decisiones que le habían costado el destierro total de la familia, y finalmente asintió.

—Ok, pero después del postre yo mismo te pediré un taxi.

—Muchas gracias, precioso, te lo agradezco mucho.

—Procura que no me arrepienta.

—¿Cómo es que los niños no se han quedado con Björn? —Lo siguió a la cocina y él la miró metiendo los helados en el congelador.

—¿Por qué tenían que quedarse con Björn?, ¿acaso no soy perfectamente capaz de cuidarlos yo?

—Claro que sí, pero desde que ha vuelto a Estocolmo me consta que pasan mucho tiempo con él.

—Björn y Candela están en Nueva York, él tenía trabajo allí y ella lo acompañó para aprovechar de ver a su padre.

—Ah, vale, ahora lo entiendo.

—Vamos a cenar, estamos muertos de hambre. ¿De verdad quieres pizza o te pongo otra cosa?

—La pizza está bien.

—¡Ok, todo el mundo a cenar!

Llamó la atención de los niños y se sentaron en la alfombra, entorno a la mesa del salón, para degustar las pizzas mientras veían un partido de fútbol en la tele y charlaban de todo entre ellos y con Alicia, que parecía feliz y encantada de estar con los tres, hasta que el timbre de la puerta principal volvió a sonar y lo obligó a levantarse de un salto para ir a abrir.

—¿Qué coño…?

Alcanzó a decir, viendo como Giovanna Pilatos, vestida de punta en blanco y maquillada como para ir a una discoteca, entraba como un vendaval dentro de la casa sin pedir permiso y levantando una mano a modo de escudo.

—¡Déjame, Magnus, déjame!

Le gritó sin mirarlo y acto seguido pasó directamente al dormitorio encendiendo luces y escudriñando todos los rincones, incluso dentro del cuarto de baño, hasta que se convenció de que no había nadie y regresó sobre sus pasos primero a la cocina y luego al salón donde miró detrás de las cortinas antes de saludar a su tía y a sus hermanos como si fuera lo más normal del mundo que se paseara por allí como una loca.

—¡¿Qué haces, Giovanna?!

La increpó en italiano y ella se le acercó y le acarició el pecho con sus uñas largas y pintadas de rojo antes de ponerse de puntillas para intentar besarlo en los labios, aunque él fue más rápido y la esquivó.

—Solo quería comprobar que no mentías y que de verdad estabas con tu familia, *mio amore*. Odio que me tomen el pelo, ya lo sabes, Magnus.

—Por favor, fuera de aquí —Le señaló la puerta y ella repitió el intento de tocarlo, lo que provocó que retrocediera aún más enfadado—. Giovanna, por favor.

—Ya hablaremos, cariño. Llámame, estaré en el hotel hasta mañana a mediodía.

—Adiós.

—Soy italiana, Magnus, tengo la sangre caliente y hago estas cosas, no te hagas en ofendido conmigo.

—Adiós.

—Mag…

Balbuceó, pero él la animó a marcharse hasta que la dejó en el rellano y le cerró la puerta en las narices.

—*Vaffanculo, ragazzo del cazzo!*

Chilló desde el pasillo, pero él ni se inmutó y cerró con seguro antes de regresar al salón donde Alicia y los niños lo estaban esperando con la boca literalmente abierta.

—¿Quién era? —Lo interrogó su tía.

—Nadie, una antigua amiga. Lo siento. Vamos a terminar la pizza y os sirvo el postre.

—*Ragazzo del cazzo!*

Repitieron los gemelos muertos de la risa y él movió la cabeza sonriendo, pensando que si alguna vez Giovanna Pilato había tenido alguna oportunidad medianamente seria de salir con él, acababa de perderla para siempre.

7

—La abuela dice que tengo el mismo pelo que tú.

Le comentó Clare, su sobrina mayor, mirándose en el espejo mientras ella le hacía una trenza de espiga con sumo cuidado, despacito para no equivocarse. Un verdadero desafío porque la niña era muy inquieta.

—Yo también lo creo, al menos en el color.

—Y en lo ondulado, mamá lo tiene más liso.

—Eso es verdad.

—Y papá lo tiene súper lacio.

—Sip, como muchos suecos que conozco —La observó a través del espejo y le guiñó un ojo —. Tú has salido a los Arrieta claramente.

—¿Qué Arrieta?

—La familia de la abuela Sole, tus bisabuelos maternos que se llamaban Felipe y Teresa. ¿No te acuerdas de la abuelita Teresa? Vivió con los abus hasta que murió hace cuatro años.

—Ah, sí, la abuelita Teresa —le dijo es español y Carolina sonrió—. Era muy mayor.

—Claro, porque era la madre de tu abu, vivió hasta los noventa años.

—¿O sea que tú eres más Arrieta también?

—Sí, el tío Erik y yo nos parecemos a la abuela, por lo tanto, a los Arrieta, y tu madre y la tía Amanda al abuelo, o sea, es más Clausen.

—Ahhhhhhhhh.

—Ya está, estás guapísima, corazón —Acabó la trenza y le besó la cabeza—. Ya nos podemos ir a la casa del tío.

—Gracias, tía Carrie.

—Un placer, ahora dile a mamá que ya estás lista y que yo voy en seguida. Tengo que hacer una llamada importante, ¿vale?

—¡Vale!

Exclamó encantada de la vida, como siempre, y salió corriendo hacia el salón donde su madre estaba preparando al resto de la prole, es decir a sus hermanos de ocho y seis años, para marchar camino de la casa de Erik, donde pensaban disfrutar de una gran barbacoa familiar.

La siguió con los ojos hasta que se perdió de vista y luego sacó el teléfono móvil para llamar por enésima vez a Sten, que estaba en Londres por un tema de trabajo, pero que llevaba dos días sin responder a sus llamadas, tampoco a sus mensajes, algo poco habitual y que estaba empezando a preocuparla de verdad.

—Hola, Sten —Habló al contestador—, soy yo otra vez. Siento insistir, pero solo quiero saber si estás bien. Sigo en Estocolmo hasta el martes, porfa, dime algo. ¿No me estarás haciendo *ghosting*?, si es así, al menos dímelo y te dejaré tranquilo. Adiós.

Colgó, sonriendo, porque aquello era una broma, aunque sabía que Sten odiaba las bromas, y salió al pasillo, decidida a sumarse a la familia en el largo proceso de salir de una casa con tres niños pequeños, sin embargo, cuando llegó a la cocina se encontró a su hermana Violeta sola y disfrutando de una gran taza de café.

—¿Los peques?

—Hugo se los ha llevado a echar gasolina, ahora nos recogen —le señaló el café—. Necesitaba un respiro. ¿Quieres uno?

—Ya me lo sirvo yo, no te preocupes.

Se acercó a la encimera y se preparó un café observando por la ventana el precioso y despejado día preprimaveral que tenían.

—Parece que vamos a tener buen día para la barbacoa.

—Hace frío, pero mientras se mantenga despejado, vamos bien. ¿Carrie?

—¿Qué? —Se giró y la miró a los ojos.

—Hugo y yo te queríamos ofrecer formalmente nuestra casa, si decides volver a Estocolmo. No hace falta que te lo diga, eres mi hermana pequeña, pero por si acaso te lo digo: estaríamos encantados de que te quedaras con nosotros.

—Oh, muchas gracias —se acercó y le dio un abrazo—. Mil gracias, pero ya tengo alojamiento, me quedaría con Olivia si al final me dan el ascenso. Se le va su compañera de piso y vive muy cerca de *Stockholms Auktionsverk,* así que le he dicho que me guarde la habitación unos días.

—¿Y cuándo crees que te confirmarán el ascenso?

—Antes del martes, espero que el lunes durante el día.

—Cruzaremos los dedos.

—Bueno, que sea lo que Dios quiera. No quiero generarme expectativas, solo pienso que, si es para mejor, pues que pase, si no, prefiero seguir tranquila en Copenhague.

—¿En serio?, a todo el mundo nos gusta el reconocimiento y que nos asciendan, Carolina, no te cortes y apunta siempre alto.

—Lo sé, pero es que hay muchas cosas en juego, están papá y mamá…

—Papá y mamá están de cine en Hillerød, aún son jóvenes, autónomos, están en plena forma y vienen cada dos por tres a Estocolmo, no necesitan que tú estés allí por ellos. Te lo han dicho mil veces.

—Jamás van a reconocer que nos echan de menos y que les gusta tener a sus hijos cerca.

—Ellos decidieron libre y conscientemente mudarse a Dinamarca, Carrie, igual hasta para "independizarse" de nosotros, así que no los uses como excusa. Si quieres volver, aleluya, y todo irá bien.

—Vale, si tienes razón.

—¿No será que te preocupa Sten? —preguntó al cabo de unos segundos de silencio y Carolina se encogió de hombros—. Ni se te ocurra condicionar tu vida por ese tío, porque si fuera al revés él no lo haría por ti y lo sabes.

—Bueno, es mi novio, es normal que…

—¿Tu novio?, si ni si quiera te deja dormir en su casa después de un año de…

—Eso no es cierto, ya tengo las llaves de su piso.

—¿Y puedes entrar cuándo te dé la gana?, ¿puedes quedarte a dormir sin pedirle permiso?, ¿puedes invitar a tus amigos?, ¿a tu familia?.

—Él es un hombre peculiar, no es tan abierto como nosotros, pero eso no significa… —La miró a los ojos y respiró hondo—. Ya sé que no os gusta, pero no pienso justificarme ni defender mi relación. Nos va bien y me da estabilidad.

—Madre mía.

—¿Qué?

—Que la estabilidad está bien, por supuesto, pero después de vivir la locura de amor correspondiente, cariño —se acercó y le acarició el pelo—. Eres fuerte, valiente, inteligente, trabajadora, brillante, preciosa y estás buenísima, te lo mereces todo y a manos llenas, Carrie, incluida la pasión, el frenesí y la lujuria.

—No todas las personas buscamos lo mismo.

—Pues deberías, deberías dejar que la vida te sorprenda y te regale ese amor vehemente e irracional con el que soñamos todos. No te conformes con un siquiatra cuarentón que no te deja ni tocar sus cosas, ni vivir con tu gato, ni ducharte en su mismo cuarto de baño.

—Eso es muy injusto.

—Nos lo has contado tú, será por eso por lo que a ninguno de nosotros nos gusta el tal Sten, que es como un pan sin sal. Tú no eres así, mi vida, tú vales mucho y te mereces muchísimo más.

—¿Nos vamos? —De repente apareció Clare en la cocina y se las quedó mirando con sus enormes ojazos marrones—. Papá dice que ya estamos y que nos podemos marchar.

—Vale, ya nos vamos. Vamos, Carrie.

Violeta la cogió de la mano, salieron a la calle y se la llevó al Range Rover de siete plazas donde los pequeños y Hugo las estaban esperando con una sonrisa. Carolina los saludó y se montó al coche sin querer enfadarse con su hermana por lo que le acababa de soltar, porque no era el momento y no procedía, pero se guardó la réplica para una futura charla en la que le pensaba hacer entender que le dolía muchísimo que hablara así de su pareja, porque, aunque no encajara con ellos o con su familia, Sten seguía siendo su novio, el hombre con el que llevaba viéndose dos años, el último de manera formal, y junto al que pensaba planificar su futuro. Con el que tal vez podría formar una familia.

Una familia que Sten no quería, porque la verdad es que él no creía en la paternidad responsable ni en el porvenir del planeta.

—Nadie es buen padre o buena madre y no pienso joder la vida de un ser humano —Le había explicado la primera vez que ella había sacado el tema, al principio de conocerlo—. Además, no quiero cuidar de nadie, ni preocuparme por nadie ni ser responsable de nadie. Los seres humanos no estamos programados para cuidar de forma eficiente de los demás, lo intentamos, pero lo hacemos fatal y al final destrozamos la vida de los hijos.

—A mí me gustaría tener hijos, tal vez porque sí he tenido unos grandes padres y creo en la familia.

—Traer hijos al mundo es un acto mezquino, la mayor parte de las veces irresponsable. No seas ingenua, Carolina, tu familia no es perfecta, ni tus padres lo son, ni tú tampoco, pensar eso es pueril.

—Seré infantil, pero…

—Tengo la consulta llena de hijos, parejas o padres que piensan como tú y todos están jodidos. Lo ideal sería conseguir parar este ciclo continuo de cagadas y desmitificar la puñetera familia, la paternidad o la maternidad, porque son una estafa.

—Eso, carguémonos la raza humana.

—Ojalá, porque es una puta mierda y, en todo caso, el mundo se va a acabar igual. ¿Quieres una copa de vino?

Le había soltado para zanjar la charla y nunca más habían vuelto a hablar de hijos o de familia, o de cualquier tema que oliera a eso, porque Sten se ponía furioso y empezaba a soltar un rosario de peroratas que solo conseguían desorientarla. No obstante, dos años después de conocerlo seguía con él y a veces se preguntaba por qué, realmente por qué, si no tenían nada en común.

—¡Guau, qué cochazo!

Exclamó su sobrino de ocho años mirando con la boca abierta el vehículo que había aparcado en la acera, junto a la casa de su hermano Erik, y Carolina lo observó de reojo pensando que el color, beige metalizado, era muy bonito.

—¿Qué coche es, papá?

—Es un Aston Martin DB5, un clásico de 1965. Lo usaba James Bond.

—¡Qué pasada!

Se bajaron los dos entusiasmados para admirar el cochazo, mientras ella y Violeta se ocupaban del pequeño Lucas y de los túper con ensaladas y pan, y otras delicias de Chile, tierra natal de sus abuelos maternos, hasta que escuchó la voz de su hermano dándoles la bienvenida.

—¡Hola! ¿No habéis tardado mucho?, tengo la barbacoa a punto.

—¿Tan temprano? —le preguntó Violeta dándole un abrazo—. Te pareces a mamá, cada día comemos antes.

—Son las once y media de la mañana, a las doce empiezo a poner la carne. ¿Habéis traído ensaladas? ¡Qué bien! Hola, pequeñaja —se le acercó y la abrazó besándole la cabeza—. Dichosos los ojos que te ven.

—Lo mismo digo, ¿dónde están los niños?

—Con la siesta de media mañana. Id pasando, estamos todos en la terraza de la cocina.

—¿Todos?, pensé que solo éramos nosotros.

—Han venido mis suegros, la hermana de Daisy con su novio, Syred y Shahid, y…

—¿De quién es este coche tan chulo, tío Erik?, ¿es tuyo? —Los interrumpió Matías muy entusiasmado.

—No, cariño, ya quisiera yo, es de un amigo mío…

—¡Hola!

Oyó de pronto Carolina a su espalda y al reconocer la voz (porque lamentablemente lo había visto tanto durante los últimos meses que ya podía reconocer su voz con los ojos cerrados), se puso tensa y se giró hacia él con el ceño fruncido, pensando en qué pintaba ese tipo allí, una mañana de sábado para comer una simple barbacoa rodeado de niños.

—¡¿Magnus Mattsson?! —Exclamó Violeta con los brazos abiertos y él se le acercó con su sonrisa de anuncio— ¡No me lo puedo creer!, ¿hace cuánto que no te veía?

—Como un millón de años, ¿qué tal estás, Violeta?

—Genial. Mira, este es mi marido Hugo y estos son nuestros hijos: Clare, Matías y Lucas. De mi hermana Carolina seguro que te acuerdas.

—Claro, cómo no… —La miró a ella con las manos a la espalda y ella lo ignoró para concentrarse en cerrar el coche.

—¿Es tuyo el Aston Martin? —Preguntó Hugo y Magnus Mattsson asintió.

—Sí, era de mi abuelo, me lo dejó en su testamento.

—Menuda joya.

—Lo sé, es una pasada y tengo pocas ocasiones de usarlo en el centro de Estocolmo, así que hoy me lo he traído a Bromma.

—¿Dónde estás viviendo ahora, Magnus? —Le preguntó Violeta.

—En Östermalm.

—Cómo no —Farfulló ella esquivándolos para entrar en la casa.

—¿Cómo dices, Carrie? —La miró su hermano.

—Nada, que voy a dejar esto en la cocina.

—¿O sea que abandonaste Vasastan? —Oyó que insistía en preguntar Violeta, animándolo a caminar por el jardín.

—Sí, bueno, no del todo porque mi padrastro y mis hermanos siguen viviendo allí, así que voy continuamente.

—¿Qué tal los gemelos?, después de lo de tu madre yo…

—Están muy bien, gracias. Leo se ha casado con una chica estupenda, han tenido una hijita y

están todos felices. ¿Vosotros qué tal?, ¿dónde vives ahora?, ¿o sigues en Vasastan?

—Ahora vivimos en Norrmalm. Hugo y yo trabajamos en el Centro Tecnológico de Volvo, así que nos mudamos allí para estar más cerca de la oficina. Estamos encantados, la verdad.

—No me extraña, mí me gusta mucho Norrmalm, mi tío Björn tiene un ático allí.

—Oh, tu tío Björn, todas nos moríamos por sus huesos…

—Yo creía que el favorito era mi padrastro.

—Él también —Violeta soltó una carcajada.

—¿O sea que os dedicáis a la automoción?

—Hugo, que es ingeniero automotriz, yo llevo el área de relaciones externas.

—Vaya, qué interesante…

Fue lo último que oyó decir a Magnus Mattsson, que parloteaba más que su hermana, porque se alejó de ellos decidida a no prestarle más atención.

Salió a la terraza para saludar a su cuñada, a los padres de su cuñada, a su hermana y su novio, y a sus vecinos, una pareja de origen pakistaní muy maja con la que se entretuvo charlando un rato hasta que la terraza se llenó de gente y de niños, su hermano se puso a asar la carne y entonces ella empezó a divagar sobre la posibilidad de marcharse sin parecer muy mal educada, porque la presencia de Magnus Mattsson, como uno más allí acaparando la atención de la gente, se le empezó a atragantar y sabía que tarde o temprano acabaría por hacerse evidente.

—Se te dan de maravilla los niños, Mag, te los voy a dejar de vez en cuando.

Oyó que comentaba su cuñada y que todo el mundo soltaba una carcajada cómplice, y ella dejó de hacer lo que estaba haciendo para observar de soslayo a Mattsson, que se había sentado en una sofá con su sobrinito de siete meses en el regazo.

—Cuando quieras, Daisy, tengo mucha experiencia, ya sabes que cuidé de mis hermanos gemelos desde que nacieron.

—¿Aún no te has planteado tener niños? —Le preguntó la madre de su cuñada y él sonrió.

—Dos o tres en cuanto encuentre a quién quiera tenerlos conmigo.

—Seguro que hacen cola, no seas modesto.

Bromeó Violeta, dándole un empujoncito amistoso en el hombro, y ella puso los ojos en blanco y siguió aliñando ensaladas y cortando pan amasado mientras Erik empezaba a sacar choricillos y delicias varias con las que agasajar a sus invitados.

—¿Tienes modificado el motor del Aston Martin? —Intervino Hugo cambiando de tema y Carolina se inclinó para dar de comer a su sobrina Rose.

—No, es el original de 1966, bloque de seis cilindros en línea de 4.0 litros y doble árbol de levas —soltó como si hablara del tiempo y tanto Hugo como el pequeño Matías soltaron un silbido de exclamación.

—Guau, qué pasada. El 2022 salió a subasta el de Sean Connery por una barbaridad de dinero…

—Tres coma veinticinco millones de euros —Respondió Carolina de forma involuntaria y Magnus la miró fijamente antes de volver a prestar atención a Hugo.

—¿Quieres verlo y darte una vuelta?

—Jamás diría que no a una propuesta semejante.

—Vamos.

—No tardéis, por favor.

Les pidió Violeta observando cómo se marchaban y Carolina sin querer los siguió con los ojos comprobando como Mattsson se sacaba las llaves del coche del bolsillo y se las entregaba a Hugo, que no podía estar más ilusionado con el asunto, al igual que Matías, que de repente se

giró hacia ella y le hizo un gesto con la mano.

—¿No te vienes, tía Carrie?

—No, cariño, muchas gracias.

—¡Es un Aston Martin!

—Como si fuera un patinete, a mí esas cosas me dan igual.

—Qué borde eres, hermana, en serio.

La regañó Erik pasando por su lado y ella frunció el ceño y lo siguió a la cocina un poco ofendida por el comentario.

—¿Perdona?

—Qué eres muy borde cuando te lo propones, Carolina. Desde que has llegado tienes cara de acelga, si no tenías ánimo o ganas de venir, no haber venido —La miró con las manos en las caderas y ella se cruzó de brazos muy dolida.

—Por supuesto que tenía ánimo y ganas de venir, lo que no esperaba era encontrarme a ese tío aquí.

—¿A qué tío? ¿A Magnus? Es mi amigo desde hace treinta años.

—Ni siquiera fue a tu boda.

—Porque estaba con la Fuerza Aérea destinado en Malí. ¿A qué viene esto, Carry?, ¿tienes algún problema con él? Creo que lo has visto un par de veces desde enero y ni siquiera me lo habías comentado.

—¿Ya no recuerdas cómo trató a Amanda, tu melliza, en el colegio?

—¡Erik! —Los interrumpió su cuñada—. Te llaman del hospital, es importante, aunque espero que no te hagan ir. Me lo habías prometido.

—No tengo que ir, cielo, solo estaba esperando el resultado de unas pruebas que hicimos ayer.

Se acercó a su mujer y la besó en la cabeza cogiendo el teléfono móvil y haciendo amago de irse, aunque antes se volvió y la señaló con el dedo.

—Magnus es mi amigo y estoy encantado de tenerlo hoy aquí, pero si tú no te sientes cómoda con él, por la razón que sea, puedes irte. No te lo voy a reprochar.

—Perfecto, porque tengo trabajo.

—Tú misma.

La dejó en medio de la cocina y ella, en lugar de recular y pedir disculpas, se fue directo a la terraza para excusarse con todo el mundo y salir pitando de allí, que era lo que de verdad le apetecía hacer desde que había llegado hacía dos horas.

Dio las explicaciones pertinentes, culpó a la subasta que esa mañana tenían en *Stockholms Auktionsverk*, donde en teoría la necesitaban, y después se fue a la puerta principal para recoger su abrigo, sus cosas y pedir un taxi.

—¿Ya te vas? —Le preguntó Magnus Mattsson abriendo la puerta a la par que ella y ella retrocedió.

—Sí, me reclaman en el trabajo. ¿Hugo y Matías?

—Se han ido a dar una vuelta después de revisar el motor a conciencia —le sonrió— ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Tú dirás.

—Estoy detrás de unas cartas aeronáuticas de Hjalmar Riiser-Larsen y me consta que van a salir a subasta a través de *Stockholms Auktionsverk*, aunque aún no hay ninguna información al respecto.

—¿Hjalmar Riiser-Larsen?

—El célebre piloto y explorador noruego, sobrevoló el polo norte y era amigo personal de mi abuelo.

—No sé quién es.

—Además de empresario, Hjalmar Riiser-Larsen fue explorador, militar y piloto, se le considera el pionero de la aviación escandinava y fundador de la Fuerza Aérea Noruega. Para cualquier amante de la aeronáutica sería un lujo poder hacerse con alguno de sus mapas, aunque al parecer tu empresa los piensa sacar a subasta dentro de otros lotes ajenos a su persona. Es lo que me ha contado su propia familia y es una lástima.

—No me suena.

—Pagaré lo que sea.

—No lo dudo, pero yo ya no estoy al día con lo que pasa en la sede de Estocolmo y, además, lo mío es el arte de los siglos XIX y XX, no los objetos personales.

—Olivia me ha asegurado que tú podrías echarme un cable.

—¿Olivia?, ¿ah sí?, pues yo no estaría tan segura —Le sostuvo la mirada y por unos segundos se perdió en ese mar celeste y luminoso, hasta que reaccionó y movió la cabeza incómoda—. Me informaré y si me entero de algo se lo contaré a Olivia para que te lo transmita, pero no te prometo nada.

—Muchas gracias, con eso me vale ¿Te doy mi número de teléfono?

—No hace falta, se lo diré a ella.

—Está bien. Gracias.

—De nada. Ahora, si no te importa, debería irme.

—Claro, hasta luego, Carolina.

Le guiñó un ojo y ella sintió cómo, literalmente, le fallaban las rodillas y el cuerpo le pedía a gritos retractarse y quedarse allí, a charlar con él sobre Hjalmar Riiser-Larsen o sobre lo que quisiera.

8

—¡Me alegro mucho, Björn!, ¡enhorabuena!

Exclamó sinceramente, porque sabía que para su tío Björn, a sus cuarenta y tres años, aquella era la mejor noticia posible.

—Muchas gracias, eres de los primeros en saberlo.

—¿Cómo se encuentra Candela?

—Radiante, preciosa, feliz… no podemos estar más ilusionados.

—¿Y cuándo nacerá el nuevo o la nueva bebé Pedersen?

—En octubre, al parecer lo concebimos en Estocolmo antes o después de la boda civil.

—Vaya, pues, es estupendo. Enhorabuena otra vez. ¿Dónde estáis ahora?

—En Suecia, volvemos a Noruega en junio ¿Tú dónde paras?, me ha dicho Leo que te han dado la ruta a Oceanía.

—Bueno, lo sigo cubriendo todo, en realidad, solo me han ampliado las rutas, así que ahora he empezado a volar también a Australia y Nueva Zelanda. ¿Hace cuánto tiempo que no hablábamos?

—No lo sé, un montón, a ver si vienes a cenar una noche o nos vamos a tomar algo solos. ¿Te parece?, ¿qué tal lo tienes hoy?

—Hoy mal porque estoy en Copenhague, pero podemos vernos el fin de semana.

—Perfecto, me lo apunto, ¿el sábado te viene bien?

—Genial, cena y unas copas dónde quieras.

—Eso está hecho, Magnus. Nos vemos el sábado y vete pensando en si quieres ir a Helgeland este verano, queremos organizar algo familiar allí, aunque entiendo que igual prefieras descansar en la soleada Italia con Leo y los niños.

—Aún no tengo nada decidido y ni sé cómo tengo la agenda o cuándo tengo vacaciones.

—Ok, pues cuando sepas algo ya nos vas contando, de momento, nos vemos el sábado.

—Eso es y enhorabuena otra vez, manda un abrazo a Candela de mi parte.

—Gracias, chaval. Adiós.

Le colgó y Magnus soltó una carcajada, porque era increíble cómo, sin verlo, podía percibir perfectamente su sonrisa y su felicidad, algo que lo hacía muy feliz a él también porque Björn, el adorado hermano pequeño de su madre, no solo era su tío, además era uno de sus mejores amigos. Una gran persona y un tipo que había pasado por muy malos momentos a lo largo de toda su vida, que había superado muchas pérdidas, así que era grandioso que al fin le tocara ganar y sumar, crear su propia familia junto a una mujer impresionante como Candela Acosta, la perfecta horma de su zapato.

En realidad, Björn se lo merecía todo, concluyó, llegando al precioso Barrio Latino de Copenhague, el corazón de la ciudad, donde no solo podías encontrar el ayuntamiento, el palacio real, mansiones, palacetes y las tiendas más chic del momento, sino también la sede danesa de *Stockholms Auktionsverk*, donde trabajaba Carolina Clausen, la hermana pequeña de su amigo Erik que le había conseguido en un tiempo récord las famosas cartas aeronáuticas de Hjalmar Riiser-Larsen, por las que llevaba penando muchos años.

A mediados de marzo se habían encontrado por casualidad (otra vez) en casa de Erik y un mes después ya tenía los documentos en su mano y gracias a que ella había gestionado y agilizado la compra directa antes de pasar por una subasta, como deferencia a la familia Riiser-Larsen y a él mismo, que había sido el único en manifestar un interés real por los mismos.

Una gestión valiosísima que había querido agradecer por teléfono sin éxito, o enviándole flores, lo que, al parecer, según su amiga Olivia, no le había sentado muy bien porque no era muy dada a aceptar regalos o detalles por hacer su trabajo, así que, haciendo una excepción en medio de sus días libres, se había cogido un avión como *extra-crew* y se había plantado en Copenhague con la intención de verla personalmente y, con algo de suerte, conseguir invitarla a cenar o a tomar algo, si se dejaba, porque Carolina Clausen era la chica más distante y escurridiza con la que se había topado jamás.

Que ella fuera así, tan fría, normalmente lo habría espantado, porque él era el más sociable y abierto de los mortales y le gustaba tratar con gente parecida, sin embargo, sentía mucha curiosidad por ella, de hecho, la había "investigado" en Google y también había interrogado a su entorno más cercano, a Olivia por ejemplo o a sus hermanos, al mismo Erik, que le había explicado que Carrie era muy suya y muy tímida, aunque si le dabas tiempo, podías llegar a descubrir lo generosa, alegre y cariñosa que era.

Eso si le dabas tiempo o si se trataba de su familia, seguramente, porque con él, desde el minuto uno en Río de Janeiro, se había comportado como una harpía desalmada y poco compasiva. Un hecho incomprensible que no se le olvidaba y que lo tenía desde entonces desconcertado, no obstante, tras conseguirle las preciadas cartas aeronáuticas de Hjalmar Riiser-Larsen, prefería no darle más vueltas a aquello y regalarle una segunda oportunidad.

Total, lo más seguro es que solo se había tratado de un malentendido y, si de algo podía presumir Magnus Mattsson, era de ser comprensivo e indulgente, así pues, había seguido su impulso natural, había obviado sus desaires y había decidido pasar a saludarla a su oficina danesa, como habría hecho con cualquier otra persona que le hubiese facilitado una gestión tan importante para él.

—Hola, buenas tardes, venía a ver a la señorita Carolina Clausen.

Informó en inglés a la guapa recepcionista de *Stockholms Auktionsverk*, regalándole la mejor de sus sonrisas, y ella se puso de pie de un salto para mirarlo coqueta.

—¿Tiene cita?

—No, la verdad es que no —Apoyó los brazos en el mostrador y suspiró—. Pretendía darle una sorpresa, soy amigo de su hermano, pasaba por el barrio y…

—¿De dónde viene?

—Hoy desde Estocolmo.

—¿Hoy?

—Viajo mucho. ¿Está Carolina o…?

—Creo que no, igual ya se ha ido, aunque yo acabo de empezar mi turno. Espere un minuto y lo consulto con su ayudante, pero tenga en cuenta que sin cita no sé yo si podrá atenderlo y menos a estas horas. Es muy estricta con eso.

—¿Qué tal si empiezas por tutearme? —Miró la plaquita de su pechera—, Aneka. ¿Te llamas Aneka?, es muy bonito.

—Significa "llena de gloria".

—Me encanta.

—Está bien —Le sonrió arreglándose el pelo—. Dime cómo te llamas y trataré de pasarte a su despacho.

—Genial, mil gracias, me llamo Magnus Mattsson.

—Un minuto, por favor.

Alzó un dedo concentrándose en su ordenador y él se alejó del mostrador metiéndose las manos en los bolsillos. Giró prestando atención a la recepción, que era mucho más pequeña que

la de la sede central de Estocolmo, donde había ido a recoger su tesoro hacia una semana, pero con el mismo estilo y sobriedad. Un escenario muy propio para la estilosa y sobria Carolina Clausen.

—¿Magnus?

—Sí —Miró a Aneka y ella le extendió un pase de seguridad.

—Sube a la tercera planta.

—Estupendo, muchas gracias.

—Esto igual me cuesta una regañina, o sea que ve pensando en cómo compensarlo.

—¿Perdona?

—Salgo a las diez de la noche.

—No te preocupes, no habrá ninguna regañina, me ocuparé personalmente de que Carolina sepa que todo ha sido culpa mía. Muchas gracias.

Le guiñó un ojo, le quitó el pase y ella se cruzó de brazos un poco descolocada, sin entender si estaba de broma o se la estaba jugando de mala manera, así que, antes de que reaccionara, caminó directo al ascensor y se metió dentro diciéndole adiós con la mano.

Movió la cabeza sintiéndose un poco culpable, porque tontear con una mujer para conseguir algo, por pequeño que fuera, era inaceptable y mucho más a su edad, y anotó mentalmente mandar unas flores de agradecimiento a la señorita Aneka, que había sido muy amable con él, a pesar de haberse saltado, seguramente, la mayoría de las normas de seguridad de su empresa.

Llegó a la tercera planta y entró en una segunda recepción que estaba vacía, caminó unos pasos y se encontró con un espacio de trabajo diáfano y elegante donde había cuatro escritorios con sus respectivos ordenadores encendidos, pero también vacíos, y al fondo del todo, un despacho con cristales ahumados alrededor del cual se congregaban unas seis personas en actitud expectante y nerviosa.

Se acercó a ellos sin hablar, y entonces oyó los gritos que provenían del interior de la oficina e inmediatamente el golpe de un objeto pesado contra una pared.

—¿Qué está pasando? —Preguntó a un chico que estaba comiéndose las uñas sin perder ripio de la disputa y él se encogió de hombros sin mirarlo.

—Carolina, que se va a comer a su novio.

—¿Cómo dices?

—Carolina que… —Se giró y lo miró a los ojos— ¿Tú quién eres?

—Mag…

—¡No me toques, mentiroso de mierda! —Lo interrumpió un grito en sueco de Carolina e instintivamente dio un paso hacia ella.

—¡Eh!, no te metas, ¿quieres llevarte lo tuyo?. No está el horno para bollos, hombre, quieto ahí —Lo frenó el chaval poniéndole una mano en el pecho.

—¿No pensáis intervenir?

—Ni de coña —contestó otra persona—. El muy capullo se merece que lo haga pedazos.

—¡Que no te acerques! ¡No me toques!

Volvió a gritar Carolina, lanzando algo contra el cristal y la voz del tipo que estaba con ella, que se mantenía calmado, pero que tenía un tono tenso y despreciable, no le gustó nada. Apartó al grupito, se acercó a la puerta y la abrió sin llamar.

—¿Qué está pasando aquí? —Se dirigió a ella, que al verlo parpadeó confusa, y entró poniéndose las manos en las caderas— ¿Estás bien?

—¿Magnus?, ¿tú que haces aquí?

—Pasaba por el barrio. ¿Estás bien? —Miró al tipejo, que era un guaperas de pelo oscuro y

cara de estirado, dio un paso atrás y cerró la puerta— ¿Carolina?

—Estoy bien, no te metas…

—¿Eres consciente de que tenéis público ahí fuera? —la interrumpió, señalándole la oficina con el pulgar.

—¡Joder!, si es que… Sten… —Increpó a su amigo—. Vete, por favor, y no vuelvas a llamarme nunca más. En tu puta vida, ¿lo tienes claro?

—Estás siendo pueril y…

—Pueril, pueril. Pueril tú, capullo infiel y mentiroso. ¿Sabes cuál era tu único mérito?, ser leal, ser honesto, ser estable y ahora sabemos que todo eso era una vil mentira. No vales un pimiento, ni una mierda es lo que vales.

—Baja el tono y el ritmo cardiaco, peque, mírame y vamos a… —Dio un paso hacia ella y ella cogió la grapadora de encima de la mesa y se la tiró a la cabeza.

—¡Vete!, ¡joder, vete!, ¿tan difícil es de entender?

—Peque…

Volvió a intentarlo, dio otro paso hacia ella y entonces Magnus se le acercó con calma y le cortó el paso mirándolo desde su altura.

—Ya la has oído.

—¿Se puede saber quién coño es este tío? —Bufó el tal Sten ignorándolo y Magnus se inclinó y buscó sus ojos.

—Me llamo Magnus Mattsson, soy amigo de su hermano Erik, la conozco de toda la vida y, cómo no te largues ahora mismo de aquí, en nombre de Erik, y en el mío propio, te voy a romper esa cara de gilipollas que tienes. ¿Te parece bien?

—¿¿Qué?!, ¿quién habla así?, por el amor de Dios.

—Un tío que no tiene ningún problema en darte una buena paliza, así que ya sabes… —Le indicó la puerta—, andando o atente a las consecuencias.

—¡Suecos!

Soltó a modo de insulto, agarró la puerta con furia y salió de allí dando un sonoro portazo. Magnus, que no había perdido un ápice de serenidad, lo siguió con los ojos y luego se volvió hacia Carolina.

—Menudo pelmazo.

—Muchas gracias por… ya no sabía qué hacer para que se marchara.

—¿Estás bien?, ¿te ha hecho algún daño?, porque si es así aún estoy a tiempo de pillarlo en el ascensor.

Sonrió, guiñándole un ojo, pero ella permaneció seria, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué haces aquí, Magnus?, ¿necesitabas algo? —Bajó la cabeza y se inclinó para recoger los objetos que había tirado sin mucha puntería contra el guaperas de pelo oscuro.

—No, la verdad es que solo quería saludarte e invitarte a tomar algo.

—¿Por qué?

—Por tu gestión con las cartas aeronáuticas de Hjalmar Riiser-Larsen.

—Agradezco el detalle, pero solo hice mi trabajo.

—Para ti solo es trabajo, para mí es mucho más. No sé si te lo habrá contado Olivia, pero las he entregado a la fundación de mi abuelo y se expondrán a partir de mayo en su museo.

—No sabía nada, pero me alegro mucho —Respiró hondo y lo miró de frente—. El museo dedicado a Industrias Pedersen y su legado es de mis museos privados favoritos, me alegro muchísimo de que los documentos de Riiser-Larsen acaben expuestos allí.

—Hjalmar era muy amigo de mi abuelo y estarán junto a otros objetos y mapas suyos.

—Acabo de enterarme de que Sten —Le señaló la puerta—, que era mi novio formal desde hacía un año, ha dejado embarazada a otra mujer, una excompañera del King's College que encima había recomendado como terapeuta para mi sobrino Andy.

—Guau, lo siento mucho…

—¿Por qué todos los tíos sois tan capullos?

—Yo…

—Salvo mi padre y mi hermano, tal vez mis cuñados, no hay uno solo que se salve.

—Gracias por lo que me toca.

—Ni siquiera quería tener hijos, ¿sabes?, fue lo primero que me dijo cuando nos conocimos, y ahora dice que es una oportunidad para crecer y madurar, para mejorar como ser humano y siquiatra. No se puede ser peor persona, lleva con ella, que está casada, desde el año pasado y asegura que se va a divorciar para criar juntos al niño.

—Un impresentable no nos define a todos.

—¿Tú crees? —le clavó los ojos negros secándose las lágrimas con la manga de la camisa—. Yo no estaría tan segura.

—¿Carolina? —El chico que había intentado impedir que interviniera en la discusión se asomó al despacho y les sonrió— ¿Estás mejor?, es hora de irse a casa.

—Os podéis ir y perdonad la escenita, pero…

—No te preocupes, todos estamos de tu parte —Lo miró a él de arriba abajo—. Hasta otra, señor sueco desconocido.

—Hasta otra —Le hizo una venia y él le tiró un beso antes de desaparecer por el pasillo.

—Bueno, al parecer se ha hecho tardísimo —Comentó Carolina cogiendo su abrigo.

—Eso parece. ¿Tú también vas?, ¿te puedo acompañar a algún sitio?

—¿No querías invitarme a tomar algo? —Él asintió—. Entonces, adelante, esta noche creo que necesito un buen trago.

9

No solía beber y esa noche, por muy destrozada que se sintiera, tampoco pensaba hacerlo, aunque nada más llegar al pub favorito de sus compañeros de trabajo pidió una pinta y un chupito de whiskey para relajarse, o para envalentonarse, porque lo que realmente necesitaba en ese momento era valor y fuerza, empuje para conseguir entender aquel drama oscuro e inesperado en el que la había metido Sten Olsen, oficialmente su ex, el más embustero y egoísta de los mortales.

Se bebió el chupito de un trago y levantó los ojos para mirar a su archienemigo, Magnus Mattsson, ese espectacular sueco de metro noventa, pelo rubio y ojos color del cielo, al que llevaba odiando desde los nueve años por destrozar el corazón de su hermana Amanda; y que esa tarde se había comportado como un caballero y como un gran amigo con ella.

—¿No deberíamos pedir algo de comer? —le preguntó él como si nada, indicándole su copa vacía con la cabeza, y ella asintió—. Muy bien, voy a ir a la barra a pedir unos nachos y un par de sándwiches o unas hamburguesas. ¿Te apetece una hamburguesa?

—Ok. Hacen unas *Frikadeller* muy buenas aquí.

—¿Hamburguesas al estilo danés?, no, gracias, pero si tú quieres, te pido una.

—Gracias, para ti habrá normales, no te preocupes.

—Eso espero.

Se levantó y se fue a la barra seguido por la mirada de muchas mujeres, de todas las edades, que a esa hora salían del trabajo y pasaban por el pub para tomar unas copas y relajarse tras una ardua jornada laboral.

Ella las observó con cierta distancia, oyendo comentarios y viendo codazos cómplices, y no solo de ellas sino también de algunos tíos, y luego desvió la vista hacia la pared, pensando que salir con un tío como Magnus Mattsson, que lo mismo encandilaba a hombres que a mujeres, debía ser un coñazo y una pequeña tortura, especialmente porque se pasaba la vida viajando y a saber qué hacía por ahí.

Un amor en cada puerto, concluyó, apiadándose de la pobre incauta que acabara enamorada de él, porque, fuera quién fuera y se portara cómo se portara, terminaría sufriendo. No hacía falta más que verlo.

Lo buscó otra vez con los ojos y lo vio apoyado en la barra, hablando con la camarera mientras ella se atusaba el pelo y le ponía ojitos de cordero degollado, y no pudo evitar espiar su pinta estupenda, aunque informal, con vaqueros y una camisa blanca sencilla, sus botas de cowboy que le sentaban de cine. Un vikingo con mucho estilo y mucha clase, porque, no se podía negar, exhalaba glamour por los cuatro costados, al igual que su madre, que había sido una mujer bellísima y deslumbrante.

—Gracias a Dios tienen *cheeseburger* normal —Le comentó volviendo a la mesa y sentándose frente a ella— ¿Paras mucho por este pub?

—Muy poco, pero está al lado de la oficina y a mis compañeros de trabajo les encanta.

—Está bien y al menos no hay tantos turistas, a pesar de estar en esta zona.

—¿Tienes algo contra los turistas?

—Dentro de un avión no, fuera me agobian bastante —le sonrió con su sonrisa del millón de dólares y ella puso los ojos en blanco.

—Adoro Italia y sigo yendo religiosamente al Lago Maggiore todos los años, pero cada vez es más difícil descansar, cenar o pasear sin toparse con un mar de turistas. Mira Venecia, ya no

hay quién consiga callejear por ahí.

—Supongo, pero el turismo mueve la economía y a Dinamarca le viene fenomenal, no todo van a ser los Fiordos Noruegos en Escandinavia.

—Eso no te lo voy a discutir —Tomó un sorbo de su cerveza sin quitarle los ojos de encima — ¿Quieres hablar sobre lo que ha pasado antes?

—¿Sobre Sten?, no, ya te he explicado todo lo que hay que saber.

—No quiero conocer más detalles sobre Sten, quiero saber cómo te encuentras tú.

—Ahora mismo me encuentro fatal, pero lo superaré, a pesar de lo que se me viene encima con mi familia.

—¿Con tu familia por qué?

—Porque no soportaban a Sten, nunca lo hicieron y ahora podrán decirme “te lo advertimos” con toda la razón del mundo.

—Vaya… Y… ¿por qué no lo soportaban?

—Principalmente, porque antes de ser mi novio fue mi terapeuta, no es muy ético y… ya sabes…

—¿Se ligó a una paciente?, podrías denunciarlo.

—Bueno, solo me vio profesionalmente dos veces, porque en seguida conectamos y me propuso salir. Lo dejé como siquiatra y me cambié de terapeuta.

—Aún así, creo que pasó la línea de confianza y eso no puede ser sano.

—¡¿Crees que no lo sé?! —Subió el tono, pero de inmediato reculó y suspiró—. Lo siento, Magnus, estoy…

—¿Te enamoraste de él?, si es así no hay nada que reprochar, nadie elige de quién se enamora.

—Muchas gracias por entenderlo, pero no sé si era amor de verdad, nunca lo sentí de ese modo…

—Un par de hamburguesas y unos nachos —Anunció la camarera interrumpiéndolos y los dos agradecieron sus platos llenos de comida— ¿Otra ronda de bebidas?

—Sí, por favor y muchas gracias.

Contestó Magnus Mattsson con esa calma autoritaria suya, porque parecía estar acostumbrado a mandar y a saber lo que quería, a pedirlo con seguridad y educación, y Carolina no se movió pensando que, a pesar de los pesares, ese tío era muy interesante, muy masculino, como esos galanes de las películas o de las novelas románticas que le gustaban tanto.

—Guau, está deliciosa, me moría de hambre.

Comentó dando un gran mordisco a su hamburguesa y ella hizo lo mismo con la suya, tratando de no mirarlo tanto.

—¿Qué has venido a hacer a Copenhague? —Le preguntó cambiando de tema y él se encogió de hombros.

—Vine a verte y ahora me parece que fue muy oportuno que viniera.

—¿A verme a mí?, ¿por qué?

—Porque llevo semanas queriendo agradecerte la gestión con los documentos de Hjalmar Riiser-Larsen, ya te lo he dicho antes.

—Pero no hacía falta que vinieras hasta aquí.

—Pues parece que sí —Le guiñó un ojo—, si no llego a aparecer, el tal Sten estaría a estas horas en Urgencias con un pisapapeles incrustado en la frente.

—A lo mejor se lo merecía.

—No me cabe la menor duda.

—La pura verdad es que nunca le había tirado nada a nadie, pero me he quedado muy a gusto, el muy cabrón es un… sinvergüenza. ¿Sabes lo que me ha dicho? Que pretendía seguir conmigo a pesar de su novia embarazada —Dejó la hamburguesa en el plato y bebió un sorbo largo de cerveza—. Dice que está enamorado de ella y que quiere ser padre con ella, pero que nada en esta vida es eterno ni definitivo y que mejor no romper nuestro "vinculo" por lo que pudiera pasar. ¡¿Por lo que pudiera pasar?! ¡¿Qué coño quiere decir?!, ¿qué me quede en el banquillo por si acaso a él le sale mal el invento? Es imbécil.

—Ahora me arrepiento de no haberle dado una buena paliza.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco —suspiró—. No soy violento, pero si algo he aprendido en esta vida, es que hay personajes que se merecen un buen repaso, y no me refiero solo a lo verbal.

—No te preocupes, si vuelvo a verlo, ya se lo daré yo.

—¿Vivíais juntos?, porque si necesitas que te acompañe a casa, yo…

—Nunca ha querido vivir conmigo. Lo conozco desde hace dos años, pero solo desde hace uno me dejaba llamarlo "novio"; si apenas me permitía quedarme a dormir en su piso y al mío nos iba porque decía que había pelos de gato por todas partes y es alérgico.

—¿En serio?

—Sí, aunque mi pobre Félix vive con mis padres desde que lo conocí a él.

—La pregunta es: ¿cómo has podido aguantar a semejante gilipollas durante dos años?

—No lo sé, al principio era adorable y es un tío muy inteligente, y yo pensaba que era fiel y muy estable, supongo que me tenía deslumbrada y, además, el desafío de defender mi relación contra todo el mundo no me permitía ver la realidad.

—Vale, lo importante es que ya pasó, ¿no?

—Eso parece.

—Cualquier crisis siempre es una oportunidad, te irá mucho mejor sin él.

—¿Y tú? —Le clavó los ojos y él levantó las cejas— ¿Cómo es tu vida sentimental?, ¿tienes novia, novio, ambos o un amor en cada aeropuerto? Ya sabes lo que se dice de los empleados de las líneas aéreas.

—¿Qué se dice?

—Que aquello es Sodoma y Gomorra, como en los hospitales o las multinacionales, tantas horas trabajando juntos al final crea "vínculos" y ya se sabe, que el roce hace el cariño.

—Mmm —contestó mirando al techo—, tal vez es cierto, pero no es mi caso, hace tiempo que procuro separar el trabajo de la vida personal.

—¿Cuánto tiempo llevas en SAS?

—Ocho años. A los treinta dejé la Fuerza Aérea Sueca y me fui al sector privado.

—¿Por qué pasaste por la Fuerza Aérea?, ¿no se puede ser piloto a través de academias o…?

—Se puede, pero la formación óptima es a través de la Fuerza Aérea, dentro del cuerpo puedes estudiar ingeniería aeronáutica y prepararte para servir a tu país. Mi abuelo Björn me lo inculcó desde que tengo uso de razón: Primero un rango militar real y luego te pasas al sector privado donde te recibirán con los brazos abiertos.

—Pero has dejado de servir a tu país.

—Lo serví durante doce años y lo sigo sirviendo. Estoy en la reserva.

—Vale, pero ¿por qué no quedarse en las fuerzas armadas?, no creo que tú necesites del dinero que se gana en la aviación comercial privada ¿no?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Sé quién era tu abuelo.

—Que mi familia tenga dinero no invalida mi derecho a querer avanzar profesionalmente, a ser un poco ambicioso. El cambio de lo público a lo privado es lo natural en cualquier piloto de mi edad.

—*Touché!* —Le respondió, aceptando lo prejuicioso de la pregunta y siguió comiendo—. Lo siento, estoy un poco piripi, así que soy capaz de preguntar cualquier cosa.

—No pasa nada.

—Los curritos de clase media siempre pensamos que, si fuéramos ricos, no haríamos nada salvo pasarlo bien… ya sabes…

—Lo sé, pero tú deberías saber que, a pesar de lo que presupones, yo no soy rico y me tengo que ganar el pan como todo el mundo. El patrimonio de los Pedersen no es mío, está en manos de fideicomisos, empresas, juntas de accionistas, fondos de inversión, etc. Me he tenido que buscar la vida siempre y, te digo una cosa, cuando mi abuelo vivía era igual, porque no quería una familia mediocre u ociosa viviendo de las rentas.

—Me hubiese gustado tu abuelo.

—Era genial —terminó su hamburguesa y se apoyó en el respaldo de la silla—. Olivia me ha dicho que estás esperando un ascenso en Estocolmo.

—Sí, pero se está retrasando, llevo un mes esperando. Una putada, porque ahora me vendría de perlas poder marcharme de Dinamarca —Le clavó los ojos—. ¿Por qué habláis con Olivia sobre mí?

—Porque la gente habla de las personas que tienen en común.

—Yo no.

—Lo que tú digas.

—Uy… —miró la hora—. Creo que me voy a ir, he comido demasiado y encima estoy cada vez más piripi. Necesito mi cama.

—Espera y te acompaño a casa.

—*Ingen* —Trató de ponerse de pie y se tuvo que sujetar a la pared—. Me cachis en la mar, lo veo todo nublado, es oficial: estoy borracha.

—Eso parece, señorita Clausen. Venga, te llevo a casa.

—No te dejaré entrar, no te hagas ilusiones…

Trató de mantener la dignidad haciéndose la graciosa, mientras él pedía la cuenta, y se sujetó bien a la silla para ponerse el abrigo, aunque un calorcito muy agradable le recorría todo el cuerpo.

—Jamás te dejaría camelarme, vamos…

—Nada más lejos de mis intenciones, Carolina.

—¿Por qué?, ¿acaso no te gusto? —Le preguntó un pelín ofendida y él soltó una carcajada.

—Claro que me gustas —Le ofreció el brazo para salir a la calle—. Lo que pasa es que yo jamás me aprovecharía de una chica “piripi” que acaba de romper con su novio.

—No te creo —Llegaron a la acera y se le agarró a la chaqueta con las dos manos, porque todo se le había puesto del revés—. Madre mía, qué pedo llevo…

—Ya te digo.

—No te habrás enrollado tú con chicas piripi… —Insistió y Magnus Mattsson movió la cabeza.

—Creo que no, pero si ha pasado, yo estaría igual de piripi y ella, te lo aseguro, no era la hermana de ninguno de mis amigos. —Le informó, levantando una mano para llamar un taxi.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que nunca, jamás, salgo con la hermana de un amigo.

—¿Por eso rechazaste a mi hermana?

—¿Qué?, ¿qué hermana?

—No te hagas ahora el caballero andante conmigo, Magnus, te tengo calado.

Se apartó de él para acercarse al taxi que se había detenido junto a la acera, y él la siguió tratando de cogerla por el codo.

—¡No me toques!, no hace falta. Gracias.

—Vale, pero el suelo tiene hielo y…

—Oye, chaval, que ya no tengo nueve años —Se giró para señalarlo con el dedo—, puedo irme sola y, para que lo sepas, me caes fatal, no me gustas un pimiento, así que déjame en paz. Me voy.

Llegó al taxi despacito, abrió la puerta y se metió dentro sin mirar atrás, cada vez más mareada. Levantó los ojos para decirle al conductor donde tenía que llevarla, pero antes de abrir la boca Magnus Mattsson le tocó el cristal de la ventana y no le quedó más remedio que abrirla y prestarle atención.

—¿Qué?

—¿Estás segura de que eres hermana de Erik Clausen?

—¿Perdona?

—Conozco a los Clausen desde siempre y todos ellos son educados, amables y encantadores. No sé de dónde has salido tú, pero no te pareces en nada a tu familia.

—Serás…

—Suerte en la vida, Carrie. Adiós.

Le sonrió, se enderezó y le dio un golpecito al coche para que se pusiera en marcha. Carolina blasfemó en todos los idiomas que conocía, impotente por no tener la réplica perfecta para hundirlo en la miseria, cerró los ojos y se durmió.

10

Palmoteó la espalda de su padrastro y se le puso al lado para mostrar su apoyo incondicional, porque sabía que él necesitaba de todos los suyos a su lado en un momento tan delicado como ese: conocer a su padre biológico, al que había ignorado durante más de cincuenta años.

La madre de Leo, que era una enamorada de Italia, se había comprado una casa en el Lago Maggiore, cerca de Milán, en el año 1970 y, además de construir allí su paraíso privado, había tenido una aventura fugaz con un adonis local, un *affaire* fuera del matrimonio, que había dado sus frutos con el nacimiento de Leo. Un hijo deseado, a pesar de su inesperada llegada, que había crecido rodeado de amor y de una familia estupenda que jamás le había negado su origen, aunque él decidiera pasarlo por alto hasta hacía bien poco, concretamente hasta que sus cinco hermanos biológicos, unos tíos estupendos residentes en Milán, habían aparecido de pronto para intentar integrarlo en su familia.

Leo había construido una vida feliz en Suecia, pero sin perder nunca de vista Italia, porque su madre se había empeñado en que aprendiera italiano y pasara todos los veranos en el Lago Maggiore, así que había accedido a tratarse con ellos y allí estaban, dos años después de su primera toma de contacto, a punto de conocer al hombre que había marcado sin querer y desde el anonimato su existencia.

Magnus respiró hondo, tratando de imaginarse cómo se sentía, y caminó detrás de él y de Paola hasta la mejor mesa del Restaurante Matsalen, en el corazón del Gran Hotel, dónde a esas horas de la tarde el famoso padre biológico, el señor Francesco Santoro, su esposa y dos de sus hijos, los esperaban para conocerse y compartir, con algo de suerte, una apacible cena familiar.

Volvió a tocar la espalda de su padrastro y al llegar a la mesa se apartó un poco para saludar a Franco y Mattia con una venia, mientras el señor Santoro se ponía de pie, se adelantaba y ofrecía la mano a un Leo Magnusson serio, pero afable.

—Buenas noches, habéis llegado pronto —Comentó en su perfecto italiano, estrechando la mano de su padre, y él le sonrió.

—Llevamos todo el día de turismo. Encantado de conocerte, Leo. A Franco y a Mattia me consta que los conoces muy bien. Esta es mi esposa, Lucía.

—Mucho gusto, señora Santoro.

También le ofreció la mano, aunque ella no se había levantado de la silla, y luego se giró para presentar a Paola.

—Esta es Paola, mi mujer, y este es mi hijo Magnus.

—Vaya, no sabía que tenías un hijo tan mayor.

—En realidad, soy hijo de su primera mujer —Intervino Magnus estrechándole la mano con una sonrisa—, pero me crie con él. Mucho gusto.

—¡Si también hablas italiano! —Exclamó la señora Santoro con los ojos muy abiertos y él asintió.

—Sí, en casa siempre se ha hablado en italiano.

—Paola, tú eres de Varese ¿no?

El señor Santoro, que tenía una pinta espectacular para sus años, y al que se parecían todos sus hijos, incluido Leo, ofreció caballerosamente una silla a Paola y ella se sentó saludando a Franco y a Mattia, que hasta ese momento no habían abierto la boca.

—Es española, papá —musitó Mattia.

—Sí, yo soy de Madrid, pero mi madre es italiana, de Varese, y tengo mucha familia allí.

—Estupendo, entonces nos podremos entender en italiano.

—Nosotros no hablamos ni inglés —susurró la señora Santoro—. Todos los chicos sí y los nietos también, pero nosotros somos de otra época.

—Claro, no hay problema.

—Tenemos dos nueras españolas, una francesa y dos italianas, las cenas de navidad son como la ONU.

Bromeó doña Lucía, acariciando el brazo de su hijo Franco, y Magnus comprendió que estaba nerviosa e incómoda, tal vez preguntándose qué hacían ahí, para conocer a un hombre adulto del que jamás habían tenido noticia, del que ni siquiera habían hablado a su familia durante más de cincuenta años.

—Nos han avisado que la inauguración de la biblioteca de Drottingholm se hará oficialmente a finales de agosto —comentó Franco Santoro intentando normalizar la charla y Leo asintió—. Estará completamente operativa para el inicio del curso escolar.

—Eso parece, ya están clasificando libros y organizándolo todo.

Apareció el camarero para tomar nota de la comanda, se sirvieron vinos y se siguió hablando de trabajo muchísimo tiempo; también de arquitectura, construcción y de la empresa de los Santoro. Una de las contratas más grandes y famosas de Milán, que el patriarca había dejado en manos de sus hijos hacía poco tiempo y a la que Leo le quería meter mano, porque llevaba años buscando una compañía sólida de construcción en Italia, principalmente en el norte, para expandir su negocio.

—Si quieres invertir, estamos todos de acuerdo —Comentó el señor Santoro—. Franco dice que además de arquitecto, eres un constructor de primera y con mucho éxito en toda Escandinavia, pero yo no quiero traspasar el negocio en su totalidad. Fue fundado por mi abuelo hace setenta y cinco años, justo después de la guerra, y perder su control ahora…

—Lo entiendo perfectamente —Interrumpió Leo—, pero también entiendo que ninguno de sus propietarios dispone de tiempo para dirigir la enorme carga de trabajo que soportan desde hace años. Yo podría gestionarlo perfectamente con mi equipo.

—Tampoco veo bien que la propiedad de la empresa se vaya fuera de Italia.

—Fiscal y legalmente se quedaría en la Lombardía, en el Lago Maggiore, sin embargo…

—Te podemos ofrecer el 51%.

Intervino Franco tomando las riendas de la charla y Magnus apoyó la espalda en la silla poniendo la mente en blanco, porque ni entendía, ni quería entender, de acciones, inversiones o empresas de construcción.

Su mente voló hacía su adolescencia, cuando Agnetha lo ponía a trabajar parte de las vacaciones, las de verano, Pascua o Navidad, en las obras de su empresa, y sonrió, porque gracias a esos curros había ahorrado dinero suficiente para comprarse su primer IPad o sus primeras zapatillas de deporte con pedigrí, de esas que su madre se negaba a pagar por tratarse, según ella, de un lujo innecesario.

Qué tiempos aquellos, caviló, acordándose de Erik Clausen, su gran colega desde los nueve años, al que también Agnetha y Leo habían contratado algún verano para trabajar con ellos… qué bien se lo habían pasado.

De pronto, acordarse de Erik lo animó un montón, pero también lo empujó a evocar la imagen de su hermanita pequeña, la enigmática Carrie Clausen, la chica más fría y menos empática que conocía.

Madre mía, qué pesadilla, concluyó, recordando sus ojazos negros implacables y su aire de ofensa continua. Era eso, precisamente eso, lo entendió con claridad: Carolina Clausen se

mostraba constantemente ofendida por él y no lograba saber por qué, porque, desde luego, apenas la conocía y apenas la había tratado. Si la última vez que la había visto tendría unos ocho o nueve años, por el amor de Dios.

—El salmón estaba delicioso —Le comentó Paola y él salió de sus cavilaciones y asintió mirándola con una sonrisa.

—El pescado en Estocolmo es maravilloso —Opinó Franco Santoro.

—Nos han dicho que el bacalao también lo cocinan muy bien.

—Sí, Lucía, le aconsejo que lo pruebe antes de regresar a Italia —Paola respondió a la señora Santoro con mucha amabilidad.

—Por supuesto, a ver si nos da tiempo. ¿Qué tal la nena pequeñita?, dicen los chicos que es muy guapa.

—Sí, está preciosa, gracias, se llama Anna.

—Anna como mi madre.

Comentó Leo con calma e inmediatamente se hizo un silencio incómodo que todos entendieron, porque referirse a su madre en ese contexto era delicado, y finalmente fue Mattia el que rompió la tensión carraspeando y dirigiéndose a su padre.

—Bueno, papá, no hagamos perder más tiempo a Leo y vamos a cerrar el 51% ahora mismo.

—Menudo negociador estás hecho, Mattia —Cortó incómodo el patriarca.

—Para nosotros, los cinco hermanos, Leo es familia y me niego a seguir regateando con él.

—Estoy de acuerdo —Intervino Franco—. Este trato nos conviene a todos y seguir discutiéndolo es absurdo.

—Está bien, está bien… —Se rindió Francesco Santoro cogiendo la mano de su mujer.

—Ok, he traído los contratos y mañana podemos firmar ante notario aquí —Mattia señaló su maletín— y la semana que viene en Milán ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Magnus miró a Leo, que llevaba mucho rato serio, y él le guiñó un ojo para tranquilizarlo, como asegurándole que todo iba bien y que al final se había salido con la suya, así que le sonrió y atendió su móvil, que llevaba un buen rato vibrando en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Leyó varios mensajes y contestó a dos de su amigo Christian, que lo estaba esperando en el Stampen, el club de jazz más famoso de Estocolmo. Le respondió confirmando que iba hacia allí y luego observó a sus compañeros de mesa, que estaban dando, gracias a Dios, por acabado el encuentro.

Se puso de pie para despedirse con un apretón de manos del señor Santoro y de su mujer, y con un par de abrazos de Franco y Mattia, y salió del restaurante y del Gran Hotel a buen paso junto a Paola, que al llegar a la calle se volvió para abrazar a su marido.

—¿Estás bien, mi vida?

—Sí, *amore*, tampoco ha sido para tanto —Respondió Leo dándole un beso en la boca.

—¿Qué te ha parecido Francesco Santoro?

—Bueno, es el padre de cinco tíos estupendos a los que ya considero hermanos, así que bien. No voy a darle más vueltas. ¿Te vienes a celebrar la venta, Magnus? En cuanto Franco y Mattia dejen a sus padres en su habitación, se vendrán a tomar algo con nosotros al Spy Bar.

—He quedado en el Stampen, me están esperando, pero puedo pasarme más tarde.

—De acuerdo y gracias por venir a la cena, chaval.

Le dio un abrazo y Magnus se lo devolvió antes de poner rumbo a Gamla Stan, dónde estaba el Stampen, que, según Google Map, le quedaba a solo once minutos andando desde el Gran Hotel.

Se dirigió al oeste y echó a andar con paso seguro hacia Strömbron primero y Stora Gråmunkegränd después, disfrutando de una agradable noche de finales de mayo, casi verano, pensando con gran placer en que podría trasnochar sin problemas, porque no volaba hasta dentro de dos días. Una verdadera gozada.

Llegó a la puerta del Stampen, la traspasó y se adentró en el club oyendo la música de jazz a toda pastilla. Localizó a su grupo de amigos con los ojos y en seguida percibió que algo raro estaba pasando. Frunció el ceño y sin querer se puso en guardia al ver que Christian se estaba interponiendo entre su mujer y un tío con pinta de hooligan; un tío que no iba solo, si no con otros tres o cuatro muy parecidos a él.

Mierda, masculló al reconocer sus camisetas del Liverpool, porque recordó que esa tarde el Liverpool F.C. se había enfrentado al AIK en Estocolmo, en un disputado partido de la UEFA que encima habían pedido, por lo tanto, no había que ser muy listo para entender que andaban alterados y buscando pelea.

Miró a su alrededor comprobando que la gente observaba el espectáculo sin intervenir, muy típico de los suecos, así que no le quedó más remedio que echar para delante y meterse en medio de la inminente trifulca para intentar de pararla.

—Christian ¿qué haces?, ¿no ves que te están provocando? —Le dijo a su amigo poniéndole una mano en el pecho y él se revolvió.

—¿Provocando?, le han faltado el respeto a Sonia, son unos putos gilipollas.

—Da igual, venga, vamos. ¡Christian!, ¡mírame!

—¿Este es tu novio?, ¿así que van los rubitos, capullín? —Se burló el del Liverpool poniendo voz de pito y Magnus se giró y lo miró desde su altura.

—Tranquilo, tío, este es un local pacífico, en una ciudad pacífica. Será mejor que te calmes.

—¿Pacífica?, putos vikingos invasores, violadores y roba niños. Habría que mataros a todos.

—¿Cómo dices?

Se le acercó con los puños cerrados, olvidándose de sus buenas intenciones, y en ese momento oyó cómo alguien aparecía por su espalada y se interponía entre los dos apoyando sonoramente una jarra de cerveza sobre la barra.

—¿Qué pasa, chavales?

Preguntó esa chica espectacular mirando al inglés desde muy cerca y Magnus dio un paso atrás reconociendo a Carolina Clausen, que llevaba una minifalda diminuta y unas botas altas que le cubrían gran parte de sus interminables piernas.

—¿No nos ibais a invitar a unas copas?, ¿dónde está la caballerosidad británica? Mis amigas y yo estamos al final de la barra.

—Es verdad, monada, ¡vamos allá!

Chilló el tipejo y animó a sus compañeros a olvidarse de ellos para ir a saludar al grupo de chicas suecas que estaban, efectivamente, al otro lado de la barra celebrando un cumpleaños o una despedida de soltera.

—De nada —Susurró Carrie girándose hacia él con una sonrisa.

—Gracias por intervenir, aunque no hacía falta.

—Te debía una por lo de Sten y ya te la he pagado. Adiós —Hizo amago de irse, pero él la sujetó por el brazo.

—¿No pretenderás ir a beber con ellos?

—No creo que sea tu problema, Magnus, pero no te preocupes, los tenemos controlados.

—¡¿Qué?!, no, no, no, ni de coña, esos gilipollas…

—Te los he quitado de encima, creo que me las arreglaré.

—¡No!

La siguió por el bar y volvió a detenerla empujado por ese instinto de protección que le brotaba siempre con las chicas, sobre todo si la chica en cuestión era, como en este caso, la hermana pequeña de un buen amigo.

—¡Eh, Carolina!, por favor, quédate conmigo, déjame invitarte a una copa.

—No, gracias.

—¿No te has preguntado por qué hemos estado tantos años sin vernos y últimamente no dejamos de encontrarnos? —Argumentó, alejándola de los hooligans—. Yo sí y creo que semejante casualidad merece una copa.

—No suelo preguntarme esas cosas.

—No importa, venga, ¿qué quieres tomar?

—Ok, una Coca Cola Zero, pero me voy en seguida.

—¿Un refresco?, muy bien. Ahora vuelvo.

La dejó junto a una pared haciendo gestos hacia sus amigas, avisándoles que se había encontrado con alguien, y él se pegó a la barra espiando, sin querer, su vestidito, sus botas de cuero y esa cara preciosa que tenía, hasta que algo concreto le hizo un clic por dentro, haciéndolo admitir que le gustaba demasiado, y se le detuvo literalmente el pulso.

—Aquí tienes —Le anunció la camarera y él saltó, recuperando inmediatamente el control de sus actos.

—Gracias —Pagó y luego se acercó hasta Carolina Clausen, que lo estaba esperando con los brazos cruzados—. *Skål!*

—¡Salud!

—¿Qué haces en Estocolmo?

—Empiezo en mi nuevo puesto de trabajo el lunes y me he venido antes para poder acompañar a mi amiga Lucy en su despedida de soltera.

—¿O sea que ya tienes el ascenso? —Ella asintió—. Estupendo, enhorabuena.

—Muchas gracias.

—¿Qué tal tu ex?

—No lo sé, no he vuelto a tener noticias suyas, gracias a Dios.

—¿Y ya sales con alguien? —Se oyó preguntar y ella sonrió.

—Para ser una persona insufrible y maleducada, no me faltan opciones.

—Vaya, mira, yo… siento muchísimo lo que te dije en Copenhague, pero, para mi descargo, debes admitir que desde Nochevieja no has sido precisamente afable conmigo.

—Disculpas aceptadas.

—Gracias —Bebió un sorbo de cerveza sin poder quitarle los ojos de encima—. Creo que a partir de ahora no nos queda más remedio que ser amigos.

—¿Tú crees?

—Claro, acabas de evitar que me partieran la cara y eso me hace pensar que no te caigo tan mal.

—No creo que te fueran a partir la cara, estás en muy buena forma —Dejó el vaso a medias sobre una mesa—. Gracias por el refresco, Magnus, pero debería irme, me están esperando.

Hizo amago de marcharse, pero él, impulsado por no sé qué resorte invisible, por no sé qué fuerza sobrenatural, le cortó el paso y ella retrocedió y se cruzó de brazos otra vez.

—Al menos dame tu número de teléfono, me gustaría volver a verte.

—¿Quieres quedar conmigo?

—Ahora mismo, quisiera hacer muchas cosas contigo, Carolina.

Le clavó los ojos con decisión y ella le sostuvo la mirada, aunque luego bajó la vista resoplando.

—Tú te has olvidado de que soy hermana de Erik.

—No lo he olvidado, si lo hubiese olvidado, ya te habría entrado a saco hace diez minutos.

—¡Carol!

Gritaron sus amigas desde lejos y una de ellas se acercó corriendo y lo señaló a él con el dedo antes de cogerla por el brazo.

—¡Tú eres el de Río de Janeiro!, qué guapo eres, chaval. ¡Vamos, Carol!

La arrastró hacia la salida y Magnus las siguió con los ojos y no los apartó de ellas hasta que Carolina se giró, le dijo adiós con la mirada y despareció en la oscuridad.

11

—Vale, ¿qué ha pasado? Dime la verdad.

Entró con prisas en su nuevo despacho y miró a Olivia, que la estaba esperando cómodamente sentada frente a su escritorio y con una gran taza de café en la mano.

—Tu ayudante es muy maja, me ha traído un café buenísimo.

—Olivia, por favor…

Se desplomó en su butaca buscando sus ojos, tratando de que se centrara en lo importante, en ese tema tan controvertido que tenía a su nuevo departamento, el de Adquisiciones, revolucionado, y Olivia respiró hondo y estiró las piernas.

—No me gusta chivarme de la gente, amiga.

—Estamos hablando de seiscientos mil euros, más de seis millones de coronas suecas, tú me dirás.

—Las joyas llegaron intactas y eso es lo único que debería importar a la empresa.

—Los clientes han puesto una queja formal contra Adam, nuestro nuevo correo, que resulta que es hijo de uno de los gerentes y que, al parecer, se presentó en su casa resacoso y oliendo a alcohol.

—Le dije que se duchara, pero no me hizo caso. Apareció en el hotel a las ocho de la mañana y…

—¿O sea que es verdad? —Apoyó la espalda en el respaldo de la butaca y resopló.

—Es joven, torpe y está enchufado. No sé cómo lo habéis mandado a Islandia a por seiscientos mil euros en joyas antiguas. La culpa es vuestra, te lo digo en serio, nosotros hicimos todo lo posible por ayudar y la prueba es que trajimos las joyas sanas y salvas a Estocolmo.

—Joder.

Cuatro días en su nuevo puesto de trabajo y ya se encontraba con semejante metida de pata. Un error imperdonable que no había propiciado ella, afortunadamente, porque cuando había aterrizado en Estocolmo ese correo ya estaba designado, pero que debía comerse igualmente, porque la responsabilidad última estaba en sus manos.

Abrió el correo electrónico y escribió un informe somero a su jefa, explicándole que los clientes islandeses tenían razón porque, según sus fuentes, Adam Lundqvist había incumplido las normas básicas de “decoro” y responsabilidad como imagen de la empresa, y se había presentado en malas condiciones en su domicilio, suscitando la consabida incomodidad y la posterior desconfianza que, por suerte, los dos guardias de seguridad que lo escoltaban habían podido subsanar.

Le pidió que valorara el caso y tomara las decisiones pertinentes contando con su colaboración, y le mandó el correo de inmediato. Cerró el portátil y miró a Olivia, que la estaba observando en silencio y con mucha atención.

—Lo siento, pero no me queda más remedio que informar ahora mismo a Azra, es mi trabajo y no puedo consentir que algo así se vuelva a repetir.

—A mí me da igual.

—Si lo despiden, no lo decidiré yo, pero creo que alguien así, que en su primer trabajo serio se salta todas las normas y se presenta con resaca y sin ducharse en casa de unos clientes, no debería seguir trabajando con nosotros.

—Siendo hijo de quién es, no lo van a despedir.

—Yo no estaría tan segura, Samuel Lundqvist es un señor muy cabal.

—Sinceramente, este chico me preocupa más bien poco —Se levantó despacio y se estiró—. Yo he acabado por hoy, si no me necesitas para nada más, me voy al gimnasio y después a casa de Vivien.

—Claro y gracias por todo.

—Carolina…

—¿Qué?

—Magnus Mattsson, desde el jueves pasado, me ha pedido unas seis veces tu número de teléfono.

—¿No entiendo por qué? —Abrió otra vez el ordenador mostrando indiferencia y Olivia se lo cerró— ¿Qué haces?

—El tío solo intenta ser tu amigo, te ha llamado al despacho y no respondes a sus llamadas.

—No tengo tiempo para esto, en serio.

—Ya sé que se la tienes jurada por un asunto que pasó en la prehistoria con tu hermana, pero ya vale, cariño, no tenemos doce años.

—Con todos mis respetos, no creo que sea asunto tuyo.

—Soy tu amiga, sé que no eres rencorosa, que eres muy buena persona y que ese tío adorable, guapo y sexy, quiere acercarse a ti. No pienso mirar para otro lado y dejar que la cagues como lo hiciste con el capullo de Sten.

—¿Perdona?

—Todo el mundo te advirtió que lo de Sten Olsen iba a salir fatal, porque era un imbécil y no te merecía. Yo me callé entonces por respetar tu decisión y me arrepentí bastante después, así que ahora no me callaré. Magnus Mattsson es un tío de los pies a la cabeza y está interesado en ti, dale una puñetera oportunidad.

—No está interesado en mí. ¿De dónde sacas eso?

—Tengo ojos y tus amigas de la despedida de soltera me contaron lo que pasó en el Stampen, parece que saltaron chispas cuando os encontrasteis. Todo el bar se dio cuenta.

—Me parece tan infantil que a nuestra edad andéis cotilleado sobre estas chorradas que… mejor paso.

—Infantil tú, amiga mía, que te acojonas ante un tío que de verdad te pone cachonda.

—¡¿Qué?!

—No te ofendas tanto, es normal, Magnus tiene pinta de tener un polvo sublime.

—¡Olivia!

—Bueno, santa Carolina, mejor me voy.

—A mí no me puede poner un tío del que estuvo enamorada una de mis hermanas y que encima la hizo sufrir.

—Joder, vuelta la mula al trigo —Movió la cabeza impotente—. Tú misma, yo solo digo que la vida es muy corta para andar perdiendo oportunidades. Adiós.

Le dio la espalda y desapareció cerrando la puerta del despacho. Carolina se levantó y miró por la ventana la hermosa luz que bañaba Estocolmo a las cuatro de la tarde de un jueves de finales de mayo, cuando los días duraban diecisiete horas y ya se adivinaba el famoso sol de medianoche. Un fenómeno que empezaba en junio y que siempre llegaba con fiestas, festivales de música y mucha actividad social y cultural por toda Escandinavia.

Trató de concentrarse en eso y no pudo, porque los ojos celestes de Magnus Mattsson mirándola fijamente en el Stampen hacía una semana, apenas la dejaban respirar, porque apenas podía quitárselos de la cabeza.

Volvió al escritorio y se sentó en su silla respirando hondo para intentar centrarse en el

trabajo. Abrió el ordenador y en el correo electrónico vio que tenía otro mensaje suyo, y ya iban seis por los menos. Lo cerró sin leerlo, como no había leído ninguno de los anteriores, y se puso a trabajar como una loca, revisando propuestas, proyectos y leyendo los pendientes que se había dejado su antecesor, hasta que una hora más tarde volvió a pensar en Magnus Mattsson e inmediatamente perdió la concentración.

La pura verdad es que solo le bastaba distraerse medio segundo para que su mente volara otra vez hacia él, hacia sus ojos, sus manos, su sonrisa o su perfume, porque ese hombre, encima, olía de maravilla.

Según su terapeuta (la única persona a la que había llamado para contarle el episodio del Stampen) lo que le estaba pasando con Magnus Mattsson no era nada más que saludable atracción física. Algo que sería muy saludable para otros, podía entenderlo, pero no para ella, porque antes muerta que olvidarse de todo y enrollarse con él, que había destrozado la adolescencia de su hermana.

—Hola…

Contestó al móvil sin mirar y la voz que oyó al otro lado del teléfono la hizo espabilar de golpe.

—Hola, princesa.

—Aslan Yildirim, qué sorpresa, ¿cómo estás?

—Muy contento, porque me ha dicho mi hermana que ya has vuelto a Estocolmo y soltera. ¿Cuándo nos vemos?

—Pues… este fin de semana lo tengo libre.

Respondió al instante, pensando que ese turco guapísimo, el querido hermano de Azra, le venía de perlas para olvidarse de todo, y él se echó a reír.

—Genial, no esperaba que me dijeras que sí, pero ¿qué tal ahora? me han hablado de un sitio nuevo y estupendo en Östermalm.

—Está bien, ¿por qué no?, aunque no puedo quedarme hasta muy tarde.

—No importa, te llevaré a casa temprano.

—Estupendo ¿Dónde quedamos?

—Soy un caballero, te reojo dónde me digas.

—Estoy en la oficina, puedo ir andando a…

—No, señora, dame cuarenta minutos y me paso por allí.

—Vale, muchas gracias. Hasta ahora.

Le colgó con una sonrisa, porque ese hombre era muy majo y sabía que se lo pasaría muy bien con él, y se sintió más animada ante la perspectiva de hacer algo diferente y empezar a salir con chicos; sin contar con que su jefa se iba a alegrar muchísimo cuando se enterara de que al fin había aceptado ir a cenar con su hermano favorito.

Pensó en llamarla para contárselo, pero desistió cuando vio que ya era tarde y que la oficina se estaba quedando vacía. Apagó el ordenador, recogió su mesa, cogió su mochila y salió del despacho decidida a pasar por la tintorería antes de que llegara Aslan.

Bajó al *hall*, se despidió de los guardias de seguridad y salió a la calle poniéndose los audífonos del teléfono, aunque el gesto se le congeló a medio camino cuando vio nada menos que a Magnus Mattsson justo frente a la puerta principal, apoyado contra un coche y con las gafas de sol puestas.

—Carolina Clausen —Susurró con su voz ronca acercándose a ella.

—¿Qué haces tú aquí?

—Buenas tardes ¿qué tal estás?

—Buenas tardes… ¿Qué haces tú aquí? —Repitió con el corazón saltándole en el pecho.

—Quería verte y como no coges el teléfono de tu oficina, ni respondes a mis emails, he decidido cortar por lo sano. ¿Tu ayudante no te ha pasado mis mensajes?

—Estoy hasta arriba de trabajo, acabo de aterrizar y…

—Ok, vamos a tomar un café, necesito hablar contigo.

—Tengo cosas que hacer, lo siento, pero…

—Muy bien, te acompaño a dónde tengas que ir.

—Vale, un momento.

Se apartó de él y de la puerta de *Stockholms Auktionsverk,* y cuando estuvo fuera del alcance visual de sus compañeros de trabajo, se detuvo, se giró hacia Magnus Mattsson y lo miró a los ojos.

—No sé de qué quieres hablar conmigo y lamento mucho que vinieras hasta aquí, pero hoy no puede ser, si quieres, te llamo otro día y…

—No, no me llamarás y yo no puedo seguir esperando. —dio un paso y se le pegó al cuerpo hasta que ella retrocedió—. Acabo de volver de Australia ¿sabes? He volado ida y vuelta durante unas cuarenta y cuatro horas y no ha pasado ni un solo día, ni una sola hora, en la que no pensara qué me pasa contigo, qué te pasa a ti conmigo, y lo más importante: ¿por qué me resulta tan difícil superar esta barrera invisible, pero tan evidente, que interpones entre tú y yo?

—No sé de qué me hablas.

—Vamos, Carrie, parece que te he ofendido en algo. Háblame.

—Lo que no entiendo es este interés repentino por mí.

—No es repentino, ya me fije en ti en Río de Janeiro, lo que pasa es que tú no has dejado de tratarme como a un paria y yo no he sabido manejarlo. Llevo unos meses bastante desconcertado, tratando de comprenderte, pero creo que ya es suficiente, tengo treinta y ocho años y no me gusta perder el tiempo.

—Ok, mira, yo… mi herma…

—Si necesitas que hable con Erik —La interrumpió sonriendo—, lo haré. Igual quiere matarme por intentar salir con su hermana pequeña, pero lo soportaré y él lo acabará entendiendo. Somos amigos, sabe que soy un buen tío y seguro que quiere lo mejor para nosotros.

—¿Nosotros?

—Me gustas mucho, intuyo que yo también te gusto. Deberíamos darnos una oportunidad.

—¡Jesucristo! —Exclamó dando un paso atrás—. No doy crédito, en serio, te lo tienes muy creído, pero, bueno, vamos a dejarlo y que sepas que, aunque quisiera salir contigo, no necesito de la autorización o el visto bueno de mi hermano.

—Lo sé, lo siento, ha sonado un poco paternalista, pero…

—Vale, se me hace tarde, debería irme.

—No —La sujetó por el brazo y ella lo esquivó—. No suelo aceptar una negativa sin argumentos.

—¿Disculpa?

—No voy a rendirme tan rápido. Sé que tú sientes lo mismo que yo.

—¡¿Qué?! Yo jamás, ¿me oyes?, jamás saldría contigo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿No te acuerdas de mi hermana Amanda?, ¿de lo que pasó con ella?

—¿Con Amy?

—Sí, con Amy.

Cuadró los hombros y se le acercó frunciendo el ceño, provocando que el que retrocediera esta vez fuera él, decidida a cantarle las cuarenta de una vez por todas para poner las cosas en su sitio, porque, aunque a ella le apeteciera olvidarse de todo y saltar a sus brazos, existían principios y valores mucho más importantes que debía respetar, empezando por la lealtad y el amor hacia su hermana. Esa hermana a la que él había tratado fatal.

—¡Carolina!

Escuchó a su espalda junto con el sonido de un claxon y las palabras se le atragantaron en la garganta, se giró hacia la carretera y vio al guapísimo Aslan Yildirim llamándola desde su coche.

—Tengo que irme. Adiós, Magnus.

—A ver empezado por ahí.

Le dijo él metiéndose las manos en los bolsillos y señalándole a su amigo con la cabeza. Ella cerró los ojos y optó por ignorarlo. Le dio la espalda, corrió al coche y se subió sin mirar atrás, aceptando que era mejor así, que no valía la pena alterarse ni perder los papeles por él, ni por un hipotético romance que nunca, jamás, iba a pasar.

12

Era capaz de pilotar un Airbus con más de trescientos pasajeros, un helicóptero de rescate, un caza F-35 Lightning II, considerado el avión de combate más avanzado y eficaz del planeta, una avioneta cochambrosa por el sur de Marruecos o un jet privado de última generación. Lo podía pilotar todo, porque había nacido con el instinto y los nervios de acero necesarios para elevar cualquier cosa del suelo y volver a posarla en tierra sin pestañear.

Ese era su súper poder, lo había sabido desde los doce años, cuando había empezado a llevar planeadores sin motor o a ponerse a los mandos del avión privado de su abuelo Björn, y aquella certeza lo había conducido directo a la Fuerza Aérea Sueca, donde además de aprender a pilotar toda clase de aparatos, se había graduado como ingeniero aeronáutico y había alcanzado el grado de coronel como piloto de combate.

En resumen, siempre había sabido lo que había querido hacer, siempre había tenido una vocación clara que lo había librado de incertidumbres, dudas o de perder el tiempo, y esa filosofía la había aplicado, durante toda su existencia, a todos los ámbitos de su vida, empezando por el trabajo y acabando por las relaciones personales, incluidas las "románticas" o las "sexuales", donde siempre actuaba de forma directa, rápida y sin segundas intenciones.

Ese modus operandi le parecía, además, justo para todo el mundo, porque no solía marear la perdiz ni confundir a nadie, ni jugar con nadie. Él, en cinco minutos, a veces incluso menos, podía saber si alguien le gustaba o no, si le caía bien o, todo lo contrario, por lo tanto, a pesar de ser tachado por algunas personas como infranqueable o frío, Magnus Mattsson se sentía orgulloso de no haber alentado jamás falsas ilusiones o haber manipulado o utilizado malas artes con nadie.

El rollo "seductor" le sobraba bastante, nunca lo había necesitado y lo había despreciado toda su vida. No podía soportar las llamadas "artimañas" femeninas o masculinas, porque las maniobras subterráneas para conseguir enamorar a alguien o esos típicos tira y afloja entre parejas le parecían infantiles y estúpidos. No podía con ellos y, de hecho, constituían uno de los motivos principales por los que solía alejarse de una mujer.

Manipulación, tretas, control o celos, todo eso le parecía gravísimo y cualquier atisbo de ellos los cortaba de cuajo y para el resto de la vida. No había vuelta atrás.

A su edad ya tenía bien claro lo que no le gustaba y lo manifestaba desde el principio, como también solía tener muy claro lo que quería e iba a por ello de cabeza, sin perderse en florituras ni en paños calientes, como había hecho hacía dos semanas con Carolina Clausen.

Carolina Clausen, susurró, pensando en su cara preciosa, sus ojazos negros, el pelo oscuro y su tez blanca, que formaban un conjunto exquisito, porque además de ser muy guapa, era elegante y femenina, como una obra de arte.

Desde que la había visto en Nochevieja, en Río de Janeiro, se había quedado deslumbrado por esa luz espectacular que emanaba, y porque estaba buenísima, no lo iba a negar. Le había gustado al primer vistazo porque era su tipo al cien por cien, sin embargo, todo se había desmoronado ante su poca receptividad y simpatía, rasgos que habían ido empeorando en los consiguientes encuentros fortuitos que habían tenido en Nueva York, en casa de Erik, en Copenhague o en el Stampen.

Por supuesto, había llegado a pensar que era insufrible y había tratado de convencerse de eso porque encima era la hermana pequeña de Erik, por lo tanto, intocable. No obstante, como solía decir su madre: "no se le puede poner puertas al campo", y a él ya lo había pillado, y bien

pillado, en esa fiesta en Brasil, cuando había decidido llevársela a la cama nada más mirarla a los ojos.

En una situación normal, y con la evidente química que compartían, igual a esas alturas del año ya estarían viviendo juntos, o yéndose de vacaciones juntos, así de claro lo había visto después de su último encuentro en el Stampen.

Aquella noche había experimentado una revelación en toda regla y no solo mental, también física, y se había marchado a Australia dos días después sin poder quitársela de la cabeza. Una pequeña obsesión que solo había podido resolver como solía resolverlo todo: de cara y yendo al grano.

Lástima que ella no estuviera en su misma sintonía y lo acabara rechazando y dejando plantado en plena calle para irse en un coche hortera con un tío que él conocía perfectamente, porque se movían en los mismos círculos de Estocolmo.

—¿Magnus?, ¡Magnus!

Gritó de pronto su entrenador personal y él saltó, volvió a la realidad y lo miró sacándose los audífonos para prestarle atención.

—Basta de cardio, colega, llevas una hora corriendo.

—No me había dado cuenta —observó cómo se detenía progresivamente la cinta y bebió un gran trago de agua.

—Si quieres puedes bajar a nadar a la piscina, pero para mí ya es suficiente. Hemos hecho hora y media de Crossfit, media de pesas y una hora de cardio.

—Y ha estado genial —Cogió la toalla, su móvil e hizo amago de irse, pero Ron lo detuvo por el pecho.

—Las dos chicas del fondo son americanas y quieren invitarte a cenar. Dicen que un trío con un auténtico vikingo es su fantasía por cumplir en Suecia.

—Dales las gracias, pero no estoy disponible. Hasta mañana.

Le palmoteó el hombro y se fue andando despacio hacia los vestuarios, se despidió de las americanas con la mano y se perdió entre los pasillos preguntándose qué le estaba pasando para no aceptar semejante invitación, encima siendo sábado.

Se metió debajo de la ducha decidiendo llamar a alguna de sus amigas para salir esa noche a cenar o ir directo a la cama, e inmediatamente recordó algo que había intentado ignorar todo el día: el cumpleaños de Olivia, la mejor amiga de Carolina Clausen, que iba a celebrar esa misma noche una gran fiesta en el piso que compartían en Östermalm, a solo tres manzanas de su casa.

Olivia, que era una chica estupenda y que salía con Vivien Andersson, una auxiliar de vuelo de su compañía, lo había invitado verbal y por escrito a su fiesta de cumpleaños, pero él había declinado la invitación alegando otros compromisos. En realidad, había decidido no ir para no incomodar a Carolina, y para no incomodarse él, porque dudaba que pudiera soportar verla con Aslan Yildirim. Un tipo que, por otra parte, se había acostado con al menos diez de sus amigas.

—¿Qué pasa, coleguita?, ¿va todo bien?

Saliendo del gimnasio, devolvió una llamada perdida de Álex, que estaba con Leo en un campamento de fútbol en Barcelona, y él le respondió muy contento, cosa que lo tranquilizó de inmediato.

—Estamos bien, solo te queríamos pedir pasta.

—¿Para qué queréis pasta?, vuestro padre os ha cubierto todos los gastos.

—No estos —Intervino Leo quitando el móvil a su hermano—. Van a ir todos al cine y a cenar y necesitamos al menos veinte euros cada uno.

—Vale, os mando una transferencia al móvil, pero me extraña que Leo y Paola os hayan

dejado sin dinero.

—Nos dieron ciento cincuenta euros a cada uno para quince días y hemos ido al Burger, a la pizzería, a una heladería, a comprar cromos y ya no tenemos nada. Papá dice que no sabemos administrarnos y que deberíamos empezar a hacer trabajillos para ganar nuestro propio dinero.

—Y tiene toda la razón.

—Trabajaremos cuando lleguemos a Italia, cuidaremos del jardín y de la piscina de casa, pero ahora estamos tiesos.

—Madre mía —soltó una carcajada—. Está bien, os mandaré cien euros, pero me devolveréis la mitad con vuestro curro en el Lago Maggiore. ¿Estamos de acuerdo?

—¡Gracias, Magnus!

—De nada, por lo demás ¿qué tal?

—A Álex le gusta una chica española, pero no se atreve a ni a mirarla. Le tiene miedo.

—¡No es verdad! —Gritó Alex ofendido.

—¿Por qué le tiene miedo?

—Porque es la mejor del equipo y no le hace ni caso.

—No es eso, es que no sé hablar bien en español.

—Alex, no hace falta hablar bien en español, inténtalo con el italiano, que se le parece, o con el inglés o simplemente con gestos. No te cortes, hombre, seguro que le gustas.

—Para ti es fácil decirlo.

—Venga, tenéis trece años, hay que empezar a ser valientes si la causa vale la pena. A todo el mundo le gustan las personas con valor y las ideas claras.

—Vale.

—Muy bien, ahora os mando la transferencia, no os la gastéis en una sola noche porque todavía os quedan cuatro días allí.

—Nooooo y gracias.

—Os quiero y cuidaos. Adiós.

Les colgó sonriendo, muy orgulloso de los dos, porque eran unos chavales estupendos, y llegó al portal de su casa andando, casi en seguida. Entró en el ascensor enviándoles dinero al móvil y después miró la hora decidiendo a quién podía llamar para pasar la noche del sábado, aunque, de repente, sopesó lo que le acababa de aconsejar a su hermano de trece años y movió la cabeza sorprendido, porque él estaba haciendo justamente lo contrario.

Por primera vez en su vida estaba huyendo de una situación incómoda, como la posibilidad de ver a la chica de sus sueños acompañada por otro hombre, y eso no le pegaba nada. Aquello era una puñetera cobardía y él podía ser muchas cosas, pero nunca cobarde, así que entró en casa, se fue directo al vestidor para cambiarse de ropa y media hora después salió con dos botellas de vino camino del cumpleaños de Olivia.

13

—¿Es jamón serrano de verdad?

Le preguntó una amiga española en castellano, cogiéndola por la cintura, y Carolina le respondió afirmativamente, acercándole la bandeja con jamón.

—Sí, como Vivien es azafata, ha traído un montón de Madrid.

—Qué suerte.

—También ha traído vinos y muchos quesos.

—Nos pondremos la botas, a pesar de la mala fama de estos suecos.

Bromeó Beatriz guiñándole un ojo y Carolina se apartó de ella muerta de la risa, reconociendo que, la fama de los suecos como malos anfitriones era cierta, porque normalmente esperaban que llevaras a sus fiestas hasta el vino que te pensabas tomar. Afortunadamente, ese no era su caso, porque ella se había criado con abuelos y una madre chilena, es decir, en medio de una familia extremadamente acogedora y generosa, con lo cual, esa noche había insistido muchísimo en la idea de olvidar las costumbres locales para centrarse en ser atentas y espléndidas con sus invitados. No en vano, estaban celebrando a lo grande el trigésimo cuarto cumpleaños de Olivia.

Entró en la cocina y sacó de la nevera las dos tortillas de patatas que habían llevado Beatriz y Paco, unos botes de aceitunas y las anchoas de Santoña que habían encontrado en un supermercado cerca de casa.

Colocó todo en la encimera y se entretuvo en organizar los platos como solía hacer su madre, hasta que alguien entró en la cocina y la sobresaltó.

—Estás guapísima, Carol, me encanta tu vestido.

—Muchas gracias, Vivien, lo mismo digo.

—¿Cuándo vas a dejar de currar y vas a salir al salón a divertirte?

—Me lo estoy pasando bien, me encanta atender a la gente, es una manía que tenemos en mi familia.

—Me ha contado Olivia que tu familia materna es originaria de Chile. En mi barrio había dos familias chilenas también.

—No me extraña, Suecia dio asilo político a más de diez mil chilenos exiliados desde 1973. Mis abuelos llegaron a Estocolmo a mediados de 1974, cuando mi madre tenía dieciséis años.

—¿Y nunca volvieron allí?

—A vivir no, aunque muchos amigos sí regresaron, mis abuelos no quisieron, principalmente porque mi madre se casó con mi padre, que es danés, mi tía se casó con un sueco de Uppsala y las dos hicieron su vida aquí. Solo hemos ido de vacaciones.

—¿Y tú hablas castellano?

—No tan bien como me gustaría, pero algo sé, por eso hice el Erasmus en Madrid.

—Guau, adoro Madrid, Sevilla, Ibiza, Menorca y sobre todo Tenerife —se le acercó para hablarle bajito—. Mi exnovia, con la que estuve seis años, es de Tenerife, por eso me pone mucho que me hablen en castellano.

—¿En serio?, pues allí fuera tienes a varias personas hablando en español.

—Ya, no se lo digas a Olivia o me encerrará en el cuarto de baño —se echó a reír—. Es súper celosa, algo no muy recomendable si sales con una auxiliar de vuelo.

—No es celosa, solo busca seguridad y confianza, como todo el mundo.

—¡Chicas! —Las interrumpió Olivia muy animada desde la puerta de la cocina y las dos se

giraron para observarla—. Mirad quién se ha dignado a venir a mi fiesta de cumpleaños.

Estiró el brazo y tiró de alguien que a Carolina se le hizo visible como en un sueño, porque no se lo esperaba para nada allí y porque encima iba espectacularmente guapo. Parecía un actor de cine, tan alto y tan sexy, con sus ojazos celestes, sus vaqueros clásicos y su camisa blanca abierta hasta el tercer botón: Magnus Mattsson con la mejor de sus sonrisas.

Sin querer saltó y se volvió hacia la encimera para seguir organizando sus platos con aperitivos, haciendo un esfuerzo titánico por parecer tranquila, por ocultar la desazón, y a la vez la algarabía, que le provocaba verlo, hasta que oyó como Vivien lo saludaba y se lo llevaba de vuelta al salón, como si le leyera el pensamiento, como si hubiese adivinado que, si no lo apartaba de su vista ya, acabaría con un soponcio en el suelo.

—Carol, es mi cumple —Olivia se acercó—, por favor, sé amable con él, sé que puedes serlo. Normalmente eres adorable, y él también lo es.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. ¡Guapa! —Le dio un cachete en el trasero—, que estás muy guapa.

La dejó sola y ella terminó los apetitivos con los dedos temblorosos, sin poder controlarlo, porque ese tío, que hacía dos semanas le había pedido salir a su manera (poniéndola en una situación realmente incómoda) seguía ocupando sus pensamientos y sus preocupaciones, sus célebres comidas de coco.

¡Maldita sea!, masculló furiosa, sin encontrar otra cosa que hacer en la cocina, y finalmente decidió salir al salón y enfrentarse a la cruda realidad: era una adulta con el control de sus actos y ese individuo, por muy bueno que estuviera, por muy sexy y por muy lanzado que fuera, no le iba a arruinar la noche. Faltaría más.

Se acercó a la mesa del comedor para dejar los platos con la comida y de reojo lo vio rodeado de chicas y con una cerveza en la mano, iluminando la terraza que tenían abierta, porque junio les estaba regalando unas noches muy cálidas.

Pasó por la barra que habían improvisado junto al pasillo y saludó a Betty, la amiga de Olivia que se había ofrecido como barman. Le ofreció ayuda, pero ella le dijo que no necesitaba nada, así que le pidió una copita de vino blanco y se fue a saludar a Gustav y a otros amigos del trabajo preguntándose cómo era posible que Magnus Mattsson, que debía tener todas las opciones del mundo una noche de sábado en Estocolmo, hubiese decidido acudir a una sencilla y nada glamurosa fiesta de cumpleaños.

De hecho, que ella supiera, había declinado la invitación nada más recibirla, con lo cual, era muy raro que estuviera allí, y lo observó desde lejos mucho rato, comprobando que parecía encantado y en su salsa, totalmente integrado con sus amigos después de haberse metido a medio público femenino en el bolsillo.

Típico, musitó, dándose cuenta de que ni él ni su vida eran asunto suyo, y de que como amigo de Olivia y de Vivien, tenía tanto derecho a estar allí como los demás, por lo tanto, más le valía pasar y dejar de prestarle atención mientras le fuera posible.

—Carolina Clausen.

Un par de horas más tarde, cuando ya había conseguido ignorarlo, al menos parcialmente, porque era imposible ignorar del todo a semejante monumento escandinavo, apareció de la nada y le susurró el nombre al oído, desatando un escalofrío monumental que casi la hace perder el equilibrio.

—Magnus Mattsson —respondió en el mismo tono, girando para mirarlo a los ojos.

—Gran fiesta, todo está delicioso.

—El mérito no es solo mío, pero muchas gracias.

—Olivia dice que el mérito es todo tuyo —Observó a su alrededor, metiéndose las manos en los bolsillos—. Este piso es muy bonito y muy grande para estar en Östermalm.

—Lo es, la abuela de Olivia lo alquiló en los años cincuenta.

—¿Renta antigua?, qué interesante, creía que ya no existían en Estocolmo.

—Ya ves que sí.

—¿Dónde está tu amigo Aslan Yildirim? —Preguntó directamente y ella se cruzó de brazos —. Sé quién es, nos movemos en los mismos círculos.

—Eso me ha dicho.

—¿Qué más te ha dicho?

—Nada más.

—¿No viene al cumpleaños?

—¿Por qué?, ¿querías saludarlo?

—No te pongas a la defensiva, Carrie, solo estoy preguntando.

—No me pongo a la defensiva, y no, no viene al cumpleaños. Creo que está en Turquía.

—¿Crees?

Le sostuvo la mirada y él entornó los ojazos celestes con suspicacia, cómo queriendo leer su mente, pero ella no se lo permitió y se apartó señalando la cocina.

—Disculpa, hora de sacar la tarta.

Caminó hacia la cocina, sintiendo su presencia contundente pegada a la espalda, sin embargo, no hizo caso y llamó a Vivien con la mano para que la ayudara con los platos y las velitas. Se acercó a la nevera para coger la tarta y él se apoyó en la encimera que estaba justo al lado.

—¿Vas en serio con Yildirim?. Sí o no, es una pregunta muy sencilla.

—No creo que sea asunto tuyo, Magnus.

—Claro que es asunto mío.

—¿Perdona? —Puso la tarta sobre la mesa y lo miró con las manos en las caderas

—Tú me gustas y quisiera saber qué terreno estoy pisando.

—El terreno de saber si tú me gustas a mí —contestó enfadada—. Podrías empezar por ahí.

—¿Te gusto?

—Te dejé bien claro que nunca saldría contigo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Madre mía…

—Te advertí que no suelo aceptar una negativa sin argumentos. No pienso rendirme tan fácilmente.

—Te di argumentos, aunque no tendría por qué darte explicaciones.

—No los entendí.

—¿En serio?, ¿para esto has venido a la fiesta de Olivia?, ¿para dar un poquito la lata?

—No, he venido porque quería verte.

—¿Interrumpo?

Vivien se asomó a la cocina tímidamente y Carolina se lo agradeció y se dedicó a poner las velitas y a encenderlas mientras ella preparaba los platos de cartón y los tenedores, pidiendo a Dios que el pulso no le fallara, porque no quería que se dieran cuenta, en realidad, que Magnus Mattsson se diera cuenta, del efecto que tenían sus palabras, su ímpetu y esa forma tan directa e intensa de decir las cosas.

—Vale, ya está, apagad las luces, por favor.

Se llevó la tarta con las velas encendidas al salón y la gente se puso a cantar cumpleaños feliz hasta que Olivia sopló las velitas. Entonces, encendieron las luces otra vez y continuó la fiesta

con música de salsa y bachata, que eran las favoritas de la cumpleañera, montándose un pequeño jaleo que Carolina esquivó con elegancia, apartándose sigilosamente para perderse por el pasillo hasta su habitación, donde decidió encerrarse un rato para recuperar el aliento, centrarse y no emocionarte tanto con la segunda declaración de intenciones de Magnus Mattsson.

Una “declaración” que, en otra vida, en otro mundo, hubiese recibido comiéndoselo a besos, porque no era de piedra, ni idiota, y podía reconocer que le gustaba una barbaridad, que la estaba empezando a volver loca, y que se moría por un abrazo suyo.

—¿Carrie?

Oyó que preguntaba tocando la puerta y ella se quedó en absoluto silencio esperando a que se marchara, pero no lo hizo y, antes de poder saltar y cerrarla con llave, él la entornó y se asomó dentro del dormitorio buscándola con los ojos.

—¿Qué quieres ahora, Magnus?

—Ya me iba, ¿estás bien?

—Sí, gracias, solo un poco cansada.

—Ok. Mira —entró y cerró a su espalda—. No soy un acosador, ni quiero incomodarte. Siento haberme pasado un poco, siento si te he molestado. Solo he querido ser sincero contigo ¿lo entiendes?

—Vale.

—No estoy muy acostumbrado a evitar los problemas o a esconderme hasta que se solucionen solos. Yo soy de los que dan la cara y van de frente

—Vale —Repitió poniéndose de pie y se le acercó para mirarlo a los ojos—, pero no quiero seguir hablando de esto.

—No prometo nada —sonrió, iluminando la casa entera y ella suspiró—. Es broma, no volveré a decirte nada, nunca más, si con eso consigo que seamos amigos.

Carolina asintió, recorriéndolo con los ojos, sintiendo como el corazón se le salía del pecho y le bombeaba muy fuerte contra los oídos; como todo su organismo empezaba a reaccionar, como sus músculos se empezaban a mover sin obedecerle y como, de repente, sin pensarlo, estaba pegada a él acariciándole la mejilla.

No dijo nada, él tampoco, solo se sostuvieron la mirada en la penumbra, ella percibiendo que se estaba disolviendo por dentro, que estaba a punto de rendirse y que ya no le importaba nada.

Se puso de puntillas, lo sujetó por el cuello y lo besó.

Primero un beso ligero, deleitándose en su aliento caliente pegado al suyo, sus labios suaves, sus manos bajando por sus caderas, hasta que no se pudo seguir conteniendo y le mordió la boca, le separó los labios y lo besó saboreando su lengua experta y caliente.

Se aferró a sus bíceps y se lo llevó hacia la cómoda que había junto a la puerta, se apoyó allí y le abrió la camisa a mordiscos, completamente ciega de lujuria, lamiendo su pecho perfecto, tan liso y templado, recreándose en sus tatuajes, en su perfume, en su aroma increíblemente varonil, aceptando que si no la penetraba de una vez se iba a morir o se iba a desmayar de la desesperación.

Magnus Mattsson, que, obviamente, tenía más experiencia que ella, y que todos los tíos con los que había estado a lo largo de su vida, pareció leer perfectamente su cuerpo y le subió el vestido con pericia. Se lo sacó por la cabeza lamiéndole los pechos y los pezones, con ansiedad y con hambre, y, finalmente, rompió sus braguitas, le elevó los muslos con esas manos grandes y enérgicas que tenía, y la penetró haciendo que gimiera y se asiera a su cuerpo hermoso y fuerte con toda su epidermis revolucionada.

Era enorme y vehemente, un poco salvaje, y sintió que se iba a desintegrar mientras él la

embestía con pasión, guiándola hacia unos confines desconocidos, y se entregó como nunca, sonriendo cuando no lo estaba besando, hasta que llegaron juntos a un clímax perfecto y desatado que la hizo soltar una carcajada con los ojos llenos de lágrimas.

14

Un mes después

—Carrie, hijita, toma un poco de zumo, no has comido nada.

Su madre se le acercó con el abanico en la mano y le entregó un vaso enorme de zumo de piña con hielo.

—Gracias.

—No comes nada, cualquier día desapareces.

—He comido poco, porque con este calor no hay quién coma, pero he comido.

—¿Crees que no te observo?, aunque tengáis sesenta años, si sigo viva, os seguiré vigilando.

—Mamá…

—Ay, virgen santa —se quejó ella desplomándose en una tumbona—. Nosotros no tenemos cuerpo para estas temperaturas. Oye bien lo que te digo, Carrie, este es el último año que venimos a Mallorca de vacaciones.

—Llevas diciendo eso diez años.

—Esta vez va en serio, el cambio climático nos tiene achicharrados. ¿Te has tomado el zumo?, venga, que yo te vea.

Carolina resopló y se tomó el vaso de zumo de un trago. Su madre le sonrió y luego cerró los ojos con la intención de echarse una siesta frente al mar, aunque seguramente estaría mucho mejor dentro del apartamento con el aire acondicionado a tope, pensó ella mirando hacia la playa de Port Pollensa, al norte de Mallorca, donde sus padres tenían un apartamento de cuatro habitaciones que habían comprado en los años ochenta, cuando ella ni siquiera había nacido.

Estiró la mano para coger su libro y ponerse a leer, pero no pudo concentrarse. Lo dejó en la mesilla y trató de dormir como su madre, pero tampoco tuvo éxito, así que se levantó de un salto y decidió bajar a la playa para nadar o caminar, o para hacer cualquier cosa que la distrajera y la alejara del dormitorio y de la cama, donde se había pasado medio encerrada desde que había pisado España.

Se puso el bikini y un pareo, las gafas de sol y una gorra, cogió una toalla y abrió la puerta principal sin hacer ruido, porque tanto su padre como su hermana Amanda y su familia, estaban en las habitaciones descansando tras una alegre mañana de playa y una gran comida familiar. Lo de costumbre cuando se encontraban de vacaciones en Mallorca.

Salió al rellano y bajó al portal por las escaleras, llegó a la calle, la cruzó y se dirigió a la playa con la intención clara de no pensar en nada, de no torturarse más. Pisó la arena, tiró la toalla, escondió las gafas y el móvil debajo, y corrió para meterse de un salto en ese mar templado y tranquilo que solía regalarle muy buena energía; que era justamente lo que necesitaba en ese momento.

Se entretuvo en nadar y nadar mucho rato, hasta perder la noción del tiempo, hasta que los ojazos celestes y llenos de reproche de Magnus Mattsson le volvieron a la mente y entonces se le paralizó el pulso. Ahogó un sollozo y se echó a llorar.

Nunca en su vida se había arrepentido tanto, tanto de algo como de haberse acostado con él; de haber sido capaz de perder el control y el sentido común entre sus brazos, y no solo una vez de pie y contra un mueble de su habitación, no, porque al final habían acabado en su precioso piso de Östermalm una noche entera, haciendo el amor como locos, comiendo helado de madrugada y besándose como si no hubiese un mañana.

Todo había empezado tras echar el mejor polvo de su vida con el tipo más guapo y sexy del planeta. Aquella aventura loca, que podría haberse quedado en eso, en un affaire en medio de una fiesta de cumpleaños, se había complicado cuando él la había besado despacito y mucho rato tras el mejor orgasmo de la historia, y le había propuesto, entre beso y beso, entre caricia y caricia, dejar la fiesta para disfrutar de la intimidad de su casa.

Ella, completamente borracha de oxitocina, y de otras hormonas similares, había accedido, porque en realidad, nunca nadie la había tratado así, ni la había hecho sentir así de deseada y especial, tan sensual, ni siquiera Sten, en teoría su pareja más seria, por lo tanto, se había entregado a la pasión, se había vestido y lo había seguido ciega, bien cogida de su mano, hasta su espectacular ático a tres manzanas de su casa. Una vez allí, se había desatado la lujuria compartida más intensa y divertida de su existencia. La mejor noche, la más completa, la más increíble. Esa que no olvidaría jamás.

Desgraciadamente, nada era perfecto y la oxitocina y toda aquella maravillosa excitación se habían desvanecido a la mañana siguiente, cuando había despertado en su cama, desnuda y agotada de tanto amor, y entonces la cabeza se le había iluminado y le había provocado un clic gigantesco que la había devuelto, en cuestión de segundos, a la realidad y sus circunstancias.

En ese momento, solo había querido huir y no verlo nunca más, porque sabía que nunca más podría mirarlo sin desearlo y quererlo, y se había levantado con sigilo al comprobar que él no estaba en la cama y que esa ausencia le estaba regalando un tiempo precioso para ducharse, vestirse y salir pitando.

Todo había pasado muy rápido, como en una película, pero nunca podría olvidar la cara de Magnus cuando había salido del dormitorio para marcharse y se lo había encontrado en su hermosa terraza acristalada desayunando; cuando no le había quedado más remedio que ponerse delante de él para anunciarle que todo aquello era un error gravísimo y que no pensaba volver a verlo.

—Hola, cielo —Le había dicho él con una enorme sonrisa, estirando la mano para abrazarla, y ella había dado un paso atrás— ¿Qué pasa?, ¿estás bien?

—No mucho, la verdad.

—¿Por qué? —Se había puesto de pie preocupado y ella había retrocedido un poco más.

—Me ha encantado estar contigo, Magnus, eres adorable y yo… me gustas muchísimo, pero esto ha sido un error terrible y no se va a repetir.

—¿De qué estás hablando?

—De que yo no debería estar aquí. Jamás debí cruzar la línea y acostarme contigo. Sé que me entiendes.

—No, no entiendo nada.

—Yo…

—¿Qué ocurre?, ¿estás saliendo con otra persona?, ¿con Aslan Yildirim?

—¡No!, no salgo con nadie y menos con Aslan.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Yo… —se había puesto las manos en las caderas para envalentonarse y él había entornado los ojos—. Es por Amanda, mi hermana… yo jamás podría hacerle daño o hacerla sufrir. De hecho, no sé ni cómo debería afrontar todo esto con ella… no sé si debería contárselo por teléfono, ir a verla a Londres o…

—¿Qué pinta Amanda aquí?

—Fue muy duro para ella lo que pasó cuando erais adolescentes.

—¡¿Qué?! —Exclamó moviendo la cabeza— ¿Qué tiene que ver aquello con nosotros

veinticinco años después?

—¿Cómo que qué tiene que ver?, ¡es mi hermana!

—¿Y?, nosotros somos nosotros, nos hemos encontrado y al fin hemos conseguido estar juntos —se le aproximó buscando sus ojos y ella retrocedió—. Ha sido la bomba, Carrie, sé que para ti también, no podemos dar la espalda a esto, estoy loco por ti.

—Mi hermana está por encima de todo y no pienso complicar más las cosas. Ya la he fastidiado bastante.

—No entiendo nada.

—No hay mucho que entender, ella es mi familia, tú no representas nada bueno para ella y yo la voy a respetar.

—¡¿Que yo no represento nada bueno para ella?!, ¿qué coño estás diciendo?. Amy y yo siempre fuimos muy buenos amigos.

—Hasta que todo se torció y a ella se le arruinó la adolescencia —resopló—. No sé si Erik te lo habrá contado, pero deberías saber que le costó muchísimo remontar tras la primera gran decepción sentimental de su vida.

—Esto es absurdo.

—Para mí no y por eso… mejor me voy.

—Estás cometiendo un gran error, Carolina.

—Yo creo que no.

Lo había mirado por última vez, había visto sus ojos indignados e impotentes, llenos de reproches, le había dado la espalda y había salido de su casa sin mirar atrás. Hecha polvo y destrozada por haberse acostado con un hombre del que había estado enamorada una de sus hermanas.

Un mes después, seguía sin dormir bien y llorando a todas horas, porque sabía que la había fastidiado dejándose llevar por sus instintos y su mala cabeza, pero lo que de verdad le dolía era la puñetera injusticia de haber conseguido tocar el cielo con los dedos para después tener que abandonarlo.

Aquello era una auténtica putada, no tenía otro nombre, y estaba rota, frustrada y a veces furiosa, sin embargo, había seguido adelante cumpliendo en el trabajo, en casa, con sus amigos y con su familia, e incluso había sucumbido a las súplicas de sus padres y no había anulado sus vacaciones anuales en Mallorca. El único momento del año, aparte de las navidades, en el que podían coincidir los hermanos y disfrutar de algún tiempo libre juntos.

Como muchas familias, sus padres hacían malabares cada año para organizar las estancias en el piso de la playa, para estar todos cómodos y a gusto, y ella, que no tenía ánimo ese año para andar de vacaciones, no había podido escaquearse, ni evitar los ruegos de la propia Amanda, que la había llamado varias veces para decirle que la echaba de menos y que todos querían verla.

Amanda, susurró saliendo del agua, era urgente hablar con ella cara a cara y contarle lo que había pasado con Magnus Mattsson o acabaría volviéndose loca.

Su adorada hermana, la melliza de Erik, su ojito derecho, su eterna cómplice, era un sol de persona. Una hija, una hermana y una madre espectacular. Representaba en muchos aspectos, todo lo que ella había querido ser siempre: una mujer de mundo, una profesional de éxito, una madre realizada y presente. La admiraba, además de quererla, y si pretendía seguir manteniendo una relación saludable con ella, debía sincerarse y decirle lo que había pasado con el primer amor de su vida.

Se envolvió en la toalla, respiró hondo y caminó decidida hacia su edificio, subió los escalones de dos en dos y cuando entró en el piso se encontró a sus sobrinos y a sus padres

preparando la merienda.

—¿Amy no se ha levantado? —Preguntó dándole un beso a cada uno y su padre la miró.

—Sí, claro, está en su cuarto, reunida por videollamada con alguien del trabajo. ¿Sabes que Andrew ha conseguido reserva para todos en el Zaranda?

—Vaya, qué suerte.

—Ve a ducharte, Carrie, estás llenado la casa de arena.

La regañó su madre y ella asintió y se fue a su habitación, entró en el cuarto de baño para darse una ducha rápida, rezando para que hablar con Amy no se convirtiera en una tragedia, para que fuera capaz de encontrar el tacto y las palabras adecuadas para hablar con ella, y cuando salió secándose el pelo con una toalla, se la encontró con un vaso de refresco esperándola en la terraza.

—Hola, peque —La saludó en español y Carolina se le acercó con una sonrisa— ¿Me estabas buscando?

—Sí, quería…

—Genial, así me escaqueo un poco de tanto jaleo —la interrumpió, desplomándose en una butaca—. Siempre me ha gustado este cuarto, creo que es el mejor de la casa. Qué bien lo pasábamos cuando dormíamos las tres aquí, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, me disfrazabais de todo.

—Es que eras tan guapa, cariño, una preciosidad —Suspiró—. La abuela Tere decía que eras como una muñequita de porcelana.

—La abu nos veía a todas maravillosas.

—Y tenía razón. Mírate ahora, eres un pibonazo —Giró la cabeza y la observó de arriba abajo con mucha atención— ¿Qué te pasa?, ¿estás bien?

—Bueno…

—¿Mal de amores?, ¿no habrás vuelto con el impresentable de Sten?

—¡No!

—¿Sabes que se ha mudado a Londres?, se supone que vive con Samantha Cameron en alguna urbanización de esas aburridísimas.

—No tiene nada que ver con Sten, ya ni me acordaba de él.

—Muy bien, porque tanto él como su novia son unos snobs, uno insoportables. Andrew y yo pensamos que eran iguales cuando la conocimos a ella y por eso no dejamos que tratara a Andy.

—Amy… —se le sentó delante y la miró a los ojos—. Tengo que decirte algo, algo muy gordo que llevo días queriendo contarte.

—¿Qué ha pasado?, ¿no estarás embarazada?

—No, no se trata de eso, se trata de Magnus Mattsson.

—¿Magnus? —Preguntó, frunciendo el ceño— ¿Qué pasa con él?, hace mucho tiempo que no lo veo.

—Pues… yo sí lo veo… coincidimos en enero en Río de Janeiro, en Nochevieja, y… y desde entonces, no sé cómo, pero empezamos a coincidir en todas partes y… aunque he hecho todo lo posible por alejarme de él, pues… no…

—¿Qué?

—Me he acostado con él.

Se hizo un silencio atronador y Carolina tragó saliva y se quedó quieta, incapaz de mirarla a la cara, hasta que Amanda soltó una carcajada.

—¡No me lo puedo creer!

—Yo tampoco, pero…

—¿Vais en serio?, porque Magnus es un partizado. ¿Se lo has dicho a papá y mamá?, ¿a Erik?

—¿Eh? —Parpadeó confusa.

—Erik siempre ha sido súper protector con nosotras y, al fin y al cabo, él es su mejor amigo de la infancia y tú eres su hermanita pequeña, deberías contárselo antes de que se entere por otro lado.

—¿Y a ti no te molesta?

—¿Por qué me iba a molestar? Conocemos a Magnus de toda la vida y es perfecto para ti. Menuda pareja hacéis.

—Vaya por Dios.

Se puso de pie y caminó por la terraza con las manos en las caderas, sin entender nada. Se detuvo mirando hacia la playa y luego se giró hacia su hermana para escrutarla con los ojos entornados.

—¿Me has oído bien?, se trata de Magnus Mattsson.

—Claro que te he oído bien, cariño.

—¿Y de verdad no te importa?

—Mientras se porte bien contigo, ¿por qué me iba a importar?

—¿Por lo que pasó cuando teníais catorce o quince años?

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué?, ¿no te acuerdas de ese verano…?

—Joder… —Amanda la interrumpió moviendo la cabeza—. Lamentablemente, me acuerdo más de lo que me gustaría, Carrie, pero: ¿qué tiene que ver Magnus con todo eso?

—Te enamoraste de él, él pasó de ti y te hizo mucho daño. Recuerdo perfectamente las largas charlas de sus padres con los nuestros, el fin de esa amistad. Estabas hundida.

—Fue así, pero yo no me enamoré de Magnus.

—¿Cómo dices?

—Magnus, en aquel tiempo, cariño, era un crio para mí, era como mi hermano. Del que me enamoré fue de Björn, su tío de veinte años al que, cuando perdió a su padre, yo acosé y estuve a punto de meter en un lío considerable.

—¡¿Qué?!

—Te acordarás de que viajábamos mucho juntos. Agnetha y Leo nos invitaban a todas partes y yo, desde el principio, empecé a beber los vientos por Björn Pedersen, el hermano pequeño de Agnetha. Él era perfecto, guapísimo, sexy y, encima, siempre que nos acompañaba, se portaba genial con nosotros, con todos nosotros, aunque yo creía que solo conmigo.

Se pasó la mano por la cara sonrojándose un poco y tomó un sorbo largo de su refresco antes de volver a hablar.

—Ese verano que tú recuerdas, murió repentinamente su padre y Agnetha decidió llevárselo con nosotros al Lago Maggiore. El pobre estaba muy unido a su padre y su muerte, que lo había pillado lejos, lo destrozó. Llegó a Italia hundido y yo, que me moría por sus huesos, no respeté ni su dolor ni nada y me pegué a él como una lapa. Me pasaba los días acosándolo, persiguiéndolo, adorándolo, una tarea inútil, porque él se mostraba distante y frío conmigo, hasta que una noche, desesperada, no se me ocurrió nada mejor que colarme en su dormitorio para confesarle mi amor eterno.

—¿En serio?

—Lo que oyes. Me metí directamente en su cama y él montó un tremendo escándalo. En cuestión de segundos parecieron Agnetha y Leo y trataron de templar los ánimos y consolarme,

porque por supuesto a mí me dio un ataque de llanto de la pura vergüenza, y al final, al día siguiente, no les quedó más remedio que llamar a papá y mamá y ellos decidieron que nos mandaran a Erik y a mí de vuelta a Estocolmo. Y eso no fue todo…

—¿Ah no?

—No. Una par de semanas después, mamá me sentó en el comedor con Agnetha y las dos me explicaron que Björn era un universitario de veinte años, por lo tanto, mayor de edad, y yo una cría de quince, menor de edad, y que ese tipo de "situaciones", como la que yo había provocado en el Lago Maggiore, estaban penadas por la ley. Se llamaba estupro y podían perjudicar gravemente a Björn. Fue muy instructivo y desagradable.

—Madre mía.

—Con los años, he entendido que solo querían protegerme, y que Agnetha pretendía salvaguardar el buen nombre de su hermano, el flamante heredero de Industrias Pedersen, y, de paso, prevenir algo en lo que solo piensan los ricos.

—¿El qué?

—Una posible demanda. Ella era una mujer estupenda y generosa, pero también práctica y tenía que velar por el bienestar de su familia. Nosotros, por supuesto, no íbamos a hacer nada, porque todo había sido culpa mía y no los íbamos a perjudicar, pero es cierto que no todo el mundo es igual de honesto y una mínima filtración, un rumor o cualquier cosa que afectara a Björn en ese sentido, podría haber generado un problema legal enorme. Hoy por hoy, yo haría lo mismo.

—Increíble.

—Increíble es que tú te acuerdes de algo si tenías ocho años.

—¿Cómo no me voy a acordar si te pasabas los días encerrada y llorando? Estabas enfadada con todo el mundo, me ignorabas y luego vivieron los problemas alimenticios, las terapias, los llantos de la abuela…

—Yo sufría porque me moría de amor por Björn Pedersen y no podía verlo, porque papá decidió que no íbamos a viajar más con esa familia. Los problemas alimenticios vinieron después y por otros motivos, no por Björn y mucho menos por el pobre Magnus, que nunca dejó de ser nuestro amigo.

—¡Joder!

—¿De dónde has sacado que Magnus…?

—Y yo que sé —la interrumpió, empezando a ser consciente de lo que había hecho—. No tengo ni idea, pero hasta hace dos minutos hubiese jurado sobre la biblia que él era el culpable de todos tus males.

—Eso te pasa por no preguntar, peque.

—No te he preguntado porque tú nunca quieres hablar del tema.

—No es verdad, hace tiempo que es un tema superado. De hecho, estuve con Björn en el entierro de Agnetha y todo fue perfecto y cordial.

—¡Joder!, ¡joder!, joder!. No te imaginas cómo he tratado a Magnus por pensar que te había hecho tanto daño.

Se tapó la boca con las dos manos y se echó a llorar. Amanda se puso de pie y la abrazó por los hombros.

—Carrie… no será para tanto…

—Lo he tratado horriblemente y lo he dejado tirado sin tener culpa de nada, sin haber hecho nada. Cuando es adorable conmigo, siempre lo ha sido y yo… soy idiota.

—Seguro que podemos arreglarlo.

—No, ya me debe odiar y con razón, porque me he comportado fatal… ¿cómo he podido…?

—Escucha —buscó sus ojos—. Voy a llamarlo ahora mismo y le voy a explicar lo que ha pasado.

—Tú no tienes que hacer nada.

—¿Cómo qué no?, me siento súper responsable. Has actuado mal con alguien por ser leal conmigo, lo menos que puedo hacer es intentar mediar entre vosotros.

—Da igual, ya es demasiado tarde.

—Nunca es tarde para hablar, cariño —Le acarició el pelo y la ayudó a limpiarse las lágrimas —. Eres un amor, Carrie, y has demostrado tener principios, ser firme, fuerte y fiel a las personas que quieres. Magnus valora mucho esas cosas y dudo mucho que no quiera saber nada más de ti.

—No lo sé…

—Bueno, vamos a intentarlo. “No hay peor diligencia que la que no se hace”, decía la abuela.

Carolina asintió, se secó la cara, cuadró los hombros y suspiró.

—Está bien, pero lo haré yo sola.

15

Situada justo al sur del Círculo Polar Ártico, al norte de Noruega, la costa de Helgeland está considerada uno de los mejores lugares del mundo para navegar con kayak. Un deporte que le encantaba y que cada año, al menos una vez, iba a practicar con Björn, su aventurero tío vikingo, que llevaba más de seis años residiendo en la región y que ese verano le había venido de perlas para alejarse del mundanal ruido, sobre todo del ruido que tenía en la cabeza y no lo dejaba descansar.

Enfiló a toda velocidad viendo la costa muy cerca y se dedicó a remar con movimientos suaves hacia su cuerpo, con los brazos estirados, solo girando la cintura, utilizando la pala como timón, tal como le había enseñado el propio Björn cuando tenía diez años.

Si miraba hacia atrás, Björn siempre había estado muy presente en su vida. Él, Agnetha, sus abuelos y posteriormente Leo, que había llegado para abrirle un nuevo mundo cuando se había enamorado de su madre. Cuando, con su sonrisa eterna, lo había llevado por primera vez a Italia, le había enseñado a hablar italiano, a comer pasta fresca y a disfrutar del fútbol.

Sonrió, aceptando que había sido muy afortunado con la familia que le había tocado, con las personas con las que se había criado, y sin querer su mente voló también hacia su hermanastro George, el hijo de la segunda mujer de su padre, al que hacía un montón que no veía. Hacia los amigos, amigos como Erik y Amanda Clausen, que habían sido sus primeros colegas, sobre todo Erik, al que durante muchísimos años había considerado un hermano.

Erik, masculló llegando a tierra. No sabía qué pensaría Erik de él si supiera que había estado persiguiendo a su hermana pequeña durante meses hasta conseguir llevársela a la cama. Hasta conseguir conquistarla, aunque el romance le hubiese durado más bien poco, concretamente una sola noche, porque ella lo había mandado al carajo a la mañana siguiente.

En su descargo, podía alegar buenas intenciones, la pretensión honesta de iniciar una historia real y estable con ella. Con ella, que todo lo que tenía de deslumbrante lo tenía de complicada, hermética e insondable. Una pesadilla.

Carolina Clausen, no lo podía negar, era preciosa, inteligente, fuerte y la adoraban todos sus amigos, pero con él nunca, jamás, había bajado la guardia y al final había acabado por hacerle daño. Muchísimo daño y no sabía si algún día sería capaz de perdonarla, porque, contrariamente a lo que ella podría suponer, él no era un robot, no era de piedra y sentía, tenía sentimientos y las cosas le dolían tanto o más que a los demás.

—¡Tío, has puesto el turbo! —Le gritó Björn llegando a su lado— ¿Qué te pasa?

—Lo siento, me distraje pensando en mis cosas —Lo miró sacándose el chaleco salvavidas y Björn se quedó en suspenso, sin quitarle los ojos de encima— ¿Qué?

—Que estás un poco raro, no sé qué te pasa, pero sea lo que sea, podré soportarlo.

—No tiene nada que ver contigo.

—Eso lo doy por hecho, pero a lo mejor necesitas hablarlo.

—Solo estoy un poco distraído, llevo unos meses muy raros.

—Ok, vamos.

Le hizo un gesto hacia el pequeño embarcadero que los llevaba directamente hasta su nueva casa en Helgeland, y Magnus lo siguió cargando su kayak y viendo aparecer a sus perros, que se habían dispersado por la playa mientras ellos estaban en el mar, pero que ya se habían reorganizado para saludarlos.

—¡Hola, chicos!

Exclamó Björn acariciándolos y Magnus hizo lo mismo pensando en la gozada que sería poder tener perros, un lujo que él no podía permitirse por culpa de su trabajo. Una verdadera lástima.

—Guardemos el equipo antes de entrar —Le dijo indicándole el cobertizo— ¿Tienes mucha hambre, Magnus?, mi suegra ha hecho tortilla de patatas. ¿La has probado alguna vez?, es un manjar de dioses, aunque Candela dice que solo si está bien hecha.

—Lo mismo dice Paola y claro que la he probado muchas veces. Ella la prepara continuamente para cenar, a los gemelos les encanta.

—No me extraña.

Entraron en su cobertizo nuevo y Björn le indicó el material con el que dejar el equipo limpio y seco en su zona de almacenaje. Una costumbre muy de los Pedersen, pensó sonriendo, porque aquello le recordó a su madre, que era muy estricta con esas cosas, y se entretuvo en la tarea en silencio, hasta que su tío se le acercó y lo miró directamente a los ojos.

—¿Quién es ella?

—¿Quién?

—Ella. No marees la perdiz, Magnus, te conozco demasiado bien.

—La cruda realidad es que ya no hay nadie.

—¿O sea que sí la hubo?

—No sé, yo… —Le dio la espalda para no entrar en esas profundidades, sin embargo, Björn no se rindió.

—Te voy a decir una cosa que siempre decía mi padre, o sea tu abuelo: los Pedersen somos una roca firme e inmutable hasta que nos enamoramos y perdemos el control.

—Hablar de amor en este caso me parece exagerado.

—Llámalo cómo quieras.

—¿Te acuerdas de los Clausen?, ¿Erik, Amanda y Violeta?

—Por supuesto.

—Tienen una hermana pequeña que se llama Carolina y creo que me he pillado como un gilipollas por ella. Eso es lo único que me pasa.

—Vaya —susurró, apoyándose contra la pared— ¿Y cuál es el problema?

—El problema es que desde que me la encontré en Río de Janeiro en Nochevieja, no ha dejado de marearme. Es muy desconcertante, no la entiendo, aunque me gusta muchísimo, y esa incongruencia me vuelve loco —Respiró hondo—. La buena noticia es que me ha dejado tirado, no quiere volver a verme, así que solo es cuestión de tiempo que lo supere y vuelva a recuperar la calma.

—¿Nochevieja?, ¿no será la chica que te habló fatal en una fiesta?

—Exactamente.

—¿Y a pesar de eso…?

—A pesar de eso —Lo interrumpió—, no he dejado de perseguirla durante seis meses. Al principio de forma involuntaria y al final a saco, porque me encanta. Así de idiotas somos los tíos ¿no?

—Somos humanos, nos pasa a todos, hombres y mujeres. Yo con Candela me lo tuve que currar muchísimo, pero valió la pena.

—Candela no tenía ningún prejuicio en tu contra.

—¿A qué te refieres?

—La última vez que la vi, después de pasar una noche espectacular juntos, me dijo que no podía estar conmigo por su hermana Amanda. Me soltó que yo no representaba nada bueno para

Amy y que ella la iba a respetar, así que adiós muy buenas.

—¿Cómo que no representas nada bueno para Amanda?, siempre fuisteis muy buenos amigos.

—Eso dije yo, pero ella sacó a relucir lo que pasó cuando teníamos quince años.

—¿Qué?, ¿lo que pasó conmigo?. Tú no tienes nada que ver con eso.

—No me dio tiempo a explicarlo. Al parecer, concluyo yo tras cuatro semanas dándole vueltas, es por eso por lo que ha sido tan distante conmigo y hemos tenido tantos desencuentros.

—Insisto: tú no tuviste nada que ver.

—Yo no, pero mi madre sí, me consta que fue muy tajante con todo ese tema para evitar efectos secundarios no deseados y que aquello afectó mucho a Amanda, y a todos los Clausen, recuerda que nunca más viajaron con nosotros y que mis amistad con Erik se resintió bastante. Tal vez por eso Carolina, que era una cría por entonces, tiene una idea tan equivocada sobre mí.

—La única responsable de aquella situación tan incómoda fue Amanda Clausen. De hecho, años después, lo hablé con ella tranquilamente y se disculpó.

—Conmigo también se disculpó y Erik jamás ha vuelto a mencionar nada sobre aquello, al poco tiempo volvimos a ser tan amigos como antes. La verdad es que yo ni me acordaba de ese episodio en el Lago Maggiore hasta hace un mes, cuando Carolina lo sacó a colación sin venir a cuento, asegurándome que había arruinado la adolescencia de su hermana.

—No sé qué pasaría después, pero te puedo asegurar que nosotros no tuvimos la culpa y mucho menos tú, que solo tenías quince años.

—Lo sé, pero ella no lo verá así.

—Creo que solo es un malentendido que en el fondo tiene muy fácil solución, Magnus.

—¿Cuál?

—Sentarse a hablar y aclararlo todo. Si quieres, yo puedo intervenir, me encantaría ayudar.

—No, Björn, gracias, pero para mí ya es tarde, ya he tirado la toalla y no me interesa esforzarme más. Me he pasado seis meses tragando quina, siendo indulgente y poniendo la otra mejilla, pero se acabó. Todo el mundo tiene un límite.

—No, si estás enamorado.

—No he dicho que esté enamorado, para estar enamorado tienes que ser correspondido y no es el caso, así que más me vale retirarme y pasar página cuanto antes.

—Magnus…

—En serio, colega —le palmoteó la espalda—. No te preocupes por mí, estoy bien y ahora solo me apetece pasarlo de puta madre en Helgeland; para eso he venido, para no pensar en nada y mucho menos en ella.

—De acuerdo, lo entiendo, pero aquí me tienes si decides hacer algo al respecto.

—Gracias.

Terminaron de organizar el equipo y salieron del cobertizo rodeado por los perros y charlando de otras cosas más agradables, como el clima estupendo que le estaba tocando, y Magnus pensando que la charla le había venido muy bien, porque siempre venía bien desahogarse, pero que era la última en su vida que iba a dedicar a Carolina Clausen; esa preciosidad sexy y arrolladora que aún lo tenía obnubilado, pero a la que esperaba olvidar y superar antes de que acabaran sus vacaciones de verano.

—¡Magnus!

Oyó a su espalda y se giró para mirar a las vecinas de Björn, que formaban parte de su “comunidad vikinga” en Noruega, y que parecían volver también de hacer deporte en el mar. Dejó que su tío siguiera andando solo hacia su casa y caminó hacia ellas para saludarlas.

—*Hallo, jenter!*, ¿qué tal el agua?, nosotros acabamos de volver con los kayak.

—Genial, hemos hecho un poco de surf en Træna, el tiempo está maravilloso ¿Ya conoces a nuestra prima Elke?, llegó ayer de Sídney.

—No tenía el placer, encantado Elke.

Sonrió a esa pelirroja espectacular que no había visto antes y que lo estaba observando con auténtica curiosidad, y ella le guiñó un ojo, se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Guau, qué guapo. ¿Estás soltero? —le preguntó con ese acento australiano tan marcado y él soltó una carcajada.

—Libre como el viento ¿Cuánto tiempo te quedas por aquí?

—Depende del que te quedes tú, me han dicho que eres de Estocolmo.

—Sí, pero acabo de llegar, aún me queda una semana más de vacaciones en Helgeland.

—Entonces nos veremos, ¿no?

—Por supuesto.

—Esta noche tenemos barbacoa y fiesta al aire libre en casa. Pásate, Magnus, e intenta traer a Candela y a tu tío.

Le dijo una de las vecinas y él asintió prometiendo ir y mirando de arriba abajo a Elke la pelirroja, que le tiró un beso antes de girarse, darle la espalda y enseñarle su estupenda figura enfundada en un bikini rosa.

Madre mía, masculló, soltando una risa de complacencia, porque estaba claro que el destino le estaba regalando un motivo muy sexy para disfrutar aún más de su estancia en Noruega, y, lo más importante, para olvidarse de Carolina Clausen.

Caminó hacia la casa de Björn más animado, dando gracias al cielo por lo oportuno de ese regalo, se volvió dos veces para despedirse de su nueva amiga, y cuando entró en la cocina saludó Candela y a su madre, que ya estaban poniendo la mesa para comer.

—Hola, chicas —Les dijo en español y las dos le sonrieron.

—Hola, Magnus, ¿qué tal?, ¿tienes mucha hambre?

—Mucha hambre como siempre, pero primero, si no os importa, me voy a dar una ducha.

—Claro, no hay prisa, Björn también se está cambiando.

—No tardo nada.

Hizo amago de caminar hacia las escaleras, pero Candela, que estaba guapísima en su sexto mes de embarazo, lo detuvo enseñándole su teléfono móvil.

—Espera, te dejaste el móvil aquí y no ha parado de vibrar. Igual es importante.

—Gracias, Cande, solo espero que no sea una emergencia de trabajo.

Cogió el Iphone y subió hacia su cuarto echando un vistazo superficial a las llamadas. Tenía una de su padre, otra de los gemelos y otras cuatro de un número desconocido. Entró en el dormitorio con la intención de llamar a sus hermanos, pero se fijó en que tenía un mensaje de audio del número desconocido y se detuvo para oírlo. Pulsó sobre el icono y la voz que oyó lo hizo fruncir el ceño.

“Hola, Magnus, soy Carolina. Erik me ha dado tu número de teléfono. Necesito hablar contigo urgentemente. Tenías razón, ahora sé que me he equivocado en todo contigo. No sabes cuánto lo siento. Lo siento muchísimo. ¿Podríamos hablar o ya es demasiado tarde? Sé que no me merezco nada de ti, ni una corta conversación, pero si tengo que suplicar, lo haré. Por favor, llámame”.

Sonó un clic y el mensaje terminó de forma abrupta, aunque no lo suficientemente rápido como para no darse cuenta de que ella estaba llorando.

Resopló desconcertado, sin saber qué hacer, pero muy cabreado porque acababa de

estropearle el día y sus planes de olvidarla y pasar página.

Miró el móvil con atención, lo agarró con fuerza y lo estampó contra la pared.

16

—Ruth, me voy.

Pasó junto a la mesa de su ayudante a toda velocidad, poniéndose la chaqueta, y ella se levantó para seguirla al ascensor.

—¿Qué hago con la reunión de las cinco?

—Pásala a la semana que viene, por favor.

—Me van a matar, Carolina.

—Lo siento, pero tengo una cita médica ineludible y programada desde hace una semana.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes, y si no quieres anular nada, dile a Rose que vaya en mi lugar.

La miró, pulsando el botón para llamar al dichoso ascensor de *Stockholms Auktionsverk* que era lentísimo, y Ruth resopló moviendo la cabeza.

—Vale, hablaré con Rose.

—Ahora les mando un mensaje a ella y otro a Azra. No te angusties tanto, solo es una reunión rutinaria.

—A propósito de Azra, te ha llamado su hermano Aslan dos veces hoy para recordarte lo de su fiesta de cumpleaños en Estambul. Ha insistido mucho en que confirmes tu asistencia ya, es por el tema de los vuelos y el hotel.

—Es cierto —Llegó el ascensor y se metió dentro—, ya me ocuparé de eso en otro momento.

—No puedes decir que no, Carol, es con los gastos pagados.

—No creo que tenga tiempo. Hasta mañana.

Le dijo adiós con la mano y miró la hora comprobando que iba con el tiempo justo para llegar al aeropuerto de Arlanda, a cuarenta kilómetros de Estocolmo, con el margen suficiente para ver a Magnus Mattsson antes de que se subiera a su avión.

Salió a toda velocidad del edificio, corrió por la acera para subirse a un taxi y una vez dentro sacó el móvil para cumplir con los pendientes. A saber: alertar a Rose para que fuera a la reunión en su nombre, disculparse con Aslan por no poder asistir a su fiesta de cumpleaños, decirle a su madre que estaba bien y que ya la llamaría, y descargar la tarjeta de embarque del primer vuelo que había pillado y que salía de la misma terminal y casi a la misma hora que el de Magnus. Un vuelo de ida a Oslo al que no pensaba subirse y que le había costado dos mil ochocientas cuatro coronas suecas, es decir, unos doscientos cincuenta euros.

La cuestión era conseguir llegar a la Terminal de Salidas y a la zona de embarque por dónde iba a pasar la tripulación de Magnus. Una información que le había facilitado Vivien, la novia de Olivia, que también le había sugerido lo de la compra del billete de avión para poder traspasar el control de policía sin problemas, tras lo cual, podría adentrarse en el aeropuerto como una pasajera más.

Aquello parecía ser el camino más corto para acercarse a él y había optado por probarlo. En resumen, con algo de suerte, esa tarde lo esperaría en su puerta de embarque, justo antes de que se subiera a su Airbus A350-900 con destino a Australia.

Parecía una locura, sobre todo tratándose de ella, que no solía hacer ese tipo de disparates, pero le daba igual. Desde que había hablado con su hermana Amanda y había aclarado tantas cosas, ya todo le daba igual y solo pensaba en verlo y en disculparse con él.

No tenía otra cosa en mente.

Desde Mallorca, hacía tres semanas, aquella era su máxima obsesión, su único propósito, y,

aunque le costara la vida o su prestigio como persona sensata y normal, al menos lo iba a intentar. Iba a hacer todo lo posible por llegar hasta él, mirarlo a los ojos y pedirle perdón. Después, ya podría descansar y reorganizar su existencia con algo de tranquilidad.

Lo importante era verlo, porque él llevaba tres semanas desaparecido, ni siquiera cogía el teléfono o respondía a sus mensajes y aquello, que era lógico después de cómo lo había tratado, la estaba matando. No dormía, no comía, trabajaba fatal y pasaba los días dispersa, ideando estrategias para verlo; planes de acercamiento como ese, el de presentarse en su trabajo antes de que lo empezara y soltarle todo lo que le tenía que decir.

La idea, en realidad, había salido de Vivien, que como azafata de SAS era la mejor informada con respecto a la agenda de Magnus.

—No puedo pasarte sus cuadrantes, es información confidencial —le había asegurado una noche cenando en casa—. Demasiado he hecho diciéndote que está de vacaciones fuera de Suecia, sin embargo, puedo mirar MIS cuadrantes y si en algún vuelo coincido con el comandante Mattsson, te lo puedo contar.

—¿Y de qué le serviría eso? —Había querido saber Olivia.

—¿De qué? Cariño, saber cuándo vuela le puede dar una pista casi exacta de a qué hora y dónde estará. Todos los pilotos tienen unas rutinas y Magnus más que nadie, es muy quisquilloso con los horarios y hace que su tripulación llegue con bastante antelación al aeropuerto.

—No, no voy a molestarlo en su trabajo —Había respondido Carolina de forma automática —. Estoy desesperada, pero no tanto. Si no contesta a mis llamadas ni mensajes, menos querrá verme en el aeropuerto.

—¡¿Cómo qué no?! —Había soltado Olivia buscando sus ojos—. Es una idea cojonuda, Carol. Has interrumpido tus vacaciones para venir a buscarlo, lo has llamado, le has escrito, andas como una zombi… esta es tu oportunidad de encontrarlo. No se trata de tirarse a su cuello, solo se trata de acercarte, saludarlo y manifestarle lo importante que es para ti verlo y explicarte con él.

—No sé yo…

—No pierdes nada, cielo y, lo más importante, para bien o para mal, ha llegado la hora de zanjar esta historia.

Y en eso tenía razón, porque no podía seguir así. No podía seguir pasando por su casa a diario para ver si había vuelto, o llamándolo sin que él se molestara en responder, o mandándole emails. No podía, no era nada saludable y según su terapeuta, estaba a un tris de pasar de persona preocupada a persona obsesionada. Una definición que la había aterrado, porque, de repente, se había dado cuenta de que estaba a punto de rozar el acoso.

Miró por la ventana la silueta del Aeropuerto de Arlanda y se le contrajo el estómago. Sacó un espejo y se peinó un poco con los dedos.

—Buen viaje.

Le dijo el taxista dejándola en la Terminal de Salidas, ella se lo agradeció y entró en el aeropuerto con paso firme, sin pensar en nada, porque si se detenía a calibrar lo que tenía planeado hacer, se iba a arrepentir y ya no era negociable. Ya era tarde para arrepentimientos.

Pasó su tarjeta de embarque por los terminales automáticos, se puso a la cola para el control de acceso y en ese momento le llegó un mensaje de Vivien anunciándole que estaban a diez minutos de Arlanda.

—Voy en el transfer de la compañía. Tengo a Magnus al alcance de la mano —decía—, va sentado delante de mí, si quieres te llamo y te lo paso o seguimos con el plan inicial que es más bonito. La puerta de embarque es la 86.

Ella le confirmó que ya había llegado, que seguía adelante con todo y que en diez minutos esperaba estar en la puerta 86. Pasó el arco de seguridad con el corazón saltándole en el pecho, recuperó sus cosas de las bandejas de la policía y salió corriendo hacia su destino.

Atravesó volando las tiendas del Duty Free, varias salas de espera y de repente vio el número 86 sobre su cabeza, giró hacia la izquierda y se encontró a las azafatas de tierra empezando a preparar la apertura del embarque. Se asomó a la cristalera que tenían detrás, intentando dejar de jadear por el esfuerzo de la carrera, y en seguida pudo vislumbrar el gigantesco avión que, en una hora como mucho, Magnus Mattsson iba a pilotar camino de las Antípodas.

Retrocedió con una mano en el pecho, cayendo en lo increíble que era su trabajo, sacó el móvil para mirar la hora y en ese mismo instante oyó su voz grave y hermosa pronunciando su nombre.

—Carolina Clausen.

Susurró, y ella se giró de un salto para mirarlo a los ojos. Esos hermosos y enormes ojos celestes que él medio ocultaba con su gorra de piloto, aunque en seguida se la quitó y se la puso debajo del brazo para saludarla.

—¿Qué haces aquí?, ¿vas a Sídney?

—Hola, Magnus. No, no voy a ninguna parte, solo he venido para verte.

—¿Cómo dices?

—Llevo tres semanas intentando hablar contigo y… —resopló, saludando a Vivien con la mano y luego fijó los ojos en él—. He comprado un billete para entrar al aeropuerto y poder mirarte a la cara, lo único que necesito son dos minutos para disculparme contigo.

—¿Que has hecho qué?

—Solo es un vuelo a Oslo, no he pagado tanto —Le enseñó el móvil sonriendo y él frunció el ceño, haciendo un gesto para que se apartaran de la puerta de embarque.

—No tenías que venir hasta aquí, Carolina, esto es innecesario, recibí tu primer mensaje y…

—Y no me has contestado —Lo interrumpió—, ni una señal de vida y no podía seguir así, no puedo, tienes que saber que siento muchísimo lo que ha pasado, como te he tratado desde el principio. No tenía ni idea de la historia de Amanda con tu tío Björn; yo siempre di por hecho que le había pasado algo grave contigo y… bueno, me… yo… —Se cruzó de brazos mirando su uniforme impoluto y elegante—. Lo siento muchísimo, Magnus, perdóname.

—Vale, perdonada.

—¿Así de simple? —Le clavó los ojos y él desvió los suyos.

—Cómo no perdonar a alguien que viene hasta el aeropuerto para disculparse —sonrió y volvió a mirarla—. Rompí el móvil en Noruega y no me compré otro hasta llegar a Italia, estuve incomunicado unos cuantos días, pero me dio tiempo a leer tu primer mensaje. Siento no haber respondido, pero lo hago ahora: tranquila, no importa y disculpas aceptadas.

—Bueno, yo…

—Tampoco ha sido para tanto, Carolina, solo fue un malentendido.

—Un malentendido del que me siento muy responsable, porque debí informarme mejor antes de reaccionar como una harpía insufrible contigo.

—Te honra haber tratado de proteger a tu hermana. Eso yo lo respeto, lo entiendo y es lo único que debería importarte.

—No, porque también me importas tú.

—Bueno, por mí no te preocupes, ya está todo olvidado —miró la hora—. Debería irme, gracias por venir hasta aquí, Carolina, has sido muy amable.

—Magnus, yo…

Balbuceó, un poco desconcertada por esa reacción tan fría y distante. Una reacción que no había contemplado entre los innumerables escenarios que se había imaginado, y dio un paso hacia él para intentar tocarlo, pero él, increíblemente, la esquivó fijándose otra vez en su reloj.

—Tengo que embarcar, hay un protocolo que poner en marcha. Mil gracias por hacer esto, en serio, te lo agradezco mucho.

Ella asintió, empezando a notar cómo las lágrimas le contraían la garganta, y retrocedió sin saber dónde meter las manos, se arregló un mechón de pelo suelto y lo siguiente que oyó fueron los gritos en inglés de una mujer muy escandalosa.

—*Love!, my sweet love!* ¿Me estabas esperando para subir?

Chilló con un acento australiano muy marcado y se acercó corriendo a Magnus para abrazarlo con todo el cuerpo. Él devolvió el abrazo con un beso en los labios y después la apartó con una gran sonrisa.

—No, Elke, tú aún tendrás que esperar unos minutos más aquí fuera.

—¿Aunque el piloto sea mi novio y yo vaya en primera clase?. Qué putada.

—Las reglas son las reglas, ahora te pedirán el pasaporte y…

Empezó a explicar él con su encanto habitual, mientras su "novia", que era una chica pelirroja guapísima, espectacular y muy llamativa, con pinta de modelo de *Playboy* o de *Sports Illustrated* como poco, le acariciaba el pecho por debajo de la chaqueta.

Carolina, involuntariamente, se fijó en su perfume dulzón, en sus zapatos fucsia y sus interminables tacones, en su bronceado de anuncio, y empezó a retroceder con náuseas, arrepintiéndose de inmediato, y para lo que le restara de vida, de haber tenido la pésima, espantosa idea, de ir hasta allí para hacer el ridículo con sus disculpas infantiles. Con sus preocupaciones pueriles, como las habría calificado Sten con toda la razón del mundo.

Respiró hondo y giró para desaparecer lo antes posible de allí. Les dio la espalda a los dos y caminó de prisa primero y corriendo después hacia la salida.

Llegó a la calle llorando, ahogándose en unos sollozos incomprensibles y estúpidos que no venían a cuento, porque había que ser muy idiota, mucho, para pensar que su esfuerzo, su acto heroico, le iba a cambiar la vida, le iba a conseguir una segunda oportunidad con Magnus Mattsson o le iba a regalar su final feliz.

17

—Arlanda autorizaciones. SK1020, comandante Magnus Mattsson, solicito prueba de radio, *snälla du*.

Dijo entrando en el espacio aéreo de Estocolmo, con muchas ganas de volver a casa tras una semana entera en Sídney, diez días enteros fuera de Suecia, he inmediatamente oyó la respuesta en sueco.

—Se le escucha 5X5, SK1020.

—*Hallå*, control. ¿Me da datos, por favor?

—Pista de servicio 12R/31L.

—Muchas gracias, control. Procedemos a aproximación.

—Adelante, Magnus.

Fijó el rumbo magnético e inició el descenso haciendo, como siempre, un gesto hacia su copiloto para que fuera él el que se dirigiera al pasaje y anunciara la inminente aproximación al aeropuerto de Arlanda.

—*Flaps*. Ruedas de freno automático.

Le susurró a Hugo, percibiendo la vibración brutal del avión, sujetó los mandos con tranquilidad y quince minutos después, el Airbus A350-900 y sus cuatrocientos pasajeros, se posaban sanos y salvos sobre las pistas de Estocolmo-Arlanda.

—*Landing*. Vuelo cerrado. Apertura de puertas. Buen trabajo, tripulación.

—Hogar, dulce hogar. —susurró Hugo quitándose el cinturón de seguridad.

—Ya te digo.

—¿Qué planes tienes para los días de descanso, comandante?

—Principalmente descansar, estar con la familia y resolver algunas cosas.

—Yo lo mismo, aunque Rachel llega esta noche de Nueva York, así que una semanita movida la tengo asegurada.

Magnus sonrió mirándolo de reojo e inició el tedioso, pero necesario, protocolo de aterrizaje, el *checklist*, mientras la tripulación despedía a los pasajeros, se comenzaba el desalojo del aparato y los motores dejaban de ronronear sutilmente hasta quedar en absoluto silencio.

Revisó el plan de vuelo que habían seguido desde Sídney y que había contado con dos escalas técnicas, una de cuatro horas y media en Singapur y otra de hora y media en Atenas, y suspiró, porque en la práctica eso se traducía, contando las veintidós horas en el aire, en un total de veintiocho horas de trabajo continuado. Una barbaridad que no tenía mucho futuro porque tarde o temprano SAS, como otras líneas aéreas de la competencia, acabaría operando en algún punto del trayecto con terceros. No le cabía la menor duda.

Cerró el vuelo, firmó el papeleo y se levantó mirando la hora. Se despidió de la tripulación, de Hugo y de los compañeros de mantenimiento de SAS, y salió a buen ritmo hacia la Terminal, entró encendiendo el teléfono móvil y en cuánto llegó a la calle buscó en la agenda el número de *Stockholms Auktionsverk* y lo marcó.

—Adquisiciones, buenas tardes —respondió en seguida la misma chica de siempre y él la saludó.

—Hola, Ruth, soy Magnus Mattsson otra vez. Acabo de aterrizar en Estocolmo, ¿ha vuelto Carolina?

—Lo siento, señor Mattsson, pero la señorita Clausen sigue fuera de Suecia.

—¿Todavía? —bufó, acercándose a la parada de taxis— ¿Ya ha pedido autorización para

darme su nuevo número de móvil?

—Sí y lo siento, señor Mattsson, pero no me han dado permiso para facilitar esa información.

—Está bien, gracias, Ruth. Hasta luego.

Le colgó moviendo la cabeza impotente, porque aquello ya olía a cachondeo, y se subió a un taxi pidiéndole al conductor que lo llevara a casa, aunque sus planes iniciales eran pasar directamente por *Stockholms Auktionsverk* para hablar con Carrie, a la que no podía localizar (otra vez) desde hacía diez días, desde que se había despedido de ella en la puerta de embarque del aeropuerto.

Aquella escena de película, con ella preciosa y titubeante pidiéndole disculpas, lo había paralizado. Lo había dejado tan fuera de juego que solo había sido capaz de reaccionar tres horas y media después, ya en Atenas, su primera escala técnica, cuando había entendido de verdad la dimensión de su gesto y la importancia de lo que le había dicho.

Por supuesto, la había llamado por teléfono en seguida para disculparse por ser tan torpe, pero ella ya había desconectado el móvil y no lo había vuelto a conectar. Desde entonces, no había vuelto a dar señal y él había empezado a llamarla al trabajo, como en los viejos tiempos, sin obtener respuesta, hasta que Ruth, que se había identificado como su ayudante, se había apiadado hacía una semana de él y le había explicado que Carolina se encontraba en viaje profesional fuera de Suecia y que no llevaba su teléfono personal encima.

En ese momento había optado por llamar a Erik. Saltándose un poco la regla implícita de no involucrarlo en sus historias con Carrie, había contactado con él para saludarlo y en el devenir de la charla se había interesado por sus hermanas y él le había contado con total naturalidad que Carrie estaba muy ilusionada, porque la habían llamado para que se encargara de catalogar la liquidación de un patrimonio de arte valiosísimo en Inglaterra. Un sueño para cualquiera en su posición.

—Ha empezado el trabajo hace unos días y está feliz —Le había explicado orgulloso—. El dueño es sueco y ha querido que *Stockholms Auktionsverk* catalogue y valore lo que pueda ser susceptible de subastar y Carrie se ha puesto al mando. Nadie mejor que ella, la verdad. Será mi hermana, pero tengo derecho a decir que es increíblemente lista y eficiente.

—Claro que sí, me alegro mucho por ella.

—Ya era hora de que le pasara algo bueno, lleva un año un poco jodido, ¿sabes? Ella lo disimula, pero nosotros nos hemos dado cuenta. En fin, ¿qué tal tú, colega? ¿Cuándo te vienes a jugar un partido de fútbol con mi equipo del hospital?

—Mándame los datos y trato de organizarlo.

—Genial, nos vendría bien un poco de apoyo.

—¿Carrie ha cambiado de móvil?, he intentado llamarla y siempre está apagado.

—Que yo sepa no, pero no me hagas mucho caso. Lo más sencillo es que la llames a la oficina.

Y había seguido insistiendo en *Stockholms Auktionsverk* con más ahínco, pero sin ningún éxito, lo cual era extraordinariamente frustrante teniendo en cuenta su historial de desencuentros con ella.

Cerró los ojos pensando que igual podría ir a buscarla a Inglaterra, que siempre era un escenario elegante y romántico para intentar recuperar a alguien, sobre todo si ese alguien era especial y hermoso como Carrie Clausen, la chica de sus sueños, la única a la que le podría llegar a hablar de amor… la mejor química sexual de su vida.

—Hola —respondió al móvil llegando a su casa y el que lo saludó fue su padre.

—Hola, hijo, ¿dónde estás? ¿Sigues en Sídney?

—No, acabo de aterrizar, estoy llegando a Östermalm. ¿Tú qué tal?

—Necesito hablar urgentemente contigo.

—Habla.

—En persona, por favor, necesito contarte algo y enseñarte unos papeles que deberías firmar. No te preocupes, es algo muy bueno.

—Ok —miró el reloj—. Subo a casa, me doy una ducha y voy donde me digas, la adrenalina no me dejará dormir hasta dentro de un rato.

—Yo estoy en mi despacho, bajo y voy a tu piso.

—Muy bien, pero dame media hora. Adiós.

Le colgó entrando en su edificio y subió a su ático marcando el número de teléfono de Olivia, que igual lo podía ayudar a averiguar en qué rincón perdido de Inglaterra se encontraba Carrie, y, a partir de ahí, decidir qué hacer al respecto.

—Comandante Mattsson —Lo saludó ella al segundo tono de llamada—. Qué sorpresa.

—Hola, Olivia, ¿cómo estás? Disculpa que te moleste, pero te quería preguntar si tú sabes dónde está trabajando Carolina, su ayudante…

—En Inglaterra.

—Eso ya lo sé, me refiero al…

—¿Y tu novia australiana? —Lo interrumpió seca y él dejó el equipaje en el salón frunciendo el ceño— ¿Se ha quedado en Sídney o también le has pagado un billete de vuelta a Estocolmo?

—¿Disculpa?

—Vivien me ha contado que le regalaste un billete en primera clase a Australia, en realidad, la muchacha se lo contó a todo el puñetero avión. Es guapísima ¿no?, Carolina se quedó impresionada.

—Mira, Olivia… —Resopló desconcertado y ella se echó a reír.

—Eso es un pastizal, un billete en primera a Sídney nada menos, pero tú mismo, los tíos sois así de gilipollas cuando se trata de una tía buena y a ti te sobra la pasta. En todo caso, no es asunto mío, como tampoco es asunto tuyo dónde está Carolina ahora. Déjala en paz.

—Oye, yo…

—Llevo meses defendiéndote e intentando convencerla de que eres un buen tío, que te diera una oportunidad, pero al final, ella iba a tener razón y no eres más que un capullo, porque hay que ser muy capullo para hacer daño a una chica como Carolina Clausen, que es la mejor tía que te vas a encontrar en tu vida.

—Te estás equivocando, Olivia. Ella me dejó tirado a mí por un asunto que no tenía nada que ver conmigo, sin embargo, yo respeté su decisión y seguí con mi vida. ¿Ok? —respondió, cabreado—. Y para tu información, la tuya y la de todo vuestro entorno, la chica que conoció Carrie en el aeropuerto es una amiga, una colega de mi familia en Noruega y sí, le regalé un billete de avión porque me pidieron ese favor y porque me dio la gana. ¿Pasa algo?

—Vaya, he despertado a la furia vikinga.

Bromeó ella, pero él ya no estaba para gilipolleces y le colgó furioso. Se desnudó y se metió debajo de la ducha queriendo romper algo. Dio un puñetazo contra los azulejos y maldijo a toda esa gente que opinaba y se metía en su vida sin pensar, que lo juzgaba como lo había juzgado la propia Carolina sin conocerlo, y después maldijo a Elke, la amiga australiana de Björn, que la había cagado, efectivamente, besándolo y llamándolo “novio” delante de Carrie.

No iba a negar su aventura sexual con ella en Helgeland, porque se habían acostado una vez tras una juerga considerable y lo habían pasado muy bien. No lo suficiente como para repetir o considerarla algo especial, pero sí lo justo para sentirse culpable, porque había sentido que le

había sido infiel a Carolina, algo que nunca le había pasado antes.

Infiel a una chica que no quería verlo ni en pintura, el colmo de la ironía.

A ese escarceo lo habían seguido un par de besos motivados por Elke, que era muy insistente, y al final, en medio de esa nube de culpa, Björn le había preguntado si podía ayudar a sufragar su viaje de vuelta a Sídney, algo bastante habitual en su comuna vikinga, donde se compartían gastos o se ayudaba al prójimo sin ningún drama, y él había accedido a comprar un billete con el consabido descuento como personal de línea aérea.

Ahí había quedado todo. Tras el vuelo no la había vuelto a ver, ni a tratar, ni siquiera había vuelto a pensar en ella hasta hacía diez minutos.

—Hola, papá.

Abrió la puerta a su padre, más despejado después de la ducha, y le ofreció una taza de café.

—¿Quieres tomar un expreso o algo?

—No, Magnus, gracias. No te robaré mucho tiempo, solo quería contarte dos cosas importantes.

—Adelante —Se lo llevó a la terraza—. Siéntate.

—Se trata de George Percy-Kinkade.

—¿George?, ¿el hijo de Ava? ¿Qué le pasa?

—Pasa que acaba de heredar su patrimonio al completo y ha decidido poner a la venta algunas propiedades.

—No me ha dicho nada y hablé con él varias veces este verano.

—Bueno, ya sabes cómo es. La cuestión es que su padre y su tío le han dejado una heredad ingobernable y sus asesores le han aconsejado dividirla y deshacerse de algunas cosas.

—¿Y?

—Le he comprado la finca y la casa de Surrey.

—¿En serio?, ¿por qué?

—Porque siempre me gustó esa casa, Ava tampoco la quiere y me apetece tener una propiedad importante en Inglaterra. George está encantado, porque prefiere que se quede en manos de la familia, o de la ex familia como es mi caso.

—Vale.

—Ya he cerrado el trato y ahora forma parte de nuestro patrimonio. Aquí están los documentos, léelos y fírmalos cuando quieras.

—De acuerdo —cogió el contrato, lo leyó por encima y luego lo firmó sin pensarlo demasiado—. Ya está ¿Algo más?

—De este asunto nada más, pero hay otra cosa más personal.

—Tú dirás.

—Me he separado de Ingrid y estoy con otra persona.

—Joder, papá, vaya carrerón —bromeó y su padre movió la cabeza—. Yo creía que os iba muy bien.

—Nuestra relación laboral era mucho mejor, como pareja somos un desastre. Me casé con ella porque Ava me había abandonado tras la muerte de Agnetha y me sentía solo y culpable, solo por eso. En realidad, nunca he dejado de sentirme culpable.

—¿Sigues yendo a terapia?

—¿Tú me has perdonado por lo que le hice a tu madre, Magnus? —Le clavó los ojos húmedos y él asintió.

—Tuvisteis un accidente de tráfico, tú no le hiciste nada.

—Pasó cuando salíamos de un motel, en medio de una aventura extramatrimonial. Sé que te

dolió.

—Me dolió por Leo, porque mamá se portó fatal con él en ese sentido, pero con el tiempo he dejado de juzgarla y la he perdonado.

—¿Nos has perdonado a los dos?

—Por supuesto.

Se levantó, al ver que se había echado a llorar, lo hizo ponerse de pie y lo abrazó. El primer abrazo en siglos, porque normalmente no se tocaban, y él se le aferró muy emocionado, hasta que al fin se separó con una sonrisa.

—Gracias, hijo. No sabes lo que esto significa para mí.

—Entonces habrá que repetirlo.

—Tu madre solo tenía dieciocho años cuando se quedó embarazada y decidimos casarnos ¿sabes? —Volvió a sentarse—. Los dos éramos muy jóvenes e inmaduros, tu abuelo quiso matarme, pero nos mantuvimos firmes y unidos porque nos queríamos de verdad. Agnetha fue el gran amor de mi vida, Magnus, por eso, en un momento de debilidad, coincidimos y cometimos la locura de volver a vernos, de ser infieles a Ava y a Leo, porque nuestro pasado, de repente, pesó más, pero cuando tuvimos el accidente, justo ese día, habíamos decidido romper y volver a nuestras vidas. Quiero que lo sepas, porque, aunque no sirva de mucho consuelo, esa es la pura verdad.

—Ava le contó algo parecido a Leo.

—Sí, yo se lo expliqué todo a ella, sin embargo, nuestro matrimonio no lo pudo superar.

—Bueno, ya pasó y… —Lo miró con una sonrisa, intentando relajar la tensión—, ahora dices que estás con otra persona. ¿Quién es ella?

—Alicia.

—¿Alicia?, ¿qué Alicia?, ¿Alicia Pedersen?, ¿mi tía Alicia?

—Sí, sé que parece una locura, pero no lo hemos podido evitar.

—No me lo puedo creer.

—Somos muy felices, Magnus, tenemos un pasado en común, hemos sido familia, compartimos el mismo círculo de amistades y muchas aficiones. En resumen: ella es la persona que estaba buscando.

—Vaya… —respiró hondo y forzó una sonrisa—. Sí es lo que quieres y sois felices, enhorabuena.

—Muchas gracias, ella quería que te lo dijera yo primero, porque no sabía cómo te lo ibas a tomar, pero ya te llamará.

—Muy bien.

—Podemos organizar una cena o algo.

—Claro, sin problema.

Asintió, pensando en Leo y Björn, que se iban a partir de la risa cuando se enteraran de que Alicia, al fin, había “alcanzado” a Agnetha de alguna manera ligándose a su primer marido, y acompañó a su padre a la puerta.

—Gracias por todo, hijo. Me ha encantado verte. ¿Tú estás bien?

—Un poco cansado, porque llevo veintiocho horas de vuelo encima, pero ya descansaré.

—Hazlo, que ya no tienes veinte años —Bromeó—. Antes de que se me olvide, vamos a subastar algunos objetos, cuadros y muebles de Percy House a través de *Stockholms Auktionsverk*. Ni a George ni a mí nos interesa todo lo que está en los desvanes o en los áticos y el dinero que saquemos con la venta ayudará a solventar la reforma de la casa principal.

—Gran idea.

—Cuando tengamos un catálogo definitivo te lo mando, de momento, tenemos a la jefa de adquisiciones de *Stockholms Auktionsverk* Estocolmo haciendo el inventario y según Georgi, ella y su equipo van muy rápido.

—¿Perdón?, ¿cómo has dicho?

Se le encendieron todas las alarmas y su padre salió al rellano y le sonrió.

—He dicho que están revisando y elaborando un primer inventario. Es una tarea ardua, pero el gerente de la casa de subastas, que es muy amigo de Ava, dice que su jefa de adquisiciones de Estocolmo es la mejor y al parecer no miente.

—¿Se llama Carolina Clausen?

—En realidad, son Ava y George los que tratan con ella, pero creo que sí, que se llama Carolina. ¿Te suena de algo?

—Claro, es la hermana pequeña de Erik Clausen.

—¿Tu amigo Erik?, vaya, qué pequeño es el mundo.

—Es el destino, papá, que no se rinde.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, tú tranquilo y cuidado con la tía Alicia, no le pases una o te acabará volviendo loco.

—Magnus…

—Va en serio. Hasta luego.

Lo siguió con los ojos hasta que desapareció camino del ascensor, retrocedió y entró en el ático mucho más animado, sonriendo de oreja a oreja, porque esa era una señal ineludible del universo y ya no había marcha atrás.

Sacó el móvil y buscó el número de teléfono de George Percy-Kinkade, ese loco inglés encantador, el más pijo y a la vez más salvaje y adorable de los mortales; el único hijo de Ava, su primera madrastra, con el que había compartido niñez y muchas aventuras a lo largo de toda su adolescencia.

Encontró el contacto, dio a llamar y a la segunda señal George le respondió con su entusiasmo habitual.

—¡¿Qué pasa, *brother*?! Sea donde sea la fiesta, yo me apunto.

18

—No sé qué decirte, Azra, hemos encontrado algunas cosas muy interesantes, pero nada demasiado relevante. Nosotros creemos que ya hubo alguna venta o subasta en el pasado y que los Percy-Kinkale actuales no tienen ni idea del expolio.

—¿Expolio?

Preguntó Azra desde Estocolmo y Carolina respiró hondo y caminó por la galería despacio, mirando a través de los cristales la inmensidad verde que rodeaba esa mansión al estilo Downton Abbey, donde llevaban más de una semana trabajando incansablemente.

—Lo llamo expolio porque esta gente no es consciente de que alguien ya arrasó sus desvanes.

—Vale, ¿has hablado con el nuevo dueño?

—El nuevo dueño se desentiende, ha dejado todo en manos de su exmujer y ella está tan sorprendida como nosotros. En todo caso, algo sacaremos de aquí y trataré de convencerlos para que me cedan alguna puerta y algunos muebles que están sin uso en la planta noble. Hay una puerta plafonada de roble totalmente abandonada y medio roída en un pasillo, que yo calculo que es del siglo XVIII, y otra Art Déco preciosa en un cuarto de baño para invitados. Si deciden subastarlas, compensará tanto esfuerzo.

—Necesitamos más, Carol. La biblioteca es fundamental.

—Lo sé, pero tienen paneles enteros con libros pintados. ¿En qué estaría pensando esta gente?

—Obviamente, también les han expoliado la biblioteca.

—Arvid opina que deberíamos llamar a un notario para denunciar tanto vacío, pero George, el flamante conde, no quiere saber nada de eso y dice que no nos preocupemos de nada y que hagamos lo que podamos. Está claro que solo sueña con entregar las llaves y largarse.

—Es raro, porque los herederos ingleses suelen responder ante patronatos o ante Patrimonio Británico y eso los condiciona un montón.

—Creo que no es el caso, al parecer esta es la casa más pequeña de su herencia y no está tan controlada, o él es un pasota y todo le da igual.

—Apuesto por lo segundo.

—Yo también.

—Bueno, vosotros seguid trabajando porque, saquemos buen material o no, el inventario ya está pagado y eso que nos llevamos.

—Ok, hasta luego.

—Adiós, guapa.

Le colgó, miró los mensajes electrónicos pendientes, los WhatsApp y los Telegram, respondió lo más importante y regresó corriendo al *hall* principal para subir las escaleras que iban hacia los desvanes que aún les quedaba por revisar.

Ya habían perdido la cuenta de la cantidad de cuartitos, buhardillas, trasteros y altillos que tenía esa mansión reformada primero en el siglo XIV y posteriormente en el XVII, y construida en el siglo X por un noble vinculado al rey Canuto El Grande. Un rey de origen danés que había reinado en Dinamarca y Noruega, y también en Britania allá por el 1016.

La circunstancia de que dicho monarca fuera nórdico, había servido para bromear con el último conde en heredar la casa, el famoso George Percy-Kinkale, un tío de treinta y seis años, muy atractivo y muy cercano, que solía ser carne de la prensa rosa y que tenía fama de crápula y

mujeriego. Un donjuán de manual que, sin embargo, era tan simpático que le perdonabas todo.

George, que tenía alterados y enamoriscados lo mismo a su compañero Arvid que a su compañera Eve, acababa de vender Percy House a un pariente cercano sueco, les había explicado, y por eso estaba a cargo del inventario y la posible subasta que saliera de aquello, porque su ex padrastro (el comprador) vivía en Estocolmo y no podía ir a Inglaterra en ese momento, con lo cual, le tocaba a él echar un cable y supervisarlo todo, aunque lo suyo, más que la campiña de Surrey, fueran los clubs nocturnos de Londres.

—Hola, chicos…

Llegó al desván casi jadeando, porque había subido ciento veinte escalones sin parar, y se acercó a los dos baúles de viaje que Eve había abierto junto a la ventana. Se puso en cuclillas y abrió mucho los ojos al vislumbrar al menos cuatro vestidos antiguos, en muy buen estado y envueltos en papel de seda, dentro de uno de ellos.

—¡Madre mía, qué maravilla!

—¿Serán auténticos o serán disfraces? —Preguntó Arvid.

—Son originales y de finales del XIX, mirad la tela y estos bordados —se puso los guantes de látex y tocó el paño—. Es muselina con hilo de plata. Un tesoro, acabamos de encontrar a nuestro Tutankamón.

—Costarán una fortuna.

—Habrá que autentificarlos, pero, aunque cuesten una fortuna, lo normal es aconsejar su donación al Victoria&Albert Museum o al Museo de la Moda de Londres.

—No creo que *Stockholms Auktionsverk* quiera prescindir de subastar algo así de espectacular.

—Eso es verdad, habrá que valorarlo, de momento, vamos a guardarlos y etiquetarlos con sumo cuidado, ¿de acuerdo? Más tarde llamaré a George Percy-Kinkale para comentárselo.

—Lo puedo llamar yo.

Saltó Eve con una sonrisa y Carolina le sonrió y asintió, yendo a buscar los estuches especiales que tenían para guardar vestuario y elementos similares que necesitaran ser preservados inmediatamente del polvo y la humedad. Se acercó al pasillo, los recató de las cajas que llevaban para el embalaje y de repente se acordó de Magnus Mattsson, en el que no dejaba de pensar, aunque, gracias a Dios y a ese minucioso e inesperado trabajo en Inglaterra, estaba arrinconando poco a poco en el fondo de su memoria, también de su corazón.

Tiempo al tiempo, solía decir su sabia madre, y ella se había propuesto olvidarlo costara lo que le costara; aunque le costara el resto de su vida.

Afortunadamente, tenía una vida llena con su familia y sus amigos, y un trabajo que adoraba, que se le daba muy bien y que de repente te podía hacer regalos como ese: el estar en una maravillosa mansión inglesa revisando sus tesoros y catalogándolos todo el día, así que no se podía quejar, porque el estar ocupada era la mejor de las medicinas.

Tras su encuentro fallido en el aeropuerto, cuando al fin había visto la importancia o la trascendencia que podía llegar a tener ella para Magnus Mattsson, cuando había conocido a su deslumbrante novia australiana, por supuesto que había estado fatal, literalmente había colapsado y se había pasado tres días llorando, maldiciendo al puñetero destino que lo había puesto en su camino, pero ya se encontraba mejor.

Aquel proceso había sido muy duro, porque se había creado unas expectativas falsas y totalmente involuntarias con respecto a él y asumir que todo había sido un espejismo le había dolido, claro, como también le había dolido aceptar que la única culpable de perder el norte era ella y nadie más. Sin embargo, gracias a Dios, en medio del drama, la vida había querido

compensarla y de repente y muy rápido todo se había iluminado gracias a un proyecto de trabajo inmejorable. El sueño de su vida.

Azra se había presentado en su despacho tres días después de su colapso en el Aeropuerto de Arlanda y le había encomendado una tarea gigantesca, urgente y con mucha responsabilidad en Inglaterra: el inventario de los tesoros secretos de una gran mansión al sur de Londres, y ella la había aceptado sin dudarlo.

Solo veinticuatro horas más tarde, se había plantado en Surrey con su equipo y desde entonces, una semana ya, no paraban de trabajar, de investigar y de pasarlo bien, porque al igual que ella, tanto Eve como Arvid disfrutaban del trabajo duro. Un trabajo duro que se había convertido en la mejor terapia para olvidarse de Magnus Mattsson.

—Si me hubieses dicho que me estabas rechazando por mi hermano, me habría retirado elegantemente y con el honor intacto.

Le dijo George Percy-Kinkale por la espalda, apareciendo de la nada, y Carolina saltó y tiró sus estuches de embalaje al suelo.

—¡Madre de Dios!, ¡qué susto!

—Lo siento, soy muy sigiloso —se le acercó con las manos a la espalda—. Mi abuela decía que era igual que un gato. ¿Estás bien?

—Sí, es que no te esperábamos por aquí y el guardés nos dejó solos hace rato.

—Vaya… —se inclinó para ayudarle a recoger sus bolsas—. En realidad, no tenía previsto venir, pero no he podido negarme.

—Me alegro de que hayas venido. Hemos encontrado un baúl con ropa de mujer del siglo XIX en perfecto estado.

—¿No has oído lo que te he dicho?

—¿Sobre qué?

—Sobre que, si me hubieses dicho que me estabas rechazando por mi hermano, me habría retirado elegantemente y con el honor intacto.

—No entiendo —frunció el ceño y dio un paso atrás.

—Te conocí y te invité a salir, ¿quién no lo haría?, y tú me dijiste que no podías, porque estabas en pleno duelo por una relación frustrada. Que esto —Hizo un gesto elocuente hacia la casa— era una especie de terapia y que pensabas respetarla.

—¿Y?

—Podrías haberme dicho que el protagonista del duelo era Magnus Mattsson.

—¿Conoces a Magnus Mattsson? —Preguntó tras unos segundos de silencio y él asintió.

—Es mi hermano, bueno, mi hermanastro legalmente hablando. Mi madre y su padre estuvieron casados veinte años, por eso yo pasé tantas temporadas de mi infancia y mi adolescencia en Suecia, ¿no te lo había contado?

—No.

—Ya ves, el mundo es un pañuelo. También conozco a tu hermano Erik.

—¿En serio?

—Claro, cuando Magnus se licenció como piloto de combate, los dos le organizamos la fiesta de celebración.

—No sabía nada.

—Ya, eso me han dicho —Miró a su alrededor—. Stellan Mattsson, mi padrastro, es el que ha comprado esta casa, en la práctica estáis trabajando para él. Él insistió muchísimo en que una compañía sueca como *Stockholms Auktionsverk* fuera la que se hiciera cargo del inventario y la subasta.

—Vaya…

—Me encanta cuando pasan estas cosas, es como hacer un puzle gigantesco. Si Stellan no llega a contárselo a Magnus, ¿crees que hubiésemos llegado a encajar las piezas nosotros solos?

—No lo sé.

—Yo tampoco, pero afortunadamente Stellan, que es un tío muy concienzudo, habló con su único heredero de su nueva adquisición, del inventario y sus sueños de subasta, y Mag, que suele prestar atención, contó dos más dos y te puso en la ecuación. Por eso estoy yo hoy aquí.

Carolina entornó los ojos un poco desconcertada, porque aquello más que una casualidad le parecía una broma, y observó sin moverse como George Percy-Kinkale, guapísimo con su ropa de críquet, sacaba su teléfono de última generación del bolsillo y se lo ponía en la oreja.

—Hola, hermano, estoy con ella; espera un segundo —susurró, mirándola a los ojos—. Cógelo, Carolina, por favor.

—Yo…

—Por favor.

Asintió para no parecer una mal educada, extendió la mano, agarró el teléfono y lo respondió.

—Hola.

—Hola, Carrie. Lo que tengo que hacer para localizarte —Le dijo él en tono de broma y ella le dio la espalda a George.

—¿En qué puedo ayudarte?

—¿Tú qué crees?, llevo diez días tratando de explicarme, porque lo que pasó la última vez que nos vimos en el aeropuerto no fue muy bien y…

—Ya está olvidado. No te preocupes.

—No voy a dejar de preocuparme, pero entiendo que esto ya parece una jugarreta infantil, me refiero a estas idas y venidas, a estos malentendidos que no nos pegan a ninguno de los dos y por eso he decidido proponerte algo. Un último gesto de confianza, una última oportunidad para enmendar los errores que pudiéramos haber cometido ambos.

—¿A qué te refieres, Magnus? Estoy trabajando.

—Sé que estás trabajando, pero esto es importante.

—Vale —resopló pasándose la mano por el pelo.

—No voy a extenderme en pedir disculpas por mi reacción en Arlanda, solo quiero decir que me pillaste fuera de fuego y que no supe responder hasta bastante después; ni voy a jurarte que Elke, la chica australiana que viste allí, es solo una amiga, en realidad, es amiga de Björn, de su comuna vikinga en Noruega. No significa nada para mí ni yo para ella. Todo lo que dijo e hizo fue en broma.

—Oye, yo…

—Dicho esto —la interrumpió—. Quiero que sepas que esta noche llego a Londres y que voy a estar mañana en el bar del hotel Ritz a las seis de la tarde. Si crees, como yo, que nos merecemos otra oportunidad, una nueva e impoluta dejando el pasado atrás, ve y tómate una copa conmigo. Solo eso, ni charlar de lo ocurrido, ni de otras personas, ni de malentendidos de antaño. Ni disculpas ni perdones, solo vernos, volver a la casilla de salida y empezar de cero.

Carolina tragó saliva, pensando que aquello era lo más marciano y peliculero que le habían propuesto nunca, e hizo amago de hablar, pero no le salieron las palabras.

—Muy bien, Carrie, la propuesta está hecha. Creo que nos merecemos un último intento, porque a veces siento que no puedo vivir sin ti y es porque te quiero, y quisiera pensar que a ti te pasa lo mismo conmigo. No obstante, si no estás por la labor ni en esta sintonía, no pasa nada. Si no vas al Ritz lo aceptaré como un caballero y no volveré a molestarte nunca más, te doy mi

palabra de honor.

Colgó y ella se quedó congelada, miró el teléfono, se giró hacia George y se lo entregó.

19

—No entiendo que vivas aquí, George, es demasiado grande para ti.

Se apoyó en la isla de la cocina, de esa enorme cocina recién reformada, de la enorme casa de su hermanastro en el corazón de Mayfair, y él se le acercó, lo miró a los ojos y suspiró.

—Bueno, yo tampoco entiendo esta pasión desmedida tuya por Carolina Clausen.

—No es solo pasión, hay una conexión superior que, por más que lo he intentado, no puedo romper y mucho menos ignorar.

—Lo mismo me pasa a mí con esta casa.

—George…

—En serio, mi tío Arthur nunca se la quiso ceder a mi padre, aunque no necesitaba tanto espacio siendo soltero y sin hijos, así que, en cuánto la he heredado me he instalado aquí. No pude ignorarlo, tengo una gran conexión con ella, sé que mi padre estará riéndose de su hermano allá dónde se encuentre. ¿Te gusta la reforma?

—Sí, ha quedado genial.

—Me ha costado un riñón, pero ha valido la pena.

—Me lo imagino.

—¿Es verdad que Stellan se ha separado de Ingrid? Ada lo ha celebrado descorchando una botella de champán.

—No sé si lo celebrará tanto cuando sepa que se ha liado con mi tía Alicia.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes.

—¡Me cago en la puta!, eso sí que es un notición. Yo creía que el que le molaba era Leo.

—Y le seguirá molando, pero Leo nunca la ha correspondido y ahora, además, está felizmente casado con una chica estupenda que le ha dado una hija, así que…

—¡Joder!, llamaré a mi madre para contárselo… o mejor la voy a ver y así soy testigo del soponcio que le va a dar.

—No seas malo, George… —dio un golpe a la mesa y se enderezó—. En fin, me debería ir yendo hacia el Ritz.

—Desde aquí está a solo cinco minutos, tranquilo, hombre. Luego te pido un taxi.

—No necesito un taxi para un trayecto de cinco minutos, voy andando tranquilamente, pero gracias.

—Los nórdicos siempre tan prácticos y austeros.

—Todo el mundo prefiere andar, hermano, eres tú el que no pisa la calle.

—Eso no es verdad y para muestra —se fue directo hacia el pasillo—, me pongo unos zapatos y te acompañó, porque te veo un pelín nervioso, Magnus.

Magnus soltó una risa y lo siguió con los ojos hasta que se topó con una puerta de cristal y vio su imagen reflejada en ella. Sin querer se escrutó de arriba abajo, inspeccionó su pelo sujeto con una coleta hípster, su americana negra, la camisa blanca y luego los vaqueros y las botas brillantes gracias a Daniel, el valet de George, que, aunque no se lo había pedido, las había sacado de su maleta y se las había dejado recién lustradas en el pasillo junto a la puerta de su habitación.

Cosas que solo pasaban en Londres y en una familia como esa, pensó, dejando de mirarse y caminando hacia la salida principal de la casa, porque ¿quién tenía un valet en pleno siglo XXI?, ¿quién?, pues George Percy-Kynkale, que lo había “heredado” de su padre.

Llegó al vestíbulo y volvió a mirarse en un espejo, signo inequívoco de que estaba muy

nervioso, un poco paranoico, porque no tenía ninguna certeza de que Carolina Clausen aceptara su loca propuesta de verse en el bar de un hotel para arreglar las cosas como en las películas. Concretamente como en la película *An Affair to Remember*, con Cary Grant y Deborah Kerr, cuyos personajes quedan no en un bar, pero sí en el Empire State Building de Nueva York para confirmar su amor.

En la película, que era de 1957 y una de las favoritas de su madre, la cosa no había salido muy bien, al menos al principio, y, aunque a él le había parecido una idea genial hacer algo similar para zanjar el pasado y empezar de cero sin cargas ni mochilas propias o ajenas, desde que había pisado Londres había empezado a dudar, incluso había empezado a calibrar la posibilidad de que aquello no fuera más que soberana idiotez y que ella se lo iba a tomar como una especie de broma, por lo tanto, que no iba a tener ni la más mínima intención de aparecer en el Ritz.

Lo de ser romántico era una novedad para alguien como Magnus Mattsson, una auténtica alteración en su comportamiento, pero era lo que le nacía desde que había conocido a Carrie y no pensaba renunciar a ello. Podría parecer cursi o incluso ridículo, sin embargo, después de ocho meses de tantos desencuentros y malentendidos, al menos lo iba a intentar por última vez, y, si salía mal, ya lograría superarlo. Era un tipo duro y con los recursos emocionales suficientes para superar el fracaso, no tenía de qué preocuparse.

—Vamos, chavalín…

George le palmoteó la espalda y lo invitó a salir de la casa. Magnus lo siguió sintiendo el agradable viento de principios de septiembre en la cara, y se lanzó a caminar decidido hacia el 150 de Picadilly Street, donde se encontraba uno de los hoteles más famosos y emblemáticos del mundo, el elegante Ritz de Londres.

—Yo te esperaré en Green Park —le aseguró George mirando la hora—. Se ha quedado una tarde estupenda y después podemos cenar en el *May Fair Kitchen*, tienen una comida japonesa cojonuda y está justo aquí al lado.

—¿Tienes alguna certeza de que no va a venir? —detuvo el paso y lo miró a los ojos— ¿Sabes algo que yo no sé?

—Yo no sé nada, Magnus, la chica es más hermética que tú. Ayer ni abrió la boca, ni parpadeó, ya te lo he dicho.

—¿Seguro?

—¿Crees que me guardaría una información así?. Eres mi hermano y antes muerto que verte pasarlo mal.

—Ok.

—Anotaremos este día en el calendario: la primera vez que el célebre Magnus Mattsson pierde su legendaria seguridad en sí mismo por culpa de una mujer.

—Ya te pasará a ti algún día, *brother*.

—¿A mí?, te apuesto mi casa a que no. A mí no me torearán de esta manera jamás.

—Se trata de amor, no de torear a nadie.

—¿Amor?, ¡maldita sea, Magnus! —le dio un golpe en el pecho—. Joder, sí que vas en serio, hombre. Hasta hace cincuenta segundos pensaba que se trataba de un gran calentón o de un pequeño reto personal, de un desafío, no de amor.

—Es que no me prestas atención.

—¿Y Erik lo sabe?, no sé, al fin y al cabo, se trata de su hermanita pequeña.

—Ya no estamos en el siglo XIX, Georgi.

—Algunas cosas no cambian.

—Afortunadamente sí cambian y, en todo caso, Erik es mi colega, sabe que soy buen tío y que, si su hermana me acepta, haré todo lo que esté en mi mano por hacerla feliz.

—¡Madre mía, sí que te ha dado fuerte!

Lo miró con los ojos muy abiertos llegando a Picadilly Street y Magnus le sonrió cruzando la calle hacia el hotel, llegaron a la puerta y se detuvo mirando la hora.

—Las diecisiete y cuarenta, voy a entrar y a esperarla en la barra.

—¿Has quedado en el Rivoli Bar, en el restaurante o en The Caviar & Champagne Experience?

—¿Qué?, en el bar.

—¿El Rivoli Bar?, haberlo comprobado, Magnus. Tú ve entrando y yo le mando un mensaje a Carolina para confirmarlo.

—No —Lo detuvo sujetándole el brazo—. No mandes nada, si viene irá al Rivoli Bar, pensamos igual.

—A lo mejor os confundís de sitio y…

—No te preocupes, que sea lo que tenga que ser, dejemos que el azar funcione porque yo ya no pienso intentar controlarlo.

—Ok, mucha suerte, *brother*, me quedaré aquí al lado en el parque. Si me necesitas me avisas y si no me necesitas, dímelo y me voy a cenar con Simon.

—Gracias, George, eres el mejor.

Se dieron un abrazo y entró en el hotel despacio, saludando a los porteros de uniforme y aceptando que igual George, que tenía la cabeza más clara en ese momento, tenía razón y terminarían equivocándose de bar por no ser más preciso en su propuesta.

Inconvenientes de elegir un hotel tan grande y con tantas posibilidades, se lamentó, recriminándose no haberlo pensado mejor. Hizo amago de volver a la calle para esperar a Carolina allí, en los soportales al menos media hora por si acaso, pero se quedó quieto y decidió cumplir con su premisa inicial: que fuera lo que Dios quiera y punto.

Preguntó dónde estaba el Rivoli Bar, se lo indicaron y se fue hacia allí cada vez con más dudas, con mariposas en el estómago, entró en el precioso vestíbulo y miró hacia la barra, donde había una chica de pie revisando su teléfono móvil.

Se entretuvo en admirar sus piernas largas, sus tobillos finos, sus pies con sandalias de tacón. Subió la vista por su sencillo traje de coctel negro sin mangas, que tenía un cuello de encaje alto; encaje que bajaba por la espalda hasta la cintura de una manera muy elegante, y luego observó su pelo oscuro, recogido en un moño un poco informal.

Sin querer suspiró, porque le pareció increíblemente preciosa, aunque aún no le había visto la cara, y avanzó otro paso hasta que ella lo percibió y se giró para mirarlo con sus enormes y luminosos ojos negros, sus labios pintados de rojo, que dibujaron una sonrisa esplendorosa para saludarlo.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué tal?, me llamo Carolina Clausen —Pronunció en sueco ofreciéndole la mano.

—Magnus Mattsson —Respondió él, estrechándosela con una sonrisa—. Veo que empezamos de cero.

—¿No es lo que querías?

—Más que nada en el mundo.

—Entonces estamos de acuerdo.

Ella superó la distancia que los separaba y lo abrazó con todas sus fuerzas. Magnus devolvió

el abrazo cerrando los ojos, hundiendo la cara contra su pelo, oliendo su maravilloso perfume, recorriendo su cuerpo cálido y menudito con las dos manos, sintiendo que nada, nunca más, podría separarlos.

EPÍLOGO

Año nuevo

Nunca había estado tan al norte de Escandinavia, justo debajo del Círculo Polar Ártico, en una región hermosa, salvaje, con una naturaleza potente y voluptuosa que te daba la bienvenida en pleno invierno cubierta de nieve y hielo. Dos elementos con los que Carolina Clausen se entendía de maravilla, sobre todo, si se trataba de hacer deporte y compartir tiempo libre con personas tan increíbles como la familia de Magnus; desde sus hermanos, a su padrastro y por supuesto a su tío Björn, que los había acogido en su propiedad en Helgeland para celebrar la Nochevieja y empezar el año nuevo todos juntos y en perfecta armonía.

Una maravilla, pensó, asomándose al enorme ventanal de su habitación para intentar mirar el mar, que no estaba muy lejos de la casa de Björn y Candela, aunque a esas horas de la mañana los copos de nieve, enormes y compactos, no dejaban vislumbrar nada más allá de una tupida cortina blanca que lo envolvía todo.

Una imagen idílica y entrañable para cualquier nórdico, porque mientras el resto del mundo solo podía ver frío e invierno, ellos podían ver el hogar, la tradición, la navidad, la sustancia de su tierra, y eso, a ella, siempre la había fascinado.

Suspiró, echando un último vistazo al paisaje, y decidió volver a la cama donde su vikingo particular la estaba esperando desnudo y dormido como un angelito, no en vano, se habían acostado hacía unas cuatro horas tras celebrar a lo grande la Nochevieja.

Se metió en la cama con cuidado para no despertarlo, se pegó a él y se acurrucó en su pecho calentito cerrando los ojos, aspirando su aroma delicioso y dando gracias a Dios, una vez más, por él y por todo lo que habían vivido durante el último año. Lo bueno y lo malo, porque de lo bueno habían sacado muchísimo, pero de lo malo también habían aprendido muchísimo, por ejemplo, a hablar y comunicarse siempre, a confiar el uno en el otro, a mirarse a los ojos antes de reaccionar, a quererse y cuidarse. En resumen: a disfrutar del enorme regalo que les había hecho la vida propiciando que se encontraran y reconocieran.

Los dos estaban convencidos de que habían nacido para estar juntos, a pesar de los vaivenes, los innumerables malentendidos y los desencuentros, el destino no se había rendido con ellos, ellos habían conseguido superar sus propias barreras y al final habían llegado a su auténtico *Valhalla*. Su paraíso, su hogar, su nido, esa vida que ella había soñado siempre y que Magnus había llegado para hacer realidad.

El camino, sin duda, había sido tortuoso, pero la recompensa no podía ser mejor y desde ese 8 de septiembre en Londres, cuando él la había citado en el Hotel Ritz y ella había llegado decidida a apostarlo todo y a empezar de cero, vivían una autentica luna de miel.

Por supuesto, eran novatos, solo llevaban tres meses juntos, le había recordado su madre en Navidad, y se encontraban en plena euforia amorosa sexual, pero la verdad es que ambos no lo veían así. Los dos pensaban que lo suyo era una especie de reencuentro cósmico, porque nada más mirarse a los ojos no habían dejado de buscarse; porque nada más tocarse se habían sentido en casa y completos; porque de repente habían perdido el miedo y habían decidido saltar juntos al vacío.

Sonaba un poco poético, tal vez demasiado romántico, pero era cierto y no les estaba yendo nada mal.

Tras esa mágica tarde en el Ritz de Londres, que habían terminado en una de sus suites

cenando y haciendo el amor hasta la madrugada, habían pactado no perder más el tiempo. Magnus se había quedado una semana con ella en Surrey antes de tener que regresar al trabajo y ella, en cuanto había acabado el proyecto de Percy House, había vuelto a Estocolmo, había recogido sus cosas de casa de Olivia y se había mudado a su ático con la clara intención de integrarse en su vida y crear un hogar juntos.

El hogar él ya lo tenía montado, pero la había recibido con los brazos abiertos y le había facilitado todo lo necesario para que se sintiera en casa, incluso, le había pedido que recuperara a su gato Félix, que había dejado hacía dos años con su padres en Dinamarca, y lo llevara a vivir con ellos. Una propuesta tan bonita y generosa, que no tenía palabras para definir lo feliz que la había hecho.

Magnus era así, generoso, afectuoso y atento, y por eso lo adoraba. A veces sentía que lo quería tanto, que iba a morir en sus brazos, con él dentro de ella, amándose como locos o despacito mirándose a los ojos.

Fuera como fuera, lo amaba y lo protegía y lo cuidaba, él hacía lo mismo por ella, y ese amor los guiaba en todos sus pasos, incluso en la distancia provocada por su trabajo, que dos veces al mes se lo llevaba muy lejos. Incluso en esos momentos, Magnus se mantenía en contacto continuo, se veían por *facetime*, hacían el amor a través de videollamada y se morían de la risa contándoselo todo, planeando todo lo que iban a hacer cuando volviera a casa.

Ella siempre había pensado que enamorarse de un piloto tan guapo sería era una especie de tortura, pero había aprendido que los viajes o la distancia no eran nada gracias al contacto y a la confianza, y que los reencuentros eran memorables, tanto, que hasta cuando se iba ya había aprendido a disfrutarlo un poco, porque las despedidas eran intensas, pero sabía que el retorno lo sería muchísimo más.

Sintió un ruido en la escalera y se incorporó para mirar la hora en el móvil que tenía en la mesilla: las siete de la mañana. Muy temprano para levantarse, pensó, imaginando que Leo y Álex seguirían durmiendo y que los bebés de la casa, es decir, el pequeño Björn de dos meses y la pequeña Anna de nueve, eran los que habían sacado a sus padres de la cama.

Era lo que pasaba cuando tenías bebés, que daba igual la Nochevieja, la trasnochada o el sueño, porque ellos se despertaban como un reloj. Se acurrucó otra vez contra Magnus pensando en sus propios hijos, porque los dos querían tener niños, y esa posibilidad, por pequeña o remota que fuera, no le podía hacer mayor ilusión.

Tener hijos siempre había sido una constante en su proyecto de vida, nunca había desechado la idea porque estaba convencida de que quería ser madre, porque creía en la familia, así que cuando lo había hablado con Magnus y él había manifestado el mismo deseo, habían empezado a fantasear con el número de hijos que iban a tener e incluso los nombres que les iban a poner. Una jugarreta que él había empezado a tomarse muy en serio durante las fiestas, cuando había reconocido en casa de Erik, en plena cena de Nochebuena y delante de toda su familia, que no quería ser un padre muy mayor y que soñaba con verla embarazada.

Jamás podría olvidarse de la cara de desconcierto (y a la vez de espanto) de sus padres y hermanas.

—Carrie…

Oyó que susurraba, se incorporó y comprobó que seguía durmiendo plácidamente. Le acarició el pecho, el cuello, el pelo y se inclinó para besarlo en la mejilla, pero él no despertó, así que aprovechó para contemplarlo tranquilamente y en silencio, acordándose de su hermana Violeta, que lo había calificado como un vikingo perfecto de metro noventa, el pelo rubio, los ojos celestes y el cuerpazo de infarto. Un obsequio para la vista.

Madre mía, masculló, acordándose de las ocurrencias de su hermana, y las de toda su familia, que habían recibido con auténtico jolgorio la noticia de su noviazgo y su deseo de invitarlo a su cena de Nochebuena.

Jamás, nunca, había invitado a un novio a su casa en Nochebuena, menos en Navidad, pero con Magnus había sido el paso natural, lo más lógico teniendo en cuenta la seriedad de su relación y el hecho de que sus padres y hermanos lo conocían de toda la vida. Además, toda su familia cercana se iba a repartir entre Italia y España y él se había apuntado feliz a quedarse en Suecia con ella. Un regalo, porque, desde luego, había sido la mejor Nochebuena y la mejor Navidad de su vida.

Unas navidades mágicas que habían continuado en Noruega con los Pedersen y los Magnusson para pasar la Nochevieja todos juntos, otro paso natural en su nueva vida en pareja que se estaba convirtiendo en unas divertidas vacaciones de invierno con deporte al aire libre, el *Valhalla de hidromiel* y comilonas junto a la chimenea, que era, le había explicado Björn, como celebraban el *Yule*, el Solsticio de Invierno o Navidad vikinga, en su familia.

—Carrie…

Susurró otra vez y sin abrir los ojos estiró la mano y la sujetó por el cuello, se la pegó al cuerpo y la besó con ansiedad, recorriendo con su lengua caliente sus labios y los confines de su boca, haciéndola suspirar y excitarse de inmediato.

Carolina le besó el pecho, el abdomen y bajó la mano lentamente hasta su ingle para acariciar su enorme erección. Sonrió sobre sus labios y se puso encima permitiendo que la penetrara sin ningún esfuerzo, arqueando la espalda para sentirlo mejor, mientras él abría los ojos y le tocaba los pezones con los pulgares, volviéndola completamente loca.

En ese momento, él se sentó para lamerle los pechos y la boca, la sujetó por el cuello y la dejó mecerse y llegar sola a su primer orgasmo, sin decir nada, solo tocándola, hasta que, al verla rendida, la levantó a pulso, la posó sobre la cama y la penetró de frente con vehemencia, con esa furia que ella recibía siempre entre lágrimas, porque sentía que la hacía desaparecer, que la disolvía entre el mayor placer posible, y no podía contener su felicidad.

—Te amo…

Le susurró al oído tras el clímax y se desplomó a su lado sin dejar de mirarla a los ojos. Ella le sonrió y se le abrazó fuerte besándole el cuello.

—Yo también te amo, mi amor.

—¿Cuánto tiempo llevabas despierta?

—No sé, un rato, en realidad, estaba entre dormida y despierta pensando en mis cosas.

—Podrías haberme despertado.

—¿Para qué?, nos acostamos tardísimo.

—¿Estabas pensado en que hace justo un año nos encontramos en Río de Janeiro?

—Entre otras cosas —soltó una risa—. Quién nos iba a decir que un año después estaríamos juntos en Helgeland.

—Yo no, desde luego, porque menuda macarra estabas hecha.

—¡Magnus!

—Es cierto… vaya…

Miró el teléfono móvil que tenía en silencio en la mesilla de noche y que no dejaba de encenderse, y estiró la mano para echarle un vistazo.

—Vaya, vaya…

—¿Quién es?

—George, tengo seis llamadas perdidas suyas.

—Contesta, igual es importante.

—Con George nunca se sabe, ya lo llamaré más tarde. ¿No tienes hambre, amor?

—Sí, pero… mira, ahora me está llamando a mí… —cogió su teléfono y lo respondió sin dudarlo—. Hola, George, feliz año nuevo. ¿Estás bien?

—Feliz año nuevo, preciosidad. ¿Tienes a tu hombre cerca?

—Sí, te lo paso.

—No me lo pases, pon el altavoz, por favor.

—Vale, ya está —Presionó el manos libres y miró a Magnus.

—¿Qué pasa, *brother*? —resopló Magnus moviendo la cabeza— ¿Qué tal en Nassau?

—Calor, chicas guapas y una resaca del quince. ¿Qué tal vosotros sepultados bajo la nieve?

—Todo muy bien.

—Seguro que os pillo acurrucaditos en la cama.

—¿Necesitas algo, Georgi?

—Nada, solo quería contaros que voy a casarme con la tía más rica de Las Bahamas.

—¡¿Qué?! —Magnus se sentó y frunció el ceño— ¿Otro compromiso, tío?, ¿no has aprendido nada?

—Bueno, al menos esta está forrada y es de mi círculo de amistades de Londres. Ya verás que a mi madre le va a encantar.

—¡Joder! Vale, tú mismo, total, siempre te podrás divorciar.

—No pretendo divorciarme, hermano, pretendo sentar la cabeza como vosotros —Magnus miró a Carolina y puso los ojos en blanco—. Es una rica heredera de cuarenta años que está muy buena y juega muy bien al golf. Me pidió matrimonio anoche, delante de todo el mundo y dije que sí. Fue muy romántico. Quiere casarse en Westminster Abbey, aunque dudo mucho que nos dejen hacerlo.

—Colega, creo que sigues borracho. Date un buen baño, tómate unas buenas tazas de café y luego hablamos. ¿De acuerdo?

—Necesito tu voto de confianza, Magnus Mattsson, por eso te he llamado.

—Y te lo daré cuando se te pase la resaca y lo hablemos tranquilamente.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Ok —exclamó muy animado—. Feliz año nuevo, tortolitos, y nos vemos pronto en Estocolmo. Llevaré a mi prometida para presentárosla, veréis qué maja.

—¿Cómo se llama? —Quiso saber Carolina y él se quedó en silencio.

—Mmm… la llamamos Trixy, creo que viene de Beatrice. Beatrice… mmm… Gascoyne, me parece, aunque no me hagáis mucho caso.

—Madre mía —Magnus se pasó la mano por la cara—. Genial, cuando se te pase la resaca y te acuerdes del nombre me llamas. ¿Ok?

—Ok, *brother*. Un abrazo a los dos.

Les colgó y Carolina buscó los ojos de Magnus, que había saltado de la cama con intenciones de entrar en el cuarto de baño.

—¿Va en serio?

—No te preocupes por él, amor, es la tercera o cuarta vez que se compromete. Luego lo anula, con algo de mala suerte se enfrenta a una demanda por incumplimiento de palabra y a otra cosa mariposa.

—¿Y por qué se compromete?

—Porque le pierde el entusiasmo y le encanta fastidiar a su madre.

—¿A los treinta y seis años?

—Treinta y siete el 5 de enero. Vamos, ¿quieres ducharte conmigo?

—Increíble…

Se levantó y lo siguió al cuarto de baño donde tenían una ducha con efecto lluvia maravillosa. Observó cómo él la ponía en marcha con el agua muy caliente y se metió debajo abrazándolo.

—Me cae genial George, es un tío deslumbrante, inteligente, culto y tan simpático, no entiendo que haga estas cosas.

—Excentricidades de ingleses de clase alta, tiene un punto de locura que no puede controlar.

—A lo mejor es verdad que está buscando estabilidad y solo le falta encontrar a la persona adecuada.

—Carrie… —buscó sus ojos—. Basta de hablar de George, no te preocupes por él, estará bien.

—¿Te haces una idea de cuánto te quiero, Magnus Mattsson? —Le preguntó coqueta y él se echó a reír.

—Creo que sí, pero necesito pruebas empíricas.

Se mordió el labio inferior y la pegó contra los azulejos, la levantó y se acomodó entre sus muslos haciéndola gemir.

—Así me gusta y sí, sé cuánto me quieres, pero, lo que no sabes tú, amor, es que yo te quiero más, muchísimo más. No te haces una idea.

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace más de doce años en el mundo de las celebritys y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, pero debutó en 2019 con la Serie DIVAS, que incluye CHLOE, GISELLE y PAISLEY, una serie romántica dedicada a tres mujeres fuertes, ricas y famosas. Continuó con la Serie SUEÑO AMERICANO, que incluye BRADLEY, CONRAD y TAYLOR, dedicada a tres hombres de una misma familia, con profesiones muy diversas, y que representan la quintaescencia del sueño americano. La SERIE ESCOCESES, dedicada a cuatro escoceses del siglo XXI, ANDREW, DUNCAN, EWAN y KYLE; la SERIE AUSTRALIA, que nos cuenta la historia de tres hermanos que se conocen tras la inesperada muerte de su padre, que incluye los libros WILLIAM, ALEX y OLIVER; la SERIE PARÍS, dedicada a tres amigos de la infancia, ÉTIENNE, CHANTAL y JEAN-JACQUES, chefs de profesión, que viven sus apasionantes e intensas vidas en París, la ciudad del amor; la Serie AMORE, ambientada en Italia y que cuenta las idas y venidas de cuatro hermanos milaneses, MARCO, MATTIA, FABRIZIO y FRANCO, y sus apasionantes y originales historias de amor; y la SERIE VIKINGOS, ambientada en Escandinavia, donde conoceremos cómo se enamoran y viven tres atractivos y fascinantes vikingos del siglo XXI.